

Graciela Tedesco - Cecilia Moreyra

Editoras

Paisajes de Güemes

Habitar la casa, el barrio y la ciudad



Paisajes de Güemes

*Habitar la casa,
el barrio y la ciudad*

Graciela Tedesco Cecilia Moreyra
(Editoras.)

Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades I/UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba

Paisajes de Güemes: habitar la casa, el barrio y la ciudad / Cecilia Moreyra...
[et al.]; Editado por Graciela M. Tedesco; Cecilia Moreyra; Prólogo de María
Cristina Boixadós.

- 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad
de Filosofía y Humanidades, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1905-5

1. Memoria. I. Moreyra, Cecilia II. Tedesco, Graciela M., ed. III. Moreyra, Cecilia,
ed. IV. Boixadós, María Cristina, prolog.

CDD 982



Jefe Área Publicaciones: Jeremías Corazza

Comunicación institucional: Paloma Braverman

Diseño y arte de portada: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interior: María Bella y Luis Sánchez Zárate

2025



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución

- No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Paisajes de Güemes

*Habitar la casa,
el barrio y la ciudad*

Autoridades de la FFyH - UNC

DECANA

Dra. Alejandra María CASTRO

VICEDECANA

Dra. Andrea Alejandra BOCCO

SECRETARÍA ACADÉMICA

Secretario: Dr. Domingo César Manuel

IGHINA

Subsecretaria: Lic. Agustina María

ZAMANILLO

SECRETARÍA DE COORDINACIÓN GENERAL

Secretaria: Lic. Mariana DE LA VEGA

VIALE

SECRETARÍA DE ADMINISTRACIÓN

Secretaria: Cra. Graciela del Carmen

DURAND PAULI

Coordinadora técnico-administrativo: Lic.

Eugenia MARCUZZI

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN

Secretaria: Mgtr. Liliana Valentina

PEREYRA

Subsecretaria: Lic. Carla Eleonora

PEDRAZZANI

SECRETARÍA DE POSGRADO

Secretaria: Dra. María Celeste CERDÁ

Subsecretaria: Dra. Natalia Lorena

FERRERI

SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN, CIENCIA Y TÉCNICA

Secretaria: Dra. Gabriela Roxana

CATTÁNEO

Subsecretario Dr. Andrés Alejandro ILCIC

SECRETARÍA DE ASUNTOS

ESTUDIANTILES

Secretario: Dr. Juan Ezequiel ROGNA

PROSECRETARÍA DE RELACIONES

INTERNACIONALES E

INTERINSTITUCIONALES

Prosecretaria: Lic. Carolina Paula RICCI

OFICINA DE GRADUADOS

Coordinador: Lic. Nicolás Ezequiel

LANZARDO

PROGRAMA UNIVERSITARIO EN LA CÁRCEL (PUC)

Coordinadora: Dra. Mariela Eleonora

ZABALA

PROGRAMA DE DERECHOS HUMANOS

Directora: Dra. Gilda V. Ludmila DA SILVA

CATELA

PROGRAMA GÉNERO, SEXUALIDADES Y EDUCACIÓN SEXUAL INTEGRAL

Coordinador: Dra. María Magdalena UZÍN

ÁREA DE PUBLICACIONES

Coordinador: Bib. Juan Pablo GOROSTIAGA

SECRETARÍA PRIVADA DECANATO

Prof. Sofía Constanza ÁLVAREZ

Índice

11 | Agradecimientos

13 | Prólogo **“Cómo vive la otra mitad”**

Por M. Cristina Boixadós

15 | Introducción

23 | 1. Los ranchos y las huellas del Abrojal

Por Cecilia Moreyra

37 | 2. Memorias

Casas de mi infancia en Barrio Güemes

Por María Cristina Amaya

51 | 3. Reflexiones en torno a los conventillos y otros habitares en Güemes

Afuera que interpelan

Por Ana Sofía Maizón

69 | 4. Memorias

Pasaje Revol 50-52.

Vidas en una casa municipal

Por Carlos Ángel González

87 | 5. Memorias

Reencuentros en Casa Pueblo Güemes

Por José Montenegro

91 | 6. Sobre almacenes, despachos y clubes

Por Graciela Tedesco

109 | 7. Memorias

Almacén y Bar Los Sesenta Guasos.

Bolívar esquina Peredo, Pueblo Güemes, Córdoba

Por Mauricio Di Gianantonio

117 | 8. Ilustrar y recordar

Por Mariel Arias

121 | 9. Entre el arroyo y las barrancas: el Abrojal

Por Mariana Amanda Eguía

143 | 10. Memorias

Aromas y sonidos

Por Héctor Luis Tiraboschi

147 | 11. Habitar las calles

Por Cecilia Moreyra

165 | 12. Plano del barrio



Agradecimientos

Queremos agradecer profundamente a todas las personas e instituciones que nos acompañaron a lo largo de estos años en el proyecto: “Habitar la casa, el barrio y la ciudad. Experiencias residenciales, memorias y procesos urbanos heterogéneos en un barrio en transformación. El caso de Barrio Güemes, Córdoba (Secyt UNC 2018-2022).

Gracias a la Secretaría de Ciencia y Tecnología (SeCyT) de la Universidad Nacional de Córdoba por el apoyo brindado; y al Museo de Antropología e IDACOR (Instituto de Antropología Córdoba) por cobijarnos.

A María Cristina Boixadós y Adriana Echezuri por la esmerada lectura y sus afectuosas recomendaciones hacia esta publicación.

Gracias a las autoras y autores que hicieron posible este libro, y también a Liliana Torres por ser parte del equipo del proyecto, sumando su humor, sutiles observaciones y amplia experiencia. Nuestro especial reconocimiento al Programa de Historia Oral Barrial del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba y en particular a Nélida Agüero y su equipo, por compartirnos generosamente sus experiencias y materiales de archivo.

Gracias asimismo al equipo de Casa Pueblo Güemes y en especial a José Montenegro, por abrirnos la puerta a sus actividades colectivas, entrevistas y vínculos con vecinos de este barrio.

También tuvimos la suerte de toparnos en el camino con maravillosas comunicadoras y personas: Sofía Villagra y Sofía Cano, a quienes les agradecemos todo el apoyo y entusiasmo.

Finalmente, nuestro más sincero agradecimiento a aquellas personas que posibilitaron recorrer y hacer memoria sobre este barrio: Adalberto Rentini, Miguel Gigena, Stella Maris Fontana, María Cristina Amaya, Mauricio Di Gianantonio, Carlos González, Héctor Luis Tiraboschi, Catalina Montenegro, Wadía Haron, Horacio López; y a quienes visitaron y comentaron en el grupo FB Paisajes de Güemes.



Prólogo

“Cómo vive la otra mitad”

Por Cristina Boixadós¹

Escribo estas palabras inspirada en el título del libro *How the other Half Lives*, del fotoperiodista danés Jacobo A. Riis radicado en Estados Unidos en 1870. Sus imágenes revelan el andar y las condiciones de vida en calles, en fábricas y en casas de vecindad de la “otra mitad” de la población neoyorquina.

Replico este título sabiendo que para el espacio urbano cordobés y para la fecha que nos ocupa 1900–1950 este porcentaje debió ser mucho mayor, y mayor aún si pudiéramos discriminar esta variable por sectores geográficos, en este caso, queremos referirnos al Pueblo Nuevo (Barrio Güemes) y a su contiguo El Abrojal (Barrio Observatorio). Allí donde se asentó espontáneamente una población heterogénea nucleada en las márgenes de un arroyo inestable e indomable entre barrancas terrosas, siempre con polvo que bañaban los churquis, los ranchos, los rostros del paisaje.

También sé que el libro que nos ocupa *Paisajes de Güemes. Habitar la casa, el barrio y la ciudad*, coordinado por Graciela Tedesco y Cecilia Moreyra reuniendo investigaciones de las integrantes del equipo de investigación de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNC (año 2018), la fotografía no es el documento central que revela la formada vida de este sector. Sin embargo, cada artículo se convierte en fotografías potentes y me replican, por lo tanto, la obra de Riis. Estos artículos van dirigiendo la mirada a través de una lupa virtual a las formas de vida de “ese otro” que acompañó desde 1860 la vida urbana de Córdoba. Ese otro invisibilizado por autoridades hasta que fue un problema, ese otro que servía a la otra parte de la sociedad, ese otro que, estigmatizado, era necesitado, y también peligroso.

Estas fotografías/artículos provenientes de diferentes miradas profesionales, vívidas, afectivas, comprometidas conforman un calidosco-

¹ Historiadora, sus investigaciones abordan la historia urbana y de la fotografía en Córdoba. Enseñó en la carrera de Cine y T.V. de la Facultad de Artes (UNC), y trabajó en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades y en el Centro de Conservación y Documentación Audiovisual.

pio colorido y transparente de ese pedacito de ciudad, tirado al azar con manzanas sin delinear, calles sin abrir, viviendas de adobe y paja. Nos delatan la materialidad del paisaje, de los “afuera” y los “adentro”, de las cotidianidades de un sector desplazado, lejos de la plaza central, cerca del asiento de carretas, donde pasa todo y de todo, pero no se ve... Estas fotografías/artículos condensan –como las imágenes– ese todo que no se ve, y sobretodo pintan con palabras el diario vivir de esta población que nos ocupa, cada uno en su temática: Cecilia en los ranchos y en las calles, Ana Sofía en los conventillos, Graciela en la sociabilidad que se crea en almacenes y clubes, Mariana en las formas artísticas en que se representó ese paisaje. Pero con el agregado de las vivencias de Cristina Amaya, de Carlos, de Mauricio, de Carlos, de José, de Héctor y el lápiz de Mariel. Pedacitos de vida que llenan de ruidos, de ritmo, de colores, sus respectivos orgullos de pertenecer y hacerse personas entre barrancas y arroyo. Porque eso es Pueblo Nuevo y el Abrojal, hoy Güemes y Observatorio. Son –entre esos cambios de nomenclatura y límites– ese lento transcurrir para domeñar y “civilizar” el arroyo y su gente.

Arroyo y barrancas donde la algarabía es encuentro, murmullos, gritos, olores de mercadeo, texturas y colores diversos al tacto y a los ojos, en una plaza de carretas provisoria, sin leyes, ni ordenanzas ordenadas. Una calle larga, la Belgrano, la única que permitía el paso tranquilo a las manzanas céntricas, que atravesaba la cuadrícula de norte a sur, regada de comercios, tiendas, panaderías, almacenes y también de sociedades de beneficencia, congregaciones, asilos que educaban a sus habitantes para cruzar el límite de la calle San Juan. La topografía conformaba el cuello de botella para dejar paso al tranvía y al proveedor de mano de obra y/o de servicios a la gentede chaquetilla.

Arroyo y barrancas donde existió el peligro por el desmadre de La Cañada, por las espinas de los churquis, por los abrojos que se pegaban, por abrojaleros que acuchillaban en noches sin luz y con estrellas, pero también era el olor del ancuá, el sabor del mate con peperina y poleo, la ropa tendida al sol, el trinar de canarios en sus jaulas, abuelas vigilantes de niños mientras sus madres lavan y planchan ropa, siempre.

Todo esto y mucho más, lectoras y lectores, encontrarán en estas páginas escritas y también visuales. Mitades amargas, mitades dulces.

Córdoba, octubre 2025



Introducción

Allá por el 2018 comenzamos a transitar un proyecto interdisciplinario que buscaba indagar en las transformaciones e historias residenciales de barrio Güemes (Córdoba).¹ Nos atraían los cambios-materiales que se evidenciaban en este sector, pero también las maneras en que la vida cotidiana de sus vecinos/as podía estar siendo trastocada. Intuíamos que las actividades públicas y privadas que buscan actualmente convertir este barrio en un sitio atractivo para el turismo y las inversiones, podían estar invisibilizando memorias y modos de habitar de grupos en desventaja económica y simbólica². Por su parte, los frecuentes comentarios de las y los vecinos acerca de que “el Güemes de antes ya no existe más”, nos invitaba a preguntar cómo era ese “antes” que recordaban.

Al caminar por Güemes, nos encontramos con un paisaje complejo y de contrastes entre lugares renovados que alojan bares, galerías y comercios con gran movimiento y bullicio; y otros con escasos cambios o que atraviesan procesos de deterioro y abandono, donde los ritmos y sonidos parecen más calmos. Dicha heterogeneidad se vincula a historias locales diversas, pero que se entrecruzan en un mismo paisaje barrial. El sector que hoy ocupa Barrio Güemes, conocido hacia fines del siglo XIX y principios del XX como “El Abrojal” y “Pueblo Nuevo”, se conformó como espacio de confluencia de los caminos que unían Córdoba con La Rioja y Cuyo. Su origen como centro de intercambio y parada de carretas imprimió rasgos particulares a un sector que, no obstante su ubicación estratégica como “lugar de paso”, fue postergado

1 Proyecto “Habitar la casa, el barrio y la ciudad. Experiencias residenciales, memorias y procesos urbanos heterogéneos en un barrio en transformación. El caso de “Barrio Güemes (Córdoba)” Secyt UNC 2018-2022. Institución: IDACOR-Conicet-Universidad Nacional de Córdoba. Equipo de trabajo: Graciela Tedesco, Cecilia Moreyra, Ana Sofía Maizón, Liliana Torres, Mariana Eguía, Mariel Arias y Luciana Trimano.

2 Tim Edensor señala que la tendencia a regular estéticamente la ciudad incluye la reorganización de su relación con el pasado, por lo que un estudio de las transformaciones del habitar en este lugar conlleva indagar en las historias que se conservan y visibilizan; en las silenciadas o fragmentadas; y en las que surgen como resistentes y rebeldes. Edensor, Tim (2002), “Haunting in the ruins: matter and immateriality”, *Space and Culture*, vol. 11, pp.43-51.

por las intervenciones de orden público en la llegada de servicios. Su carácter popular y vulnerable a las inundaciones frecuentes del arroyo la Cañada, reforzó su representación como asentamiento precario y “atrasado”, y llevó a que en 1889 se lo eligiera como emplazamiento de un plan de casas municipales para sectores obreros, lo que acentuó su crecimiento poblacional³. En 1921 este barrio, ubicado al sur de la “ciudad histórica”, fue rebautizado como Barrio Güemes. Sus habitantes, en gran parte inmigrantes extranjeros, de zonas pobres del interior, con raíces originarias y afrodescendientes, habitaban en ranchos y conventillos vulnerables a las inundaciones frecuentes de la Cañada y al desmoronamiento de barrancas⁴. En su devenir, el barrio muestra una historia compleja y heterogénea, que es afectada, como ya señalamos, por la puesta en marcha de políticas de “puesta en valor” urbana y patrimonial, que buscan incrementar su “visitabilidad” turística y atractivo inmobiliario. Sin embargo, en ese mismo movimiento emergen con mayor o menor fuerza, nuevas significaciones y disputas en torno al habitar. Barrio Güemes ha sido foco de atención de diferentes trabajos. Algunos de ellos han apuntado a reconstruir sus orígenes e hitos importantes de su trayectoria⁵, mientras que otros han analizado el impacto en la actualidad de políticas de embellecimiento y turistificación en éste y otros sectores de la ciudad⁶. Asimismo, sur-

3 Boixadós, María Cristina (2000) *Las tramas de una ciudad, Córdoba entre 1870 y 1895. Élite urbanizadora, infraestructura, poblamiento*, Córdoba, Ferreyra Editor.

4 Boixadós, María Cristina et al (2017), *Paseo de las artes (Memorias de mi plaza)*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba. pp. 74-77.

5 Rettaroli, José et al (1997), *Los barrios pueblos de la ciudad de Córdoba. La ciudad objeto didáctico*, Córdoba, Ediciones Eudecor; Bischoff, Efraín (1992), *Historia de los barrios de Córdoba. Sus leyendas, instituciones y gentes*. Córdoba, Lerner editores.

6 Boito, María Eugenia y Pereyra, Ailen S. (2016), “Embellhecimento estratégico en la ciudad de Córdoba: continuidades, tensiones y rupturas en las prácticas del habitar en el barrio Güemes (2000-2014)”, *Estudios Socioterritoriales, Revista de Geografía*, N°19, pp. 13-29. En línea: <http://hdl.handle.net/11086/5944> [Consulta: 2 de julio de 2020]; Ferrero, María Mercedes y Gallego, Aylén (2012) “Ciudades exclusivas: Entre el discurso de la participación y el modelo securitario” VII Jornadas de Sociología de la UNLP, 5 al 7 de diciembre de 2012, La Plata, Argentina. En: *Memoria Académica*, En línea: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1896/ev.1896.pd [Consulta: 2 de julio de 2020]

gen abordajes históricos que indagan las políticas urbanas y planes de viviendas sociales desarrollados allí en el pasado⁷; y estudios que recorren las diferentes capas de historias que configuran la trama espacial de este barrio, tomando en particular su plaza de artesanos y las transformaciones en el arroyo La Cañada⁸. Por otra parte, algunos trabajos han indagado en su estructura urbana y avanzado en identificar marcas y cartografías afectivas a partir de las memorias de sus vecinos⁹. Estos recorridos tocan distintas aristas del habitar en barrio Güemes y nos conectan a historias largas y recientes ligadas a políticas urbanísticas, a planes habitacionales y a experiencias y memorias del habitar local.

Nuestro proyecto eligió explorar las historias ligadas a las casas y al habitar cotidiano en el pasado de este barrio, pero no para mirarlas como espacios con límites precisos y cerrados, sino para recorrerlas y seguir los hilos de actividades, personas, cosas y memorias que las atraviesan, mueven y extienden. En este sentido, consideramos junto a Tim Ingold que la casa es una reunión de vidas y que habitarla es juntarse en esa reunión¹⁰, de la que participan personas, cosas, energías, olores, sonidos, sensaciones. Así, durante nuestro trabajo intentamos ir “tirando de los hilos” que se tejen entre las casas y los paisajes barriales, que suponen capas de historias y huellas de las actividades de quienes alguna vez los habitaron, en un proceso de espacialización que al mismo tiempo es de corporalización, dado que el espacio

7 Boixadós, María Cristina (2000) Ob. Cit; Amman, Ana Beatriz. (1997). *El discontinuo tejido urbano. Intervenciones urbanas y estrategias discursivas en la transformación de Córdoba: barrio Güemes, de un fin de siglo a otro*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba; Blanco, Jéssica (2009) *Problemática habitacional y conflicto de intereses. Las casas municipales de Pueblo Nuevo a principios del siglo XX*. Córdoba, Editorial de la Municipalidad de Córdoba

8 Boixadós, María Cristina et al (2017) Ob. Cit; Barbieri, Sergio y Boixadós María Cristina (2005), *El cauce viejo de La Cañada, Fotografías 1885- 1945*, Córdoba, edición de los autores

9 Chein, Aylen y Lacasia Carla (2018) *Revista del Pueblo Güemes*. Trabajo final de Práctica Profesional Asistida con orientación en hábitat popular. Facultad de Arquitectura Urbanismo y Diseño. Universidad Nacional de Córdoba

10 Ingold, Tim (mayo de 2013) “Los Materiales contra la materialidad”, *Papeles de Trabajo*, vol. 7 N° 11, pp. 19-39

se percibe, vive y produce a través del cuerpo¹¹. De este modo, fuimos destejendo formas de un habitar cotidiano que incluía personas habitando casas y vecindades; interactuando con el agua del arroyo, con barrancas, con las subidas y bajadas de las calles; con los árboles, las vistas, el frío, la noche y más...

A lo largo de este texto presentaremos historias que recorren casas, tiempo-espacios barriales y vidas de las y los residentes de barrio Güemes alrededor de la primera mitad del siglo XX. Para ello, recurrimos al análisis de distintas materialidades barriales, imágenes y memorias de sus habitantes. En este sentido, el trabajo implicó la búsqueda, selección, descripción y análisis de imágenes fotográficas y pictóricas; y documentos hemerográficos y cartográficos vinculados a Güemes. Asimismo, se produjeron registros fotográficos en el barrio, entrevistas a vecinos e instancias de intercambios a través de redes virtuales (Grupo Facebook Paisajes de Güemes). Por otra parte, se contó con el aporte generoso del Programa de Historia Oral Barrial del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba y de la Casa Pueblo Güemes –también del municipio– quienes nos compartieron los testimonios orales que ellos resguardan.

Las publicaciones realizadas durante 2022 en el grupo de Facebook “Paisajes de Güemes” promovieron el diálogo con antiguos vecinos del barrio cuyos cometarios, recuerdos y anécdotas estimularon un “ida y vuelta” entre nuestra investigación y sus memorias. Las imágenes y reseñas compartidas generaron un rico material que invitaba a ser profundizado, articulado y dado a conocer. A partir de esos intercambios, invitamos a vecinos –habitados en el registro escrito de sus propios recuerdos– a publicar sus textos de modo que pudieran entrelazarse en la “conversación” que este libro supone. De este modo, María Cristina Amaya, Mauricio Di Giannantonio, Carlos Ángel González, José Montenegro y Héctor Tiraboschi se sumaron a esta publicación escribiendo sobre sus experiencias y recuerdos en Güemes.

Lo que aquí presentamos es un texto colaborativo e interdisciplinario, que abre puertas hacia casas y modos de habitar en el Güemes de inicios y mediados del siglo XX, a la luz de los procesos actuales.

11 Ingold Tim (1993) “The Temporality of the Landscape”, *World Archaeology*, vol. 25 N° 2, pp. 152-174

Dichas puertas permanecerán entreabiertas, para entrar, salir, oler, escuchar lo que sucede afuera; es decir, para sentir el paisaje barrial. Los espacios y casas sobre los que escribimos pertenecen a un Güemes que “ya no está” (y muchas en efecto han desaparecido materialmente), pero que de todas formas se hacen presentes, vuelven en diferentes memorias, huellas, energías y modos de actuar. Y nos permiten también comprender las transformaciones actuales en el habitar de este barrio.

El recorrido que proponemos supone un anudamiento de historias e imágenes a partir de las cuales transitamos por diferentes paisajes de ese Güemes. Para empezar, Cecilia Moreyra nos lleva a una forma de vivienda que encontramos de manera persistente en el tiempo en diferentes zonas de Güemes: los ranchos; y, aunque estas casas poblaron múltiples regiones del barrio, las encontramos asociadas a una zona que es evocada una y otra vez en los relatos de las y los vecinos: el Abrojal.

Ahora bien, además de ranchos, otros tipos de casas habitaban Güemes, las casas chorizo y casas de tipologías modernas. A éstas ingresamos a partir del relato de una vecina: María Cristina Amaya, quien narra los recuerdos de su infancia y adolescencia vivida entre dos casas, la de sus abuelos y la que, con el tiempo, construyó su padre.

Por su parte, el adentro y el afuera en los modos de habitar de sectores populares a comienzos del siglo XX, es el tema que aborda Ana Sofía Maizón. Para ello, recorre conventillos y lotes por mensualidades, trazando diferentes puentes entre las experiencias de esos sectores tanto en la ciudad de Córdoba como en barrio Güemes.

Si de viviendas hablamos, hay un conjunto habitacional que marcó la historia del barrio a lo largo de varias décadas. Se trata de las Casas municipales o casas de inquilinato, construidas para dar solución a la creciente problemática habitacional de los sectores obreros. En una de estas casas vivió Carlos González junto a sus padres y hermanos. En un vívido relato, acompañado de fotografías, Carlos narra la historia de su familia habitando aquella casa en Pasaje Revol, hoy Paseo de las Artes. La construcción fue recuperada, a inicios del 2000, por los trabajadores de la ex-casa del tercer sector y refuncionalizada para albergar múltiples actividades culturales, entre ellas, el

proyecto “Identidad”, que trabajó en la reconstrucción de la historia del barrio. Sobre esto trata el texto que escribe José Montenegro, quien participó en la reconversión de la otrora casa de inquilinato, luego depósito, en un espacio social y cultural (hoy, Casa Pueblo Güemes).

Seguimos recorriendo los paisajes barriales para detenernos en los almacenes de ramos generales, que funcionaban en una parte de la vivienda de la familiar; se trata de “casas-almacén”, lugares de abastecimiento y encuentro cotidiano diurno y nocturno. A través del trabajo de Graciela Tedesco, conoceremos historias de familias propietarias de esos almacenes; y las maneras de vender, comprar y compartir tiempo, música, juegos, amistades y conflictos. Mauricio Di Gianantonio, antiguo vecino de Güemes, nos acerca un relato detallado de uno de los almacenes más icónicos del barrio: el almacén y bar “Los sesenta guasos” que se ubicó en la esquina de las calles Bolívar y Peredo. Su narración nos descubre las características del lugar, sus productos a la venta y los personajes que lo frecuentaban. A partir de este relato, Mariel Arias se inspira e ilustra algunas escenas del universo cotidiano del tradicional almacén.

Nos detendremos, luego, en el arroyo la Cañada y sus barrancas de la mano de Mariana Eguía. Observaremos sus pasajes, calles cortadas y sus rancharíos a partir de fotografías de principios del siglo XX e imágenes artísticas y poéticas. Por su parte, Héctor Luis Tiraboschi, “Lalo” recorre paisajes de Güemes y Observatorio a partir de lugares, olores, sonidos y actividades compartidas. Finalmente, veremos que, entre casas, almacenes, barrancas y un arroyo se extendían las calles, cuyos trayectos estaban necesariamente afectados por la rica e irregular topografía del barrio. Cecilia Moreyra describe la manera en que por allí transitaban vecinos, vendedores ambulantes, carretas, autos y tranvías; y el modo en que más que lugares de paso esas calles eran también espacios habitados, de sociabilidades, festejos, juegos y conflictos. Además de recorrer estas vivencias, se explora cómo se transformaron algunas de esas calles, se ensancharon, asfaltaron, extendieron y avanzaron sobre casas y otras construcciones.

Este libro invita a visitar distintas experiencias del habitar en el pasado de barrio Güemes, y a transitar historias cotidianas que van

enlazando casas, calles, almacenes, orillas y barrancas. Esto supondrá, quizás, sentir el brasero que calienta o los árboles que refrescan afuera del rancho; los pasos que suenan sobre las baldosas de alguna casa chorizo; las rondas de niños en el patio de alguna casa moderna; las goteras que mojan en las noches de lluvia en alguna casa municipal; las risas y el ruido de los vasos que se apoyan en el mostrador de algún almacén con despacho de bebidas; la greda de las barrancas que se impregna en el cuerpo; el cansancio al llegar a la cima de alguna calle empinada y la mirada sobre la bajada que está por comenzar... ¿Vamos?



1. Los ranchos y las huellas del Abrojal

Por Cecilia Moreyra¹

La casa como espacio construido condiciona, a la vez que expresa, un modo de habitar y cohabitar. El historiador Peter Burke dirá que los edificios no obligan a actuar de una determinada manera, sino que dan “indicaciones” a la gente que vive en ellos, fomentando o restringiendo algunos comportamientos². Las dimensiones de la casa, su calidad y tipología, las divisiones internas o la calle en que fuera construida afectan las prácticas y los vínculos que en ella se despliegan. En una vivienda de espaciosos y numerosos cuartos, los lazos que unen a sus habitantes diferirán de aquellos que vinculan a quienes viven en una única y polifuncional habitación y comparten agua, sanitarios o patio, con otras personas. El contacto cotidiano, el roce de los cuerpos y las palabras, las disputas domésticas y las maneras de experimentar “lo privado”, cambian según la densidad poblacional de la vivienda y sus características edilicias.

En las siguientes páginas exploraremos una forma de vivienda que encontramos en diferentes zonas de Güemes: los ranchos. Aunque otros tipos habitacionales, como las casas chorizo, permanecen en pie y las vemos habitadas por familias o reconvertidas en tiendas y espacios gastronómicos, los ranchos ya no forman parte del paisaje del barrio, fueron arrasados por las inundaciones de la Cañada, derribados cuando se ensanchaba o prolongaba una calle, o bien, dadas sus características materiales más bien precarias, fueron presa del deterioro que ocasionan las inclemencias climáticas y el propio paso del tiempo.

En diciembre de 1890 La Cañada se desborda arrasando con personas, animales, vegetación y casas. El rancho retratado en la si-

¹ Historiadora. Investigadora en el CIECS (CONICET) y Docente en la FFyH, UNC. Interesada en los universos cotidianos del pasado, en las casas y sus cosas.

² Burke, Peter (2009) “La historia social y cultural de la casa”. *Historia Crítica*, 39, pp. 11-19.

guiente fotografía, ubicado en la calle Ayacucho, fue cubierto casi por completo por el agua, de allí que se lo vea algo destruido, con el revoque de barro despegado en muchas de sus partes.

Imagen N°1. Rancho luego de la gran inundación de 1890



Temprano reportaje estereoscópico de Tey y Palá: La Inundación de Córdoba en 1890. Fuente: Facebook “Córdoba de Antaño”

Más allá del episodio específico que sirve de marco a la fotografía, si observamos en detalle la edificación advertimos la existencia de un único cuarto con sus paredes hechas de enramado o cañizo. El revoque de barro se muestra descascarado o despegado, probablemente por efecto del agua –si pensamos en una causa inmediata– pero también por el visible efecto del paso del tiempo, desgaste común a las construcciones con materiales poco duraderos que requieren de un mantenimiento continuo. El techo –a dos aguas– es asimismo de ramas y paja, y el piso (así dentro del habitáculo como fuera de éste) es de tierra compactada. Se trata de materiales y formas típicas de la vivienda rancho. Tipología habitacional característica de zonas rurales, pero con alta frecuencia en la zona urbana, especialmente, en los suburbios. Bien vale recordar que, según el

censo de 1895, el 40% de las viviendas de la ciudad de Córdoba eran ranchos de adobe³.

La imagen –fotografía estereoscópica sobre cartón de 8,7 cm x 17,6 cm.– forma parte del reportaje fotográfico sobre la inundación de La Cañada (diciembre de 1890) llevado a cabo por los fotógrafos catalanes residentes en Córdoba Félix Tey y Juan Palá, socios en el estudio fotográfico y comercial “Fotografía catalana”. La imagen, tomada días después de la inundación, muestra un rancho visto de frente desde un ángulo en leve diagonal hacia la izquierda. La cámara se ubicó –según parece– en la calle o vereda y desde allí se enfocó la entrada principal –una abertura sin puerta. La altura general de la edificación (si tomamos como referencia el cuerpo del niño ubicado en el margen derecho de la foto) es más bien baja.

Una ligera pero perceptible inclinación de la edificación hacia la derecha da cuenta de una estabilidad precaria que, junto con el deterioro de la pared frontal, sugiere una construcción estropeada y a medias derruida.

La mujer ubicada en el techo, cuyos rasgos faciales no se disciernen con claridad, parece tener un tono de piel algo oscura si lo comparamos con el rostro del niño. Se divisa el color claro de la prenda que viste (algo similar a una camisa) cuyas mangas estarían arremangadas. La silla que encontramos a la izquierda de la puerta es de palo y paja y pareciera haber sido sacada del interior del rancho para servir a los fines de trepar al techo.

A la derecha de la imagen un niño ligeramente inclinado hacia adelante parece entre curioso e interesado por aparecer en la fotografía. Su cuerpo se ubica junto a una parva de ¿leña? ¿ramas para reparar parte del rancho? No tenemos certezas del vínculo del niño con la mujer, bien pudo ser hijo, sobrino, nieto o solo un vecino.

Al ampliar el espectro visual no observamos ranchos u otras viviendas a los lados, pero sí algunas construcciones poco definidas en el fondo (margen derecho de la imagen). No obstante, aunque en la imagen no se observan otras construcciones, un ambiente común

3 Boixadós, María Cristina (2000) *Las tramas de una ciudad, Córdoba entre 1870 y 1895. Elite urbana, infraestructura, poblamiento*. Córdoba, Ferreyra Editor, p. 245

-de edificaciones deterioradas por la inundación- se comparte en todos los alrededores a lo largo de La Cañada.

La mujer en el techo pretende demostrar, al menos, dos cosas: dónde se guareció de la inundación y el nivel alcanzado por el agua que, como señala con su mano, parece haber cubierto casi por completo el rancho. En esta reconstrucción de lo experimentado durante la crecida del arroyo se monta una escena a los fines documentales de la fotografía. Podríamos imaginar un diálogo previo a la captura de la imagen: los fotógrafos, en pleno recorrido por los alrededores de La Cañada, preguntan a la mujer sobre la inundación y ésta relata las vicisitudes de los días pasados: cómo veía el agua acercarse y amenazar con arrastrar su vivienda y cómo se salvó subiéndose al techo. Cuando la mujer precisa el nivel alcanzado por el agua, los fotógrafos, entre azorados e incrédulos, requieren más precisiones. Es entonces cuando la mujer saca una silla de dentro del rancho y se trepa al techo, para señalar con detalle hasta dónde llegó el nivel del agua. Es factible pensar, asimismo, ese escenario post inundación al que se asoman los fotógrafos: las paredes y techo del rancho están aún húmedos, la mujer está atareada tratando de reparar la edificación, intentando recuperar algunos pocos objetos que quedaron en su interior.

Los fotógrafos de la época tomaban, para luego vender en sus estudios fotográficos, imágenes urbanas y rurales, así como acontecimientos destacados, entre ellos, el episodio de inundación. Según una publicidad del diario *El Porvenir* del día 19 de abril de 1892, el estudio “Fotografía catalana” ofrecía, junto con vistas de celebraciones religiosas, la “colección completa de la inundación de diciembre de 1890”⁴. En un contexto de avance urbanizador y modernizador, la actividad de los fotógrafos suponía la producción de imágenes de la ciudad, de representaciones de sus formas, materialidades y personas, paisajes que venían experimentando notables cambios. Asimismo, la casa fotográfica se especializaba en la venta de estereoscopios

4 *El Porvenir*, 19/04/1892, citado por Boixadós, Cristina (2006) “Los fotógrafos de Córdoba y la divulgación de las primeras imágenes urbanas”, *Revista del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba*, 5, pp. 73- 95

y “magníficas vistas para estereoscopios, única clase de vistas que producen la verdadera ilusión de relieve”⁵.

Si de ranchos hablamos, hubo una zona de Güemes, conocida como “El abrojal” que se vio habitada principalmente por viviendas de este tipo y aunque en esa zona los encontramos profusamente, su presencia no se limita a esa parte de barrio, antes bien, los encontramos en otros sectores de Güemes, tal, por ejemplo, en la zona de “El pocito”.

La siguiente fotografía –estereoscópica de 0,88 x 1,78 cm.– fue tomada por el fotógrafo español Francisco Abad Pérez (estudio fotográfico Fotografía Nacional)⁶. La imagen data de c.1908 y retrata dos ranchos de adobe y paja sito en “El abrojal”. Ambos tienen muros de adobe, unos encalados y otros descarnados, las cubiertas inclinadas son de paja con flecos hacia el frente. El que aparece en primer plano tiene dos puertas contiguas lo que sugiere la posible existencia de, al menos, dos cuartos. Los marcos de las puertas alcanzan el mismo nivel del techo. En el rancho del fondo de la imagen se observa un puntal sosteniendo a una de las paredes. Más allá se asoma algo de vegetación agreste y espinosa. Distantes y en un desnivel superior, otras cubiertas inclinadas del mismo tipo. En el exterior del primer rancho vemos un grupo de personas reunidas próximas a las viviendas. Una de ellas, apenas visible, está de pie en el umbral de la puerta mirando hacia el exterior. En línea con la segunda puerta se observan dos mujeres adultas sentadas o de cuclillas y un/a niño/a de pie. Una de las mujeres está sentada en el descanso de la abertura y apoyada contra el marco de la puerta, mira al fotógrafo. La otra mujer está sentada en el piso de tierra y también dirige la mirada al fotógrafo. Ambas parecen ocupadas realizando alguna labor que bien podría estar vinculada a la práctica culinaria pues el tizne de la pared ya testimonia combustión sugiriéndonos la presencia de un fogón exterior. A ello se suman los cuencos, ollas o recipientes que vemos a la mano de las mujeres.

5 Los Estados, 29/07/1890, citado por Boixadós, Cristina (2006), *Ob. Cit.*

6 Sito en calle San Martín 207 según la Guía de 1901, Boixadós, Cristina (2006) *Ob. Cit.*

Imagen N°2. Rancho en el Abrojal



Córdoba, 1908. Fotografía: Francisco Abad Pérez. Fuente: Sitio de coleccionismo “Todo colección”

El fotógrafo procuró retratar una escena ordinaria, propia del devenir cotidiano en estos suburbios de la ciudad donde se percibe la fluidez del límite adentro-afuera, pues las mujeres se hallan en plena faena doméstica pero fuera del habitáculo. Lo que en otros espacios de la ciudad funcionaba como vereda, como espacio público y de tránsito, aquí es una parte más de la casa donde transcurre la vida cotidiana que no se reduce al límite puertas adentro. Pero esas fronteras, ciertamente porosas, entre el adentro y al afuera no fueron patrimonio exclusivo de estos paisajes de principios del siglo XX, antes bien, los vecinos que habitaron Güemes más avanzada esa centuria también recuerdan un habitar anclado en espacios comunes, donde la calle, la vereda, los terrenos baldíos, la cañada y sus barrancas conformaban la cotidianeidad de niños y adultos, y experiencias como jugar, comer, bañarse, lavar, trabajar, comprar alimentos, conversar y “tomar fresco” tenían lugar en espacios compartidos.

Una imagen más amplia de los alrededores de los ranchos retratados en la fotografía anterior se observa en una tarjeta postal titulada “Ranchería cerca del Observatorio” (ca. 1910, Ed. Fumagalli,

Bs. As.) de fotógrafo desconocido. El par de ranchos de la izquierda de la imagen son los que protagonizan la fotografía anterior. Aquí los vemos junto a tres ranchos más, todos frente a una plaza o explanada que tiene un relieve elevado en el fondo poblado de ranchos y árboles. En algunos casos postes y enramadas forman una leve separación entre viviendas, a modo de corrales o apeaderos. Hay una alta presencia de verde en una cota intermedia, como si éstos definieran la barranca.

Imagen N°3. Ranchería cerca del Observatorio



Fuente: Ed. Fumagalli, Bs. As, ca. 1910,

Un grupo de vecinos deambula por la explanada, bajo la mirada atenta de un policía que, al igual que varios, registran la presencia del fotógrafo. Hay niños y adultos, algunos solos, otros agrupados. Los varones llevan sombreros de alas cortas y las mujeres mantilla y faldas largas. Un grupo de hombres pareciera estar participando de una actividad lúdica, quizá taba, que se intuye a partir de las posiciones guardadas entre sí. A la derecha, unas mujeres parecen transportar agua según sugiere la presencia de algunos recipientes en el piso y sostenidos por sus cabezas. No se observan en el entorno inmediato infraestructura ni equipamiento urbano.

Aunque algunos relatos difieren de otros respecto de la exacta ubicación de la zona denominada El Abrojal –lo que sugiere un lugar de límites imprecisos, fluidos, que se transforman según las memo-

rias y que, en definitiva, no nos hablan de un solo Güemes, sino de muchos– se acuerda, en términos generales, que este sitio se encontraba al oeste de la Cañada, mientras que el llamado Pueblo Nuevo se ubicaba hacia el este.

“De ahí de la Cañada hacia San Luis hacia el lado del Oeste, toda esa parte le llamaban El Abrojal. Y esa gente del Abrojal ... muchos venían del campo, gauchos, mucha gente... libertos, hijos de negros habrán sido...”⁷

Si ambas comunidades terminaron conformando, en 1921, lo que hoy conocemos como barrio Güemes⁸, las memorias locales suelen distinguir un sitio del otro, señalándose ciertas características que definían a El Abrojal. Esos rasgos distintivos remiten, por ejemplo, al carácter predominantemente agreste de la zona que, con su “vegetación hirsuta, llena de abrojos que se pegaban a la ropa”⁹, se aproximaba más al monte que a la ciudad. Zona habitada mayormente por personas y familias migrantes de las zonas rurales que, en general, se asociaban a la población nativa o afrodescendiente. En las primeras décadas del siglo XX, según memorias familiares recogidas por Pablo Reyna, cuyos antepasados migraron de la región serrana de San Marcos hacia El Abrojal, parte de este “barrio-pueblo” era todavía monte, con acequias, árboles y plantas nativas. Allí se podía cazar, pescar y recolectar alimentos y medicinas, y también conseguir los materiales para levantar los ranchos: paja, barro, horcones y caña¹⁰.

Más allá de la fluidez de los límites, todos sabían dónde quedaba, aproximadamente, El Abrojal, pues constituía un punto de referencia

7 Entrevista a Pabla Sorrentino. Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 17/04/2004

8 El 24 de junio de 1921 el Concejo deliberante consensuó “Designar como General Güemes al Pueblo Nuevo de este municipio”, Archivo Histórico Municipal, Documentos 1921, A-2-65, F. 112-113 y Actas 1921, A-1-48, F. 1-5

9 Descripción de Manuel López Cepeda en “Mi amigo el oligarca y otros relatos de la Córdoba vieja” Córdoba, Imprenta Selva, 1952, p. 96

10 Reyna, Pablo, (2021), *Crónica de un renacer anunciado: Expropiación de tierras, procesos de invisibilización y reorganización comechingón en Córdoba*, Córdoba, Ecoval Ediciones, pp. 270-276

para señalar que determinado almacén o tienda estaba “al frente del Abrojal” o “antes del Abrojal”¹¹. Este espacio deviene, en las miradas de algunos vecinos, como un lugar otro, pues se hace referencia a un “acá” o “esta parte” (Güemes) que era diferente en fisonomía, actividades y gente de “la otra parte” “aquel lado” (El Abrojal)¹². Asimismo se señalaba a la Cañada como punto liminar entre esos espacios diferentes: “el otro lado de la Cañada”, sitio que se percibía, acaso, como más peligroso¹³.

Las imágenes de ranchos que revisamos más arriba se remontan a finales del siglo XIX y comienzos del XX, paisaje con el que concuerdan memorias de la época: un vecino del barrio recuerda que su abuelo, inmigrante italiano, llegado al barrio a principios del siglo XX, decía que en la zona –Pueblo Nuevo y El Abrojal– “era todo ranchos”¹⁴. Pero lejos de situarse exclusivamente en épocas lejanas, esta tipología habitacional permaneció por largo tiempo habitando diferentes sectores del barrio. Así, por ejemplo, vecinos recuerdan que algunos de sus familiares vivían, hacia fines de la década de 1930, en casas tipo ranchos¹⁵. Más adelante, en 1944, una fotografía tomada por la Dirección Provincial de Aguas y Saneamiento (DIPAS) de Córdoba, antes del inicio de las obras de sistematización de la Cañada –con el propósito de registrar las casas que habrían de demolerse en el marco de la obra hidráulica–, también nos deja ver una vivienda cercana a la tipología rancho, en este caso, situada a la vera del arroyo (calle Ayacucho 876).

11 Entrevista a vecino de barrio Güemes, Casa Pueblo Güemes, s/f.

12 Entrevista colectiva a vecinos de Barrio Güemes, Casa Pueblo Güemes, 26/07/2013.

13 Entrevista a Pabla Sorrentino, Taller de Historia Oral Barrial de barrio

14 Entrevista a Coco, Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 26/07/2004

15 Miguel Gómez, vecino del barrio recuerda que, hasta finales de la década de 1930, su abuelo “a pesar de ser joyero” vivió en un rancho que se alzaba en la calle Bolívar. Entrevista a vecinos de barrio Güemes, Casa Pueblo Güemes, 13/11/2013.

Imagen N°4. Rancho sito en la calle Ayacucho 876, expropiado y demolido en 1944 para la realización de la nueva traza de la Cañada



Fuente: Serie sistematización del arroyo “La Cañada”, DIPAS (reproducida en Barbieri y Boixadós, 2005, El Cauce Viejo de La Cañada, p. 82)

La construcción es de muros de ladrillo blanqueado con techo a dos aguas de madera y chapa, sus puertas están abiertas. En el exterior, un frondoso árbol con una escalera de madera que se apoya sobre su tronco y un fuentón sobre un pie de madera que testimonia una actividad cotidiana: el lavado de ropa. Un triciclo, que tiene lugar junto al fuentón de agua, sugiere la presencia de niños en la casa. Que estas casas eran también espacios de trabajo lo indica Fernando Monedero Gálvez que recuerda que “muchas mujeres [del Abrojal] se ganaban la vida lavando la ropa de las familias pudientes que habitaban en el importante barrio vecino [...] recuerdo verlas circular por las calles de Nueva Córdoba en los años 40 con un gran atado de ropa sobre sus cabezas yendo y viniendo desde sus casas ubicadas en “el bajo”¹⁶. El fuentón de madera que vemos en la foto era, acaso,

¹⁶ Comentario a la fotografía en el grupo de Facebook “Paisajes de Güemes”,

un instrumento de trabajo, la cotidianidad que nos descubre podría ser la de la jornada laboral, doméstica y de cuidado de los hijos de una mujer de la zona.

Seguimos andando el barrio para encontrarnos con más ranchos habitando Güemes, por ejemplo, en el tramo de la Av. Pueyrredón que va entre las calles Bolívar y Arturo M. Bas, había un barranco, una suerte de pozo poblado de ranchos¹⁷, los que, cabe señalar, fueron destruidos –y sus habitantes relocados– cuando se continuó el trazado de la Av. Pueyrredón durante la década de 1970. Los ranchos aludidos en los relatos de los vecinos remiten a formas habitacionales más bien precarias, un rancho era aquella casa que no estaba construida de “material”, que tenía techos de paja, chapa u otro componente que devenía vulnerable frente a inclemencias climáticas, por ejemplo, una fuerte lluvia. En esta línea, cambiar un techo de paja por uno de “material” o ladrillo, suponía una significativa mejora en las condiciones de habitación¹⁸.

En la actualidad, la zona que fuera El Abrojal sigue situada, en el imaginario colectivo de vecinos del barrio y habitantes de la ciudad, en una zona otra que, a un mismo tiempo, forma y no forma parte de Güemes, o que, más bien, está muy alejada –en su fisonomía, materialidades, gente y prácticas– del Güemes de la calle Belgrano. El sitio que fuera el Abrojal supone, además, un paisaje hoy marcado por cortadas, diagonales, curvas y contracurvas.

03/03/2022.

17 Entrevista colectiva a vecinos de Barrio Güemes, Casa Pueblo Güemes, 26/07/2013.

18 Miguel Gómez, vecino de barrio Güemes, recuerda aquella vez que “se le cayó el rancho” con una lluvia, situación que, afortunadamente, luego pudo mejorar: “con lo que había cobrado ahí nomás le hice poner techo al rancho con ladrillo”, Identidad Barrio Güemes, serie de entrevistas colectivas realizadas por Casa Pueblo Güemes, 13/09/2013

Imagen N°5. Esquina de Pasaje Gould y San Luis



Fuente: Fotografía de Graciela Tedesco, noviembre de 2021.

La imagen desvela cuatro esquinas: desde una de ellas se toma la fotografía y en otras dos, se sitúan casas de una planta con las que contrastan los edificios de altura que recortan el fondo. Las construcciones que protagonizan la imagen delatan varios años o, más bien, décadas, de vida. El paso del tiempo ennegreció paredes que alguna vez fueron blancas y descascaró revoques; a su vez, otras casas permanecieron, directamente, con ladrillos a la vista. Los grafitis desordenados que fueron plasmados en algunas paredes sugieren una casa, tal vez, deshabitada. El verde de la vegetación que habita así veredas como techos es una suerte de contrapunto de los colores más bien pálidos del resto de la imagen. Por estos pasajes, cortadas y curvas, entre idas y vueltas, advertimos una modesta pero significativa señalización que busca recuperar la memoria del lugar. Se trata del cartel de la calle Pje. Fotheringham al 654 que reza “EL ABROJAL” (así, con mayúsculas) debajo del correspondiente nombre de la calle y la numeración.

Imagen N° 6. Pasaje Fotheringham 654



Fuente: Fotografía de Graciela Tedesco, noviembre de 2021.



2. MEMORIAS

Casas de mi infancia en Barrio Güemes

Por María Cristina Amaya¹

María Cristina Amaya vivió en barrio Güemes entre 1945 y 1967. Primero, en una típica casa chorizo ubicada en la calle Belgrano y después, en una casa de tipología moderna que construyó su padre a pocas cuadras de la primera.

Las casas chorizo estaban compuestas por tres partes: una hilera de habitaciones, una galería que servía de vínculo y circulación entre las habitaciones y un espacio abierto o patio lateral. De haber dos patios, como en la casa que nos describe María Cristina, el primero estaba destinado a las actividades sociales y el segundo a los servicios, esto es, el baño y la cocina, cuartos que estarían segregados de la parte central de la vivienda. Estas casas ocupaban, en general, un lote angosto y alargado, de allí su denominación de “chorizo”².

La casa que construyen su padre y madre representa otro tipo de vivienda (compacta, moderna) que testimonia algunos cambios en las formas de habitar. Esas nuevas formas no reemplazan a las anteriores, sino que, como vemos, conviven en un mismo barrio diferentes tipos habitacionales.

En las siguientes páginas, María Cristina nos ofrece una nítida imagen de las dos casas que habitara durante sus años en Barrio Güemes. Nos comparte fotografías registradas por su padre Carlos Enrique Amaya y nos abre la puerta a las mismas, sus diferentes espacios, las actividades cotidianas que transcurrían entre la casa, el patio, la calle y el barrio; todo narrado desde la perspectiva de una niña.

1 Docente de alma, con muchos años rodeada de niños y adolescentes. Recuerdos de una infancia muy feliz en mi querido barrio, que me dio las bases para una adultez madura, con experiencias y deseos de disfrutar la vida. La tonada y el humor cordobés me acompañan en el camino donde sea que vaya.

2 Liernur, Francisco y Aliata, Fernando (2004), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina*, Tomo 2, Bs. As: Clarín, p. 29.

Nací en julio de 1945. Vivíamos en casa de mi abuela, en barrio Güemes, Belgrano al 1200. Típica casa chorizo, con un zaguán, un pequeño hall de entrada y al costado derecho, una fila de habitaciones grandes, eran cinco, con puertas a un patio embaldosado que llegaba hasta el final. Después de las habitaciones había una pieza pequeña, con cocina a carbón y a su lado un baño. Al terminar el patio embaldosado, había otro de tierra, con gallinero, una pileta de lavar y otro baño, tipo letrina. De allí salía una escalera a un altillo, que era el rincón de mi abuelo. Él trabajaba en un almacén de Ramos Generales, pero la carpintería era su hobby. En ese altillo se encerraba largas horas atareado con sus creaciones. Hizo muchos de los muebles de esa casa y luego de la nuestra, así como los muebles de mis muñecas, que eran hermosos. Aún los veo con mis bebés acostadas, comiendo en la mesita, todo terminado con colchones, almohadas, sábanas y la ropita en el ropero (confeccionada por mi mamá). En el pequeño balcón de la primera pieza, mi abuela leía el diario todos los atardeceres. Su rostro concentrado en las noticias siempre lo llevo en mi mente con cariño.

Con mi madre eran siete hermanos (cinco mujeres y dos varones) y todos vivíamos allí. No recuerdo cómo nos distribuíamos, pero puedo imaginar que teníamos poca intimidad. No obstante, nunca hubo discusiones, ni peleas. Reinaba el respeto entre todos.

Había una heladera a hielo (todos los días se compraba una barra de hielo) y en la cena siempre estábamos juntos en la última habitación que hacía de comedor y tenía también algunas camas. Eran muy grandes todas las piezas.

El patio embaldosado tenía un árbol que daba sombra, un parral de uva moscatel y muchas macetas con flores. Aún percibo el perfume de jazmines, flor que mi abuela adoraba y cuidaba con mucho esmero. Cada vez que percibo ese aroma, vuelve a mí el recuerdo dulce de ella. Al poco tiempo, la cocina a carbón fue reemplazada por una a querosén, que facilitaba mucho las tareas. Lo mismo en el baño, donde colocaron una ducha con calentador eléctrico y ya no hubo que entibiar agua en ollas para bañarse. No había estufas, pero no recuerdo haber sentido frío.

La calle era de adoquines y pasaba el tranvía número 12 con sus sonidos característicos que se escuchaban de lejos, sobre todo su

campanilla. Al tomarlo nos llevaba hasta el centro. En la esquina estaba la garita del policía. Era como una casilla elevada donde todo el día había un agente. Se turnaban cada ocho horas. Prácticamente su misión era observar lo que ocurría, pues casi nunca había incidentes. Eran dos los que más conocíamos y charlaban con la gente que siempre le alcanzaba agua, alguna comida e incluso le permitían entrar al baño si lo necesitaba. Era un vecino más que nos cuidaba y lo cuidaban los vecinos a él.

*María Cristina en el patio de la casa de sus abuelos,
calle Belgrano 1200.*



Cuando tenía alrededor de tres años, mi padre, que trabajó en la Fábrica Militar de Aviones, compró un terreno en la calle Ayacucho, a dos cuadras de allí y con un crédito del Banco Hipotecario comenzó a construir nuestra casa. Él mismo dibujó los planos, contrató un Maestro Mayor de Obras y dos albañiles. Los fines de semana todos íbamos a ayudar para apresurar la edificación. Supongo que para vivir más cómodos nos mudamos con la casa sin algunas terminaciones. Las puertas y ventanas eran cubiertas con cortinas de lona (no había inseguridad) y los muebles, sólo los indispensables: el dormitorio de ellos y el juego de comedor, que eran regalos de casamiento, mi dormitorio con los muebles que hizo mi abuelo, y un sillón esquinero en el living que también realizó él y tapizó mi mamá.

Casa paterna en construcción, calle Ayacucho al 1300



Mi casa quedaba, y aún está, frente a la cárcel de encausados. Ayacucho al 1300. La elección del terreno fue, por un lado, porque mi madre no quería irse lejos de mi abuela. También pensaron en el Cerro de las Rosas, donde los terrenos eran mucho más baratos. Finalmente se decidieron por barrio Güemes, pues allí había agua

corriente y cloacas, y en el Cerro no. Poco a poco fue tomando forma nuestro hogar. Todos los meses, cuidando mucho los gastos, se iban agregando detalles que lo hacían más comfortable

La calle era de tierra y tenía muy poco tránsito, o sea que era ideal para jugar sin peligros. Éramos libres y felices. Remontar barriletes, hechos por nuestras manos, en los baldíos, trepar a todos los árboles, jugar a la escondida, al viejo (mancha le llaman ahora), a las bolitas, al tejo (rayuela) sin horarios en las vacaciones y los fines de semana en época de clases. Volver a la nochecita, sucios de tierra y llenos de raspones que no dolían. Entonces venía el baño y las piernas y brazos frotados con glicerina para evitar paspaduras (no había muchas cremas y las que había, eran muy caras).

La cárcel nunca dio problemas. No era agradable ese paredón inmenso, gris, pero no había disturbios ni peleas. A veces caía a la calle la pelota con que los presos jugaban y nos peleábamos a ver quién tenía fuerza para lanzarla alto y devolverla. Por lo general venía algún adulto y lo hacía.

Frente de la casa familiar en Ayacucho al 1300



La casa era muy grande. Tenía tres dormitorios inmensos, con placares que ocupaban toda una pared, llenos de estantes y cajones (hechos por mi abuelo). Las ventanas eran grandes y tenía persianas de madera. Dos de ellas daban a la calle y otra, al patio. Un pasillo muy ancho con otro placard y a un costado el baño completo. La entrada era amplia y servía de garaje. Allí había un pequeño hall que a su izquierda daba a un comedor muy amplio, y a la derecha, a un living también grandísimo que era nuestra sala de estar que tenía un hogar a leña que nos entibiaba en el invierno.

En la parte de atrás estaba la cocina comedor, con grandes mesadas de granito y alacenas por todos lados. Sus ventanas daban al patio. Todos los pisos eran de granito blanco. La galería cubierta era larga, con un lavadero de dos piletones, un pequeño baño y de allí ese patio que con los años varió entre jardín, huerta, césped, tierra. Patio que fue el lugar mágico de juegos, cumpleaños, travesuras, encuentro con amigos. Tenía en el medio una mesa de granito con bancos del mismo material y una columna de iluminación hermosa.

María Cristina y su hermano en la galería de la casa y en los piletones de lavar





Como no podía faltar, las parras de uva frambua daban sombra a gran parte de ese patio. También tuvimos mascotas. Conejos, palomas, gallinitas enanas, teros, un sapito Pepe que mi abuela trajo siendo pequeño y vivió siempre con nosotros, y la tortuga. Nuestro perro, un dóberman enano que se llamaba Pancho López, pues era chiquitito pero matón, como decía una canción de la época. Una tortuga tan singular, que cuando mi papá ponía música en el tocadiscos, que era grande y tenía mucho volumen, estiraba sus patitas a toda velocidad, entraba a la casa y delante de los parlantes, se paraba y estiraba su cabecita, inmóvil, escuchando.

Un día mi padre trajo un árbol de damasco, pequeño, que sembramos con mucho amor. En poco tiempo creció y sus ramas llegaban al techo de la casa. Fue el lugar donde hicimos nuestra casita del árbol, nuestras hamacas, nuestro trapecio para las funciones de circo. Por sus ramas también trepábamos para subir al techo. Y de allí, en verano, cuando mi mamá dormía la siesta, nos escapábamos a la calle a encontrarnos con los amigos a jugar y hacer travesuras. Calculábamos la hora por el sol, y lograr entrar antes de que despertara.

Rondas en el patio de la casa



El patio de mi casa era lugar de reunión de todos los chicos del barrio. Allí jugábamos a las rondas, las escondidas, el viejo, Martín Pescador, los tres alpinos, la farolera, la sogá para saltar, las estatuas, figuritas y las bolitas. Cavábamos la tierra para hacer piletas de natación, casas subterráneas, construimos casas tipo carpas con bolsas de arpillera. A las cinco en punto, mi mamá con el mate cocido y el pan con mermelada hecha por ella era un elixir para nosotros.

Mis juguetes preferidos eran las muñecas. Tenía varias, entre ellas una Marilú que me había regalado mi madrina. Era una belleza de porcelana y articulada, con los ojos que se abrían y cerraban; también la famosa Negrita que era mi preferida, y la muñeca de trapo. También tenía muchos libros de cuentos. Mi padre nos inculcó la pasión por la lectura y en cada edad nos elegía el libro adecuado. Al igual que libros, nos compraba discos con canciones infantiles que aún recuerdo escuchar en las tardes de lluvia.

Juegos y lecturas dentro de la casa



A la vuelta de mi casa, por la calle Perú, teníamos el arroyo de La cañada, aún no canalizado. El agua era limpia y estaba rodeado por casas humildes. Humildes y muy educadas pues no tiraban basura y mantenían los márgenes sin suciedad. Las orillas eran de tierra con césped, o sea que no era lo mismo que un arroyo de las sierras con las playas de arena. Pero algunos chicos, en los días de mucho calor, se bañaban y jugaban allí. Cuando crecía, el agua inundaba casi hasta la mitad de la calle Perú y para nosotros era un espectáculo ir a ver, siempre con cuidado. Generalmente el agua bajaba pronto. Tormen-tas de verano. Me recuerdo chiquita, al lado del arroyo, mirando ese mundo tan distinto y tan cerca de mi casa. Mi curiosidad se intensi-ficaba con cada nueva experiencia y mis padres me hacían conocer cosas nuevas siempre.

María Cristina junto al arroyo La Cañada próximo a su casa



En un sitio baldío a pocas cuadras de casa, venía en el verano un parque de diversiones. Calesita, sillas voladoras, hamacas gigantes y todo tipo de juegos para ganar premios (estilo kermesse). Los pre-cios seguro que eran accesibles, pues los fines de semana íbamos todas las familias a disfrutar. Lo ubicaban en la calle Belgrano al 1000, aproximadamente, donde había mucho espacio.

Las fiestas de fin de año se festejaban en la casa de mi abuela en la calle Belgrano. Se ponía una mesa larguísima en todo el patio y allí entre tíos, primos, tíos abuelos llegábamos a ser más de cincuenta. Todos colaboraban con la comida, bebida y arreglo de las mesas. Y después de medianoche, uno de mis tíos era el encargado de los fuegos artificiales. No nos dejaba acercar por el peligro. Pero era una delicia disfrutar juntos ese momento tan especial. A esa hora todos los chicos del barrio nos juntábamos a disfrutar las luces y estallidos que nos llenaban de alegría. Después jugábamos en la calle hasta que nos agotábamos. El número de primos iba aumentando con los años, y la unión y la complicidad entre nosotros también.

Mesa familiar



Más tarde llegó la época de los bailes o asaltos. Recién a los 14 o 15 años me permitieron ir a las primeras reuniones en casas de familia, siempre acompañada por mi mamá. Muchas veces las reuniones se hacían en mi casa que era una de las más grandes y que dejaba a mis padres más tranquilos. Bailábamos rock, twist, jazz y al final los lentos, siempre con las mamás mirando. Momentos de los primeros enamoramientos, de los secretos entre amigas, de los paseos en grupo por las calles del barrio y también de ir juntas al Parque

Sarmiento, tomar helados, andar en los botes del lago, al parque de diversiones. Grupos de amigas de las cuales aún muchas seguimos en contacto.

Cuando llegaban los carnavales, todo era juegos con agua. No existían las bombitas, así que corría el agua con mangueras y baldes e inundábamos veredas, casas, garajes. También estaban los bailes de carnaval, donde solo se usaban pomos de agua perfumada y papel picado y bailar con nuestros amigos o algún chico que nos parecía simpático y buen mozo.

*“Mi primer baile con mi madre y hermano” y
“Mi baile de egresada”*



La primaria la realicé en la escuela Roque Sáenz Peña, cerca de casa. Iba turno tarde. Mi madre me llevaba y me iba a buscar los primeros dos años. Bajábamos por Belgrano hasta Pueyrredón y allí había una subida de calle de tierra, por el costado del Pocito, que aún existe, hasta la esquina con Vélez Sarsfield. Allí fui hasta quinto grado. Ya a finales del Primero Superior, nos reuníamos un grupo de niñas del barrio, entonces íbamos y volvíamos juntas, jugando y riendo, sin ningún peligro. Al terminar quinto grado, rendí examen para entrar a la escuela Normal A. Carbó y allí terminé el primario, secundario y luego el Profesorado de Jardín de Infantes.

Viví en Barrio Güemes hasta casarme, en 1967. Me vine a Buenos Aires, donde formé mi familia. Puedo agradecer a la vida la familia que tuve y la que tengo, las amistades de ese barrio querido que conservo. Aún recuerdo sus calles, los árboles, el perfume de los paraísos, los juegos en la calle, el sonido del tranvía, las escapadas a la siesta, los amigos de familias buenas, simples, trabajadoras.

» 3. Reflexiones en torno a los conventillos y otros habitares en Güemes. Afueras que interpelan

Por Ana Sofía Maizón¹

“[...] pues la impresión que hoy da el pueblo Güemes es de que Córdoba no es una ciudad civilizada, porque aquello presenta el espectáculo de un campamento de gitanos”. (Concejal Alberto Baulina, 1926²)

“Todo afuera es un adentro”. (Levstein³)

Según el historiador Peter Burke⁴, la historia de la casa puede desmenuzarse en dos posibles lecturas. Por un lado, la historia social se detiene en los estilos y diseños arquitectónicos, materiales utilizados, dimensiones y usos de los espacios, etc. Por otro lado, la historia cultural incorpora específicamente a quienes la viven y que a través del uso también van activando imaginarios y sentires,

1 Soy docente e historiadora. Por línea materna tengo una nacionalidad radicada en Güemes con una abuela que recorrió la Cañada llevando a sus cinco hijas y una canasta de pan casero que repartía entre sus vecinos/as. Y un abuelo que junto a su caballo “Moro” vendió hielo esquivando las caprichosas subidas y bajadas de la barranca. Las líneas que siguen nos recuerdan otras maneras de estar en el barrio.

2 Archivo Histórico Municipal de Córdoba (en adelante AHMC), Actas de Sesiones del Concejo Deliberante, año 1926, A 1-55, f. 288.

3 Levstein, Ana y Boito, M. Eugenia (comps.) (2009), *De insomnios y vigiliadas en el espacio urbano cordobés: lecturas sobre “Ciudad de mis sueños”*, Córdoba, Universitas, 2009, p. 62.

4 Burke, Peter (2009) “La historia social y cultural de la casa”, *Historia Crítica*, núm. 39, pp. 11-19, En línea: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81112363003>

tensionando maneras de estar en la casa. Se mira a los demás y se es mirado en el vivir.

El siguiente ensayo se detiene en algunos habitares de las primeras décadas del siglo XX y las dinámicas que se tejían entre el afuera y el adentro. En ese momento histórico las ciudades de la periferia se enfrentaban a las problemáticas que se desprendían de los carriles de la modernización: aumento de población derivado de la inmigración, carestía de la vivienda, hacinamiento, insuficientes o inexistentes políticas públicas en higiene y salud, entre otras.

En líneas generales, en la ciudad de Córdoba los alojamientos que más se ajustaron a los bajos y fluctuantes ingresos fueron principalmente el rancho y el conventillo. Esas viviendas implicaban modos de habitar incómodos para la prensa y los hombres de la política, que no se correspondían a la imagen de una ciudad moderna. Pero también la incomodidad la vivieron sus moradores: convivían con la carencia, los abusos y el fantasma del desalojo que cada tanto los/las visitaba.

Un primer objetivo de este escrito fue el de describir a los conventillos que existieron en Güemes. Sabemos de su existencia en el barrio por comentarios surgidos en algunos de los relatos orales o en las estadísticas oficiales. Sin embargo, el principal motivo de denuncia en diarios y discursos fue el rancho, su número era más que considerable y su piel quedaba sumamente expuesta a los ojos juiciosos de la “[...] sociedad que los observa.”⁵ Por otro lado y en relación a lo anterior, si el conventillo con irregularidades estaba ubicado en el casco de la ciudad, recién ahí la prensa, cual termómetro, recogía esas miradas y denuncias. La preocupación fue el centro y la ordenanza N°614 de 1898 lo dejó en evidencia ya que prohibió el establecimiento de ranchos y conventillos en el radio limitado por el río, la acequia municipal y las calles San Juan y Junín⁶. Sin embargo,

5 Palabras de la presidenta de la Conferencia del Rosario en su nota solicitando eximición del pago de tasas en el Registro Civil de aquellos que posean certificado de pobreza. AHMC, Documentos, año 1914, f.86.

6 Se debe recordar que diez años antes y a raíz de la epidemia de cólera ya había sido presentado el proyecto. Allí se establecía la demolición de ranchos existentes y la prohibición de construir nuevos en el radio comprendido por el río Primero, la Cañada, el boulevard San Juan y Junín, el mismo no fue sancionado en ese momento.

podemos reconstruir esos habitares colectivos en Güemes a partir de las dinámicas sucedidas en otros conventillos de la ciudad. Los documentos históricos como la fotografía, los diarios, los discursos de los hombres con trayectoria pública (académica, política, etc.) nos permitirán observar los imaginarios que se tejían en torno a esta vivienda.

Nos preguntamos entonces ¿cómo eran esos habitares de los sectores populares de principios del siglo XX? ¿Qué pasaba en aquel momento histórico donde algunas cotidianidades se resolvían en espacios compartidos? ¿Cómo esas maneras de habitar nos interpe-
lan en nuestro presente?

La situación demográfica en Córdoba a principios del siglo XX

En Córdoba, desde 1895 y hasta 1930, se produjo un fuerte desarrollo de la población urbana con saldos migratorios positivos y un alto porcentaje de inmigrantes en edad de procrear.

También existieron migraciones interprovinciales ante la reestructuración rural del norte de la provincia, pero su relevancia fue menor a las migraciones de ultramar. El porcentaje de población extranjera fue en aumento y en 1914 fue el 22,4% de la población total de la ciudad.⁷

También el censo de 1914 nos permite observar las migraciones internas en tanto sólo el 85% de los argentinos residían en las provincias en que habían nacido. Según ese censo, en la provincia de Córdoba había 585.052 habitantes de origen argentino siendo de ellos 98.263 nativos de otras provincias argentinas.

Si nos preguntamos por el alojamiento de esa población encontramos que la oferta habitacional no acompañó al crecimiento urbano teniendo en cuenta que éste respondía más a saldos migratorios positivos, es decir, a nuevos habitantes que buscaban establecerse en la ciudad. A modo de ejemplo, entre 1869 y 1906 la población aumentó en un 169% mientras que el número de viviendas sólo creció

7 Carbonetti, Adrián (2000) "La transición epidemiológica en la ciudad de Córdoba. 1906-1947". En: *III Jornadas Municipales de Historia de Córdoba*, Córdoba, pp. 106-117.

en un 120%. Además, en el año 1906 un 41% de ese total de viviendas correspondía a alojamientos precarios.⁸

De esta manera, el acelerado crecimiento demográfico urbano de principios del siglo XX y la escasa oferta de viviendas, acordes al poder adquisitivo y la inestabilidad laboral de los recién llegados, generaron un déficit habitacional.

Esta situación desencadenó que las opciones más accesibles para los sectores populares⁹ fueran las viviendas tales como el rancho o el conventillo. El primero era un tipo de vivienda unifamiliar que se construía en espacios reducidos y a partir de barro, madera y paja. Posteriormente se incorporaron las paredes de ladrillo sin revoque y el techo de zinc. El conventillo era un tipo de alojamiento colectivo generalmente instalado sobre una vivienda unifamiliar preexistente; las más utilizadas fueron las “casas chorizo” con sus habitaciones construidas en torno a un patio. En los conventillos, los inquilinos/as compartían el uso de ciertos servicios como cocinas, piletas para lavar, excusados, etc.

Que el rancho y el conventillo hayan sido las opciones que más se adecuaban a los bolsillos de una parte de la población se relaciona con las ocupaciones y empleos. En las dos primeras décadas del siglo XX ingresaban inmigrantes que declararon oficios propios de los artesanos urbanos calificados, jornaleros y sin ocupación determinada.

En el censo municipal de 1906 un 43% de la población económicamente activa pertenecía al grupo “sin profesión determinada” en el cual estaban tanto los vagos y mendigos como las prostitutas,

8 Boixadós, Ma. Cristina (2002), “Vivienda y moral. La acción de la Comisión Protectora de los Artesanos de San José, 1900-1930” en Vidal, Gardenia y Vagliente, Pablo (comps.), *Por la señal de la cruz*, Córdoba, Ed. Ferreyra, p. 243.

9 A fines del siglo XIX y comienzos del XX las clases populares eran obreros y empleados, pequeños comerciantes e industriales, servidores domésticos, ocasionales y marginales. Del término sectores populares quedarían excluidos las clases altas (terratenientes, burguesías comerciales y financieras, empresariado de la industria a gran escala y los profesionales relacionados a ella) y la capa alta de los estratos medios (profesionales, burgueses en vía de ascenso social y funcionarios públicos altos). Ver Rial, Juan (1990) “Situación de la vivienda de los sectores populares de Montevideo, 1889-1930” en: Armus, Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Bs. As., Ed. Sudamericana, p. 137-160.

desocupados, sin especificar y sin profesión. En el caso del censo nacional de 1914 no pudimos obtener las cifras correspondientes a la ciudad capital ya que solamente son accesibles los totales correspondientes a la provincia. No obstante, se mantiene el porcentaje elevado de vendedores ambulantes, peones, sin profesión, etc., quienes representaban 243.051 de un total general de 449.611 censados.¹⁰

Otro de los sectores ocupacionales de porcentaje elevado era el de empleadas domésticas, una de las principales actividades de las mujeres de los sectores populares.

Con respecto al promedio del salario en la ciudad podemos observar que hacia 1906 el salario máximo para los varones era de 3 a 4 pesos y para las mujeres de 2 a 3 pesos.¹¹ La situación no varió demasiado para la década del 20, una estadística realizada por el Dr. Arturo Pitt, médico Jefe del Dispensario de Tuberculosos Tránsito Cáceres de Allende de la ciudad de Córdoba, informaba que el promedio del jornal diario de aquellos que acudían al establecimiento era de 1,16 pesos para las mujeres y 2,93 para los hombres.¹² Estos bajos salarios provocaron que vivienda y alimentación fueran necesidades satisfechas deficientemente.

Otro de los problemas de esta etapa fue el incremento de la desocupación, la cual tuvo más repercusiones entre los trabajadores sin calificación, masa flotante que durante el año desempeñaba múltiples tareas.

El atraso de los salarios y el aumento del costo de vida llevó al diario *La Voz del Interior* en el año 1925 a realizar una aproximación de cuánto dinero necesitaba un empleado/ jornalero por día siendo casado y con 3 hijos. Se estimaron en gastos de almacén un total de 6,05 pesos y por el alquiler de dos piezas 1,33 pesos (\$40 al mes), sin incluir gastos derivados de transporte y vestimenta. Entre

10 Tercer Censo Nacional. Levantado el 1º de julio de 1914, 10 volúmenes, Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cia. Bs.As. 1916.

11 *Censo General de la población, edificación, comercio, industria, ganadería y agricultura de la ciudad de Córdoba*, Levantado en los días 31 de agosto y 1º de septiembre de 1906, Establecimiento Tipográfico La Italia, Córdoba, 1910.

12 *La Voz del Interior* (en adelante LVI), 16 de marzo de 1921, p.5.

los comestibles se incluían leche, pan, carne, fideos (arroz, sémola o polenta) grasa o aceite y carbón.¹³

Los bajos salarios de los sectores populares ejercieron incidencias en la dieta diaria y las condiciones de vivienda.

La situación habitacional en Córdoba

En Córdoba fue innegable el crecimiento urbano, es decir, el aumento de su población. Sin embargo, esa expansión demográfica se produjo sobre una ciudad que no estaba preparada para ello ya que aún no contaba con una infraestructura adecuada entendiendo por tal a las redes de abastecimiento de agua potable, distribución de electricidad, medios de transporte, vivienda, lugares de abastecimiento tales como mercados, etc.

Hacia la década del 20 siguió siendo motivo de preocupación la ciudad bella e higiénica, el diario denunciaba como materias pendientes la provisión de agua potable, mataderos y mercados higiénicos, un sistema de desagües al pie de las calles y boulevares de cintura para descongestionar el tráfico.¹⁴

Para algunos autores como Waldo Ansaldi, en este primer tercio del siglo XX existió una urbanización descontrolada; la ciudad se retrasaba y reestructuraba simultáneamente.

Esta ciudad en expansión evidenció una crisis de vivienda entendida como la escasez y carestía de alojamientos para la población. La oferta habitacional no acompañó al crecimiento urbano teniendo en cuenta que éste respondía a nuevos habitantes que buscaban establecerse en la ciudad. Entre 1869 y 1906 la población creció en un 169% mientras que el número de viviendas creció en un 120%.

¹³ LVI, 22/06/1925, p.6.

¹⁴ LVI, 22/05/1924, p.9.

Cuadro N°1: Vivienda y población de la ciudad de Córdoba entre 1869 y 1906

Años		1869	1895	1906	Tasa de variación	Estadística municipal 1917
Población total		34.458	54.763	92.776	169%	
viviendas	de azotea	1.994	4.373	5.255		
	de teja	69	494	384		
	de zinc	60	273	839		
	de paja y adobe	2.866	3.016	4.521		3883 con 10.564 habitantes
	Total	4.989	8.156	10.999	120%	

Fuente: C. Boixadós, (2002) “Vivienda y moral. La acción de la Comisión Protectora de los Artesanos de San José, 1900-1930”, en Vidal, Gardenia y Vagliente, Pablo (comps.) *Por la señal de la cruz. Córdoba*, Ed. Ferreyra, p. 243. La columna correspondiente a la estadística municipal de 1917 ha sido obtenida de Cafferata, Juan F. (1917) “El saneamiento de la vivienda en la Profilaxis contra la tuberculosis. Relación entre las condiciones de la vivienda y la mortalidad por tuberculosis en el municipio de Córdoba”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año IV, N° 10, p.36

El problema no sólo fue la escasez de viviendas, sino que la población que se incorporó se caracterizó por la inestabilidad laboral y los trabajos temporarios; y el alojamiento no podía implicar un porcentaje elevado de su jornal. La solución provino del alquiler de viviendas, colectivas o unifamiliares, de bajo costo, pero con condiciones habitacionales precarias tales como el rancho o piezas en conventillos. Este tipo de alojamientos, según algunos sectores dominantes de la sociedad, se alejaban del ideal que todo trabajador/a debía alcanzar: la vivienda propia, cómoda e higiénica.¹⁵

¹⁵ AHMC, Documentos, año 1911, f. 91.

Esta demanda de alojamientos económicos benefició a aquellos que eran propietarios/as de terrenos aptos para edificar ranchos, o de una casa de varias piezas, tipo chorizo, posibles de ser alquiladas a varias familias.

El conventillo

El conventillo fue un tipo de inquilinato que supo sacar provecho a las viviendas de varios dormitorios y con una ubicación próxima a los centros de empleo. La separación entre las habitaciones hacía posible el alquiler individualizado ya sea a grupos familiares extensos o individuos. Por ello y según el reglamento de edificaciones de la ciudad de Córdoba sancionado en el año 1900, se llamaba conventillo a toda casa en la que vivían más de cuatro familias pagando alquileres separados.¹⁶

Y la necesidad de algunos/as es la oportunidad de otros/as. Esas casonas de estilo italianizante se convirtieron en los inquilinatos que albergaron a aquellos/as sin vivienda y sin demasiado dinero en los bolsillos. Ello implicaba que algunos espacios como excusados, patios, piletas de lavar, etc. debían compartirse en su uso. Fue una oportunidad para los propietarios de generar ganancias rápidamente.

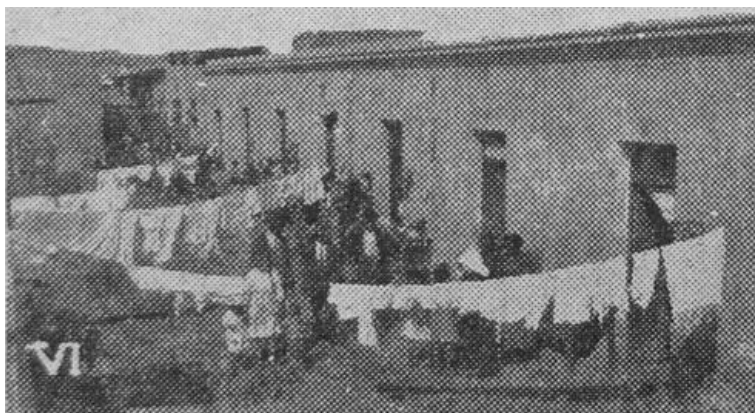
Algunos conventillos eran casonas con frentes en buen estado lo que hacía un poco más dificultoso detectarlas y denunciarlas como “viviendas insalubres”. Solamente ingresando se descubría el hacinamiento y las condiciones en las que se vivía. A veces el conventillo quedaba al descubierto a raíz de alguna muerte por una enfermedad infecto-contagiosa. Eso ponía en situación de alerta al resto de la población.

Las condiciones de habitabilidad eran inadecuadas no sólo por el hacinamiento sino también porque a veces se guardaban animales (incluyendo caballerizas), además se compartían algunos servicios como el agua, piletas, duchas y letrinas, los cuales eran insuficientes para el número de inquilinos/as. Un caso notable es el de un con-

16 AHMC, Documentos, A 2-28, f. 243.

ventillo con cerca de 70 habitaciones y sólo 2 lluvias.¹⁷ Otro ejemplo fue una casa de inquilinato ubicada en calle La Rioja en la cual el propietario guardaba para sí las llaves del baño y al ausentarse, dejaba a sus inquilinos sin este servicio.¹⁸

Imagen N°1. Escenas de un conventillo de la calle 12 de octubre N°57, vivían 81 personas, ropa y niños/as eran la marca registrada del patio.



Fuente: La Voz del Interior, 24/03/1920.

Este tipo de viviendas colectivas generalmente estaban en zonas céntricas ya que permitían acortar la distancia al lugar de trabajo, ahorrando los gastos de transporte. La estadística municipal del año 1917 reveló que existían en la ciudad de Córdoba 241 conventillos con 6.494 habitantes estando su mayoría ubicados en las secciones más cercanas al casco céntrico.

Cuadro N°2. Cantidad de conventillos existentes en la ciudad de Córdoba según la estadística municipal de 1917

17 LVI, 7 de febrero de 1923, p.7

18 LVI, 7 de febrero de 1923, p.7

Secciones (según Registro Civil)	Conventillos		
	Nº	Piezas	Habitantes
1a (Centro)	75	727	2.161
2a (noroeste de la ciudad)	87	668	2.609
3a (Abrojal y Pueblo Nuevo)	41	427	1.229
4a (Nueva Córdoba)	3	7	20
5a (Gral. Paz- Bº Inglés)	-	-	-
6a (Alta Cba.- San Martín)	31	159	429
7a (La Toma)	0	0	0
8a (San Vicente)	4	55	46
Total	241	2041	6.494

Fuente: Cafferata, Juan F. (1917) "El saneamiento...", ob.cit., p. 377.

Pueblo Nuevo (luego Güemes) estaría comprendido en la seccional tercera, la cual, si bien estaba cerca del centro, no concentraba una gran cantidad de conventillos en comparación con las seccionales 1ª (centro y noreste de la ciudad) y 2ª (centro y noroeste).

El diario también describió en 1928 la suerte de uno de estos migrantes internos que vivió en conventillos en el centro, pero que al aumentar el precio del alquiler, tomó la decisión de mudarse hacia

la periferia. Mantuvo su trabajo en la ciudad y para ahorrar el gasto de transporte -unos \$12 diarios equivalentes a la cuota para pagar el terreno-, se trasladaba caminando¹⁹.

La familia del conventillo resolvía algunas cosas en esa pieza estándar de dos por tres metros²⁰. Por ello eran fundamentales el patio o la galería ya que permitía realizar otras actividades, eran también un “adentro” que se compartía con otros/as y con los cuales se construía/ resignificaba/disputaba. A raíz de un incidente ocurrido entre dos vecinas del conventillo el diario La Voz del Interior describía esas acciones cotidianas del afuera y el adentro: la víctima se levantó a las 7 de la mañana, se dirigió a la cocina que se encontraba al fondo de la casa y trajo a la habitación un poco de fuego para hervir la pava y tomar mate, luego trajo de la cocina un balde para lavar el patio, flameaban como banderas las sogas de ropa lavada²¹.

Las cotidianidades del conventillo eran motivo de preocupación para algunos sectores sociales, también para aquellos/as que pusieron la mirada en garantizar el acceso a la educación. Eso quedó claro en los artículos de opinión de Fenia Chertkoff (1869-1928), educadora socialista preocupada por las infancias,

“La vivienda obrera no existe como tal, es pieza-comedor-dormitorio-cocina, no hay lugar para nada menos para los chicos que cuando vuelven de la escuela en la pieza y patio del conventillo estorban [...] encerrados en la pieza se ahogan, agachados sobre el deber, cuántas veces tratan de garabatear la página apoyada sobre una mesa que vibra bajo la trepidación de la máquina de coser”²².

Es recurrente encontrar en la prensa la denuncia al propietario o encargado del conventillo que cometía arbitrariedades tales como

19 LVI, 01/01/1928, p.12. También puede consultarse “El sueño a veces imposible de la casita propia”, LVI, 30/11/1931

20 Dimensiones de las habitaciones en un conventillo en calle Catamarca 856 en B° Gral. Paz, LVI, 19/03/1929.

21 LVI, 07/10/1931, p. 13.

22 LVI, 29/10/1929, p. 10

esconder las llaves del baño, cortar la luz poniendo de pretexto la rotura de un fusible²³ o habilitar una sola canilla de agua²⁴.

Un capítulo aparte merece la oposición rancho- conventillo donde el primero corría con desventaja en tanto su estética quedaba expuesta a los ojos de los demás. Estas disputas pueden seguirse en las palabras del concejal Elkin para quien en Córdoba no existía la casa de inquilinato típica de Buenos Aires, allí eran “verdaderos palomares”; el problema en Córdoba era el rancho, una “habitación inmunda” que debía suprimirse. Para el concejal Baritaud, en cambio, el rancho bien blanqueado era mejor que el palacio sucio²⁵.

Imagen N°2. “Los futuros obreros de la patria que crecen entre el hacinamiento” así el diario describía a las infancias de los conventillos.



Fuente: La Voz del Interior, 24/03/1920.

En Córdoba también se llamaban conventillos a los grandes terrenos cercados que en su interior contaban con piezas construi-

23 LVI, 16/02/1924, p.7

24 LVI, 25/04/1924, p. 9

25 AHMC, Actas de Sesiones, 1926, A 1-56, fs. 325-326.

das de manera separada, que respondían a un mismo propietario y compartían servicios como baños y grifos. El depender de un mismo propietario parecería un rasgo característico del conventillo, tal vez por eso en la prensa a un conjunto de ranchos le llamaban también de esa manera.

En la ciudad existió una preferencia por el rancho y ello también se mantenía en Güemes, en 1926 el diario *La Voz del Interior* anunciaba que casi un 80% de la edificación en el antiguo Pueblo Nuevo era de ranchos o semi ranchos²⁶. Por otro lado, el alquiler de una pieza en Güemes costaba \$20, algo más barato que en Alta Córdoba donde el precio subía a \$30 mientras que en los pueblos suburbanos rondaba los \$15.²⁷ Puede compararse con el sueldo de un peón municipal el cual en 1926 era de \$100.

Si hablamos de complejos de viviendas en Güemes no podemos dejar de mencionar las casas de inquilinato para obreros surgidas de iniciativas privadas (por ejemplo, las viviendas unifamiliares de la Comisión Protectora de Artesanos de San José en el pasaje Domingo Funes) o por iniciativa de los poderes públicos (las casa de inquilinato construidas bajo la intendencia de Luis Revol). Las mismas fueron equipadas con un poco más de comodidades en tanto se intentó contener más al obrero y su familia, por ejemplo, cada vivienda tenía un artefacto de cocina en su interior. No obstante, muchas de las actividades se siguieron realizando en el afuera: lavar, jugar, buscar agua o tomar una ducha en los Baños Públicos de la calle Bolívar, entre otras.

Otras maneras de habitar en Güemes

¿Y qué sucedía con aquellos/as que pensaron en comprar el lote y comenzar a edificar la vivienda propia en Güemes? ¿Era eso un objetivo inalcanzable? En 1930 encontramos una venta de lotes por mensualidades que en realidad ocupó un lugar en la prensa por la posibilidad de que los mismos se fueran a remate tras la muerte del vendedor, el señor Mardoqueo Galindez. Entre sus compradores se

²⁶ LVI, 08/01/1926, p.7

²⁷ AHMC, Serie Documentos, A 2-80, 1926, f. 322.

hallaban empleados públicos, maestras, empleados del correo y empleados del sector privado (como de la tienda Gath y Chavez), tal vez ello llevó a que el diario colocara en su titular “los terrenos de obreros del P. Güemes”.

La mayoría comenzó a pagar los lotes en el año 1923 y el precio de los terrenos iba entre los 850 y los 2000 pesos. Algunos de los compradores residían allí previamente; por ejemplo, Domingo Oviedo fue inquilino del rancho que edificó en el mismo lote que luego compró por mensualidades, las dimensiones eran de 9 mts de frente por 28 mts de fondo, estaba ubicado en Achával Rodríguez N°535 y su precio era de 1.358 pesos. Ya en 1930 llevaba construidas “dos piecitas”. Otro caso era el de Antonio Muñoz quien vivía con su esposa y 13 hijos en “dos piecitas” levantadas en el lote que empezó a pagar en el año 1923, el precio total era de 1667 pesos y al momento de la noticia sólo debía 309 pesos²⁸.

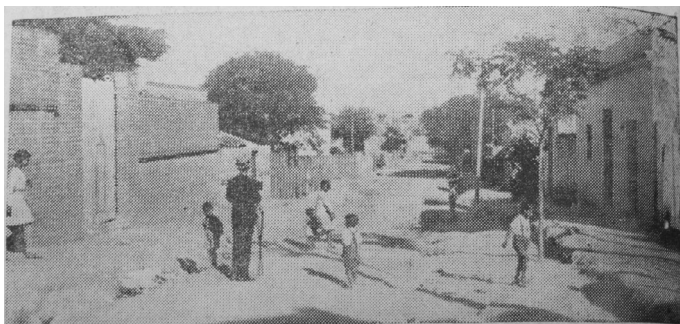
Imagen N°3. Felipe Martínez y sus ocho hijos en la casa que levantó en el Pasaje Escuti, otro de los lotes que corría riesgo de ser rematado en 1930.



Fuente: La Voz del Interior, 28/11/1930.

²⁸ La noticia de la posibilidad del remate fue cubierta por el diario LVI desde el 27 al 29 de noviembre de 1930.

*Imagen N°4. Alrededores de los lotes vendidos por mensualidades.
En líneas generales se ubicaban al oeste del barrio,
entre la Cañada y el actual edificio
de Tribunales de Justicia II.*



Fuente: La Voz del Interior, 29/11/1930.

Las casas y sus cosas

Más allá de puntualizar en el rancho o el conventillo, sabemos que en esas habitaciones existían máquinas de coser y otras herramientas de trabajo. En sus cotidianidades también había gallineros y si era posible, se improvisaba un pequeño galpón. Los desbordes de La Cañada ponían esas realidades en evidencia, una ordenanza de 1911 distribuía mil pesos entre las familias que por causa de la inundación habían quedado sin herramientas y pertenencias²⁹. Así lo describía el concejal León M. Elkin en 1926,

“Hay que pensar en que los obreros y los empleados tienen siempre un gallinero y su pequeño garaje, y cuando no es su pequeño garaje o gallinero, tienen su pequeño galpón de trabajo y allí trabajan en cualquier ramo de las industrias, para utilizar en sus casas los momentos perdidos”.³⁰

29 AHMC, Actas de Sesiones, A 1-38, f. 274 o 248?

30 AHMC, Actas de Sesiones, 1926, A 1-59, f. 173.

Algunas fotografías nos ayudan a imaginar esas cotidianidades. En el afuera había una continuidad de la vida del adentro: maderas, braseros, baldes, fuentones, jaulas, macetas, sillas... Un motivo se repite, las sogas de ropa que recuerdan una de las principales labores de las mujeres.

Las siguientes imágenes fueron capturadas en la década de los 40 y con motivo de la canalización de La Cañada, las imágenes representan un afuera vivido con intensidad en Güemes. En la primera se observa la pava en el brasero y sobre la mesa una palangana que tal vez fue parte del aseo rápido. En la segunda imagen se suman un gallinero y las asiduas sogas de ropa tendida. En ambas, las infancias también son parte de la escena.

Imagen N°5 y N°6. Los “afueras” de algunas viviendas.



*Fuente: Serie Sistematización del arroyo “La Cañada”, DIPAS,
Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba.*

Algunos hilos para seguir tejiendo en torno a la casa

Si hoy la “casa propia” se piensa según los gustos y aspiraciones de sus habitantes es porque en determinado momento histórico algunos sectores sociales fueron forjando la necesidad de cumplir ese “sueño”. A través de la vivienda se ejercía una forma de control social: si la casa “encierra” al obrero; este no se va a la taberna,

“El que está cómodo en su casa no prefiere el boliche ni el ambiente extraño [concejal A. Baulina]. El marido se encuentra siempre cómodo en su casa, con su mujer y sus hijos, aunque a estos tenga que cantarles el arrorró [Concejal T. Ubios]”.³¹

Poco a poco se fue edificando ese horizonte de la casa propia e higiénica. Junto a ella los pilares de la privacidad y comodidad actual. Para algunos, todos los peligros y desórdenes iban a irse acomodando en la casa unifamiliar. ¿De qué otra manera podían encerrarse esas imágenes incómodas de braseros en los patios y de infancias descalzas resueltas en callejuelas entre gallinas, gatos y perros? ¿Cómo se ordenaban esas largas sogas de ropa tendida, ese “campamento de gitanos” que describía el concejal A. Baulina en 1926?

Un repaso por la prensa o los discursos de los concejales permiten observar que la vivienda adoptaba la misma condición social de quien la vivía, así con frecuencia encontramos las designaciones “vivienda pobre”, “casa de familia”, “vivienda obrera”. Incluso pasaba a tener vida propia en tanto tenía una agencia sobre los sujetos; la “buena casa”³² alejaba las ideas sombrías y a veces criminales que podrían aparecer en algunos ciudadanos/as.

Algunos trabajos sobre la historia del conventillo parecen reducir la cotidianeidad de quienes lo vivieron a las dimensiones de la habitación, cantidad de baños o piletas, etc. Ello lleva a pensar que vivir en tal o cual alojamiento sólo implica cuestiones materiales y que las cotidianeidades se resolvían exclusivamente en esas paredes.

El problema del rancho y el conventillo fue de larga data. El 28 de agosto de 1954, el diario La Voz del Interior reflexionaba sobre la

31 AHMC, Actas de Sesiones, A 1-59, año 1926, f. 181

32 Muchos de los presos no estarían si hubiesen vivido en una “buena casa” cuando eran chicos según el diario LVI, 10/08/1928, p.10.

paulatina desaparición del rancho y del conventillo a raíz de un marco legal que facilitaba la compra de la vivienda propia. Como consecuencia, se imponía la vivienda confortable con servicios mínimos como el de provisión de agua potable. Si bien reconocemos que existen distintas maneras de entender la vivienda y el habitar, existe un disciplinamiento urbano que fue marcando lo permitido en el afuera y el adentro, lo público y lo privado, la calle y la vereda, la habitación privada y la habitación de uso social, el lugar para cocinar y el lugar para asearse, etc. Entonces hoy, ¿cómo vivimos corporalmente nuestras moradas? ¿Cómo se internalizan? ¿Qué compartimos con otros/as? ¿Qué actividades hacemos adentro y qué otras afuera?



4. MEMORIAS

Pasaje Revol 50-52.

Vidas en una casa municipal

Por Carlos Ángel González¹

Las casas municipales fueron construidas en 1889 por iniciativa del Intendente Luis Revol para brindar una solución político-sanitaria a la problemática habitacional de sectores obreros y carenciados. Este complejo de 84 casas se construyó en lo que fue previamente la plaza de las carretas, y donde en la actualidad se encuentra el Paseo de las Artes.

Carlos Ángel González nos cuenta en primera persona la historia de una de esas casas ubicada sobre pasaje Revol. El relato y las imágenes muestran el vínculo entre la casa y las experiencias que atravesó su familia desde fines de los 40 hasta los 90. Una historia marcada por distintos procesos políticos que repercutieron en la vida de cada uno de sus integrantes, con experiencias dolientes de resistencia y persecución; pero también como relata Carlos, con momentos de diversión y apoyo mutuo.

Vemos en este escrito cómo la familia se acomodó a la casa y ésta fue acomodándose (con su cocina ampliada y puertas agregadas) a la familia y a sus actividades. Y descubrimos también cómo se vinculó a otros espacios del barrio y la ciudad: el pasaje, las casas cercanas, el parque Sarmiento, los barrios próximos; las distintas escuelas por las que transitaron.

Un pájaro, un delfín, un barco, no abandona su nido, el vientre, el muelle, tan solo para surcar el medio sin importar el tiempo, por el simple hecho de volar, nadar y flotar, no. ¿Qué razón tienen entonces existir por el único motivo de permanecer y transcurrir? Desde el inicio encontrará en su marcha bonitas mañanas, días lluviosos, atardeceres vibrantes, embravecidas tormentas, radiantes emoción

¹ Apasionado de la biología y la investigación. Docente en estado jubilatorio de la UNC y ex profe del 11. Fanático de los abrazos. Yo soy el que fui, el adolescente de las utopías posibles. El tercero de los hijos de Teobaldo y Rita.

nes, en fin, todo el espectro de matices que la existencia terrenal ofrece en tan hermoso planeta. Y con todo, hacia el fin de sus días, podrá sentir que ha honrado a la vida.

De modo que perdería fuerza el relato, si este fuera simple y sencillo, soslayando eventos relevantes que han marcado mi existencia y de mi familia. Entonces, no puedo ni debo describir solamente las características físicas de mi casa natal y las vivencias en ella desde mi infancia hasta el presente sin todo aquello, sería un silencio cómplice con los hechos allí vividos a lo largo de más de medio siglo.

Yo, Carlos Ángel González, argentino de 72 años de edad, docente de enseñanza media de la Provincia de Córdoba, Profesor en la Cátedra de Biología Celular de la Facultad de Ciencias Agropecuarias de la Universidad Nacional de Córdoba, biólogo, Dr. en Ciencias Biológicas, jubilado, nacido en el inicio de la segunda mitad del siglo XX, un tres de mayo de 1951, en el Pasaje Revol 50 – 52 (hoy Paseo de las Artes) del barrio Güemes de la ciudad de Córdoba capital, declaro bajo juramento ante la comunidad que todo lo expresado en el presente texto será el reflejo de estos ojos, del grito amordazado y el ceño fruncido del niño que fui, como espejo de los años transitados.

Hijo de Doña Rita Elena Lujan Menazzi de González, argentina, nacida el 20 de enero de 1921 y de Don Teobaldo Domingo González, argentino nacido en Santiago del Estero, julio de 1926, ambos se conocieron en el barrio de San Vicente y desde un romance muy particular formaron la numerosa familia de nueve hijos. Hacia fines de la década del cuarenta se instalaron en una de las viviendas que formaba parte de un conjunto ubicado en dos manzanas y era conocido como casas de departamento, inquilinatos, viviendas municipales destinadas a familias obreras, aunque inicialmente se construyeron para dar albergue a inmigrantes italianos, españoles y árabes.

Este hogar nació a partir de una historia de amor apasionado en la que un joven de 17 años locamente enamorado de Rita Elena, de rodillas frente a ella, declaró el estado de sus sentidos en total alienación por esa hermosa mujer, entonces de 22 años. Surgió a partir de ese momento una relación engeguecedora como el fulgor de relámpagos.

Rita Elena y Teobaldo-1940



El hogar de los primeros años estaba compuesto por mamá Elena, papá Teobaldo, el primogénito Teobaldo Domingo, mi hermana mayor Alba, luego Ernesto y en menor orden Carlitos (yo). Con los años se agregarán Monona, Patricia, César, Mercedes y finalmente Claudia.

Desde entonces y hasta el año 1953 en que nació Monona, la familia de cinco integrantes se distribuía en una casa de tres habitaciones, un patio, baño simple y cocina, con una única salida hacia el espacio común con los vecinos, al que llamábamos pasillo. Poco tiempo después, aproximadamente en 1954, en una de las habitaciones se cambió la ventana por una puerta hacia la calle por motivos que más adelante veremos.

Esta vivienda, con todas sus características físicas, materiales y subjetivas descriptas, a la par de las que veremos después será “Mi primer puesto de fuego” que marcará mi existencia a lo largo de los años, pues he forjado mi personalidad al calor de mi hogar y las “invasiones bestiales”; aprendí a resistir los atropellos y luchar por los derechos. Después, ya profesor de escuela media y universidad, las aulas serían también un puesto de fuego donde, en el marco del compromiso, respeto y ética, he transmitido los contenidos políticos de las asignaturas impartidas con el objetivo de formar ciudadanos pensantes, comprometidos con la patria y su pueblo.

De la cocina

Nuestra casa fue un territorio viviente. La cocina, ubicada hacia un rincón del patio, se diferenciaba del resto de las dependencias. Allí nos reuníamos toda la familia y amistades en torno a la mesa; resultaba un espacio significativamente pequeño al que se agregaba una “cocina” de hierro que funcionaba con leña o carbón, y donde abuelita cocinaba el puchero chico, mazamorra, el mate cocido con leche al que agregaba, en la taza, una brasa previamente pasada por azúcar. No existe una infusión más agradable en todo el planeta, guardo su aroma y sabor a lo largo de los años. La leche se compraba suelta en la lechería o bien, a un vendedor ambulante que pasaba con sus tarros en una jardinera, se calentaba en un recipiente grande o hervidor y luego del hervor se dejaba reposar, sobre ella aparecía una película circular ocupando toda la superficie del recipiente, muy rica en calorías, la nata, pura manteca.

La cocina resultaba pequeña, motivo por el que mis padres decidieron retirar la cocina económica de hierro y derribar la pared que separaba la salida desde el patio hacia el pasillo. De modo que resultó un espacio alargado y techado más cómodo, aunque con la reducción de la superficie del patio. La antigua puerta de la cocina se cambió por una ventana y una nueva puerta comunicaba patio con cocina. El instrumento para cocinar los alimentos era el brasero y calentador a kerosene “Bram Metal”. En este lugar he desayunado el mate cocido que mi padre, muy temprano, nos servía a mi hermano Teobaldo y a mí, en jarro de aluminio. Qué traumático resultaba ése recipiente caliente en mis labios, aquellas mañanas de invierno antes de marchar hacia la escuela (Gobernador José Vicente Olmos).

La cocina significa un lugar muy particular; además de los encuentros alrededor de la mesa con la familia, parientes, amistades y cumpleaños, es un escenario anónimo de años cargados de atropellos irracionales. Allí, con todos mis sentidos, he presenciado el ingreso, por la puerta que da hacia el pasillo, de uniformados policías que ingresaban para detener y llevarse a mi viejo. Un hombre indomable, valiente total en la palabra y lucha. Se defendía forcejeando y a puños. Fue una batalla feroz en el reducido espacio de la cocina; logró reducirlos, y finalmente huyeron, seguidamente, también mi

papá. El “clima”, como tormentas en el mar en medio de la noche cargada de incertidumbre, presagiaba tiempos difíciles.

De las habitaciones

De las habitaciones dormitorios una recibía el nombre de “pieza chica”, las otras dos estaban separadas por una pared y ambas se comunicaban por una puerta. En la habitación colindante con la casa de la familia Ramírez, se reemplazó la ventana por una puerta de doble hoja, de madera y color celeste. Este sitio pasó a ser el espacio de reuniones políticas, concretamente, la Unidad Básica del Partido Peronista en el Pasaje Revol. Dos grandes estanterías ocupaban sendas paredes desde el piso y hasta el techo, donde se ubicaban cajas con mercaderías para su reparto entre familias humildes. La habitación exhalaba el aroma típico del pan dulce. Aquí se reunía la militancia con mi viejo, solía escucharse la “Marcha Muchachos” desde unos parlantes muy grandes. Curiosamente, y nunca supe el motivo, solían venir sacerdotes vestidos con sotanas de color marrón.

No obstante, el destino contextual de ese ambiente también permitía, en los días que compartíamos con mi padre, disfrutar canciones de la música folclórica desde un tocadisco grande (¿combinado?). Nos alegraba escucharlo, pues recitaba como un verdadero poeta del cancionero popular, tarareaba la música clásica y nos enseñaba a bailar, entre otras, las danzas de Vivaldi. Fue una persona muy culta, amante de la música, literatura, tenía una pluma exquisita, repetía el consejo salvador de todo ser humano: estudien y trabajen para no padecer lo mismo que yo, y construir un futuro mejor. Esta habitación, no solo se destinó a reuniones y alegrías, fue igualmente un espacio de momentos épicos años más tarde.

La segunda habitación grande tenía una ventana hacia la calle, era contigua al pasillo y estaba separada de la anterior (el lugar de la Unidad Básica) con una puerta comunicante entre ambas. Los pisos de mosaicos aún se conservan como entonces y allí donde se observaba una línea de separación divisoria de los mosaicos se encontraba la pared que separaba la habitación del lugar para la Unidad Básica. Este cuarto es un universo emblemático para nuestra familia, parti-

cularmente en mi vida. Aquí, un metro más delante de esa línea de separación, una noche de verano – sería diciembre de 1955 o enero de 1956– militares de Aeronáutica Argentina golpearon, seguramente con sus armas, en la puerta de la cocina, donde dejaron las huellas de los culatazos. Por el calor de la madrugada mi padre estaba con el torso descubierto, de pie y con los brazos en alto mientras los militares vestidos con uniformes de color gris celeste le apuntaban con ametralladoras; mi vieja sentada al borde de la cama, yo pequeño en mi camita sentado con las piernas cruzadas contemplando con estos mismos ojos y la bruma de ahora cargada de angustias que entonces no comprendía. Se lo llevaron secuestrado en aquella noche de terror.

La casa hoy. Habitación en la que apuntaban a mi padre



A partir de esa noche, mi madre contemplaba cómo su mundo repentinamente daba un giro de 180°. No recuerdo cuánto tiempo permaneció ausente, pero sí los días en que la vieja salía a ganarse un mango lavando ropas a domicilio para darnos de comer, mientras nuestra bisabuela materna, Micaela, venía desde San Vicente a cuidarnos, una italiana alta, delgada, elegante, hasta que regresaba la vieja hacia el atardecer.

No sé cuándo regresó mi viejo, pero ya en casa se dedicó a trabajar con sus amigos de los años de estudiantes secundarios formando una empresa de gestoría, “La Promotora”. Su actividad en la política no se interrumpió y continuó en la Resistencia Peronista.

Una tarde, mi padre fue a comprar facturas en la panadería Juaneda, ubicada en la esquina del pasaje, y al salir se encontró con Eugenio, quién le dijo que debían salir con urgencia hacia Buenos Aires. Sin avisar, se marcharon. A los pocos días sonó uno de los teléfonos (teníamos dos líneas): era mi viejo que comunicaba estar en la Capital Federal y aconsejaba ocupar la pieza chica con todas las infancias, poner una bandera argentina en la ventana y permanecer en silencio y con luces apagadas pues podrían ametrallar el frente de casa. Estos son los comentarios que mamá hacía con las abuelas, Virginia, su madre y Paulina, madre de mi viejo.

Niñez y escuelas

Por esos días, Ernesto y Alba concurrían como alumnos pupilos al Hogar Escuela Pablo Pizzurno. Los días domingo hacia el atardecer llegaba un colectivo, celeste o verde, que los pasaba a buscar. En el colegio nada les faltaba, alimentación, descanso, vestimentas, educación, gracias a la Fundación Eva Perón. Los viernes por la tarde regresaban en ese mismo transporte de la institución educativa y de contención infantil. Mientras, mi hermanita Monona (Elena Paulina) y yo concurríamos a la Casa Cuna, acompañados en colectivo por mi mamá o mi viejo cuando estaba en casa. Esta institución, Casa Cuna, estaba ubicada en Castro Barros de barrio San Martín. Teobaldo, hermano mayor, asistía a la escuela Gobernador José Vicente Olmos ubicada frente a la Plaza Dalmacio Vélez Sarsfield, donde ahora existe un centro comercial.

Mientras tanto, crecía más rápidamente en “edad neurológica” que cronológica. Ya había dejado la Casa Cuna, para asistir como medio pupilo al Hogar Escuela. De modo que el colectivo celeste pasaba a buscarme por la Avenida Vélez Sársfield, empedrada de adoquines y de doble mano por aquellos años. En el Hogar Escuela, donde nada me faltaba, cursé primero inferior y primero superior en los años

1956 y 1957. En el 58 ingresé a la escuela Olmos donde repetía primero superior, luego segundo superior y tercer grado (1959) en el turno mañana. Al año siguiente, ya en cuarto grado turno tarde, el nombre de la escuela pasó a ser Teniente General Eduardo Lonardi, y fue allí donde Carlitos (yo, con alrededor de 10 años) conoció momentos de humillación de un adulto hacia un niño cuando en las clases de educación física a cargo de un “maestro” oficial militar, a pesar de mis esfuerzos por demostrar buen comportamiento y habilidades, me separaba del grupo de compañeros y ordenaba en tono militar que permaneciera de pie contra la pared hasta el final de la hora. Imágenes y sentimiento que perduran en mis ojos, por el simple hecho de pertenecer a una familia obrera, humilde y ser hijo de un padre militante del peronismo.

*Carlitos en la Escuela Tte. Gral. Eduardo Lonardi.
T.T. Cuarto grado*



Pasaje y cielo nocturno

El Pasaje Revol es un “pequeño baúl” que guarda, como una síntesis, una mixtura: ha dejado ver las diferentes épocas desde la llegada de los inmigrantes, y los viejos carros tirados por mulas que dieron lugar a las jardineras con choferes que vendían el pan, leche, tunas y sandías; los mateos con choferes de trajes y altos sombreros por su calle de tierra; trabajadores sencillos y humildes algunos, otras familias de clase de alta –como solían llamarse–; políticos, carteristas, prostitutas, farristas, al ritmo del tranvía por calle Belgrano empedrada de adoquines.

Desde una esquina a la otra, ambas veredas presentaban árboles paraísos que con sus densas copas cubrían toda la cuadra dando una sombra fresquita en los días del verano, y cuando estaban en flor un aroma muy exquisito en primavera. El colorido revolotear de mariposas ponían una pincelada a los días de la primavera y verano, por las noches gran cantidad de insectos por debajo de los faroles y en el suelo, y en ocasiones abundante cantidad de langostas. Todo ese cuadro recibía como coronación el canto de bandadas de golondrinas con el trinar de fondo de gorriones y otros pájaros, tal como si fuera una orquesta natural.

En las noches, miraba el cielo tachonado de estrellas, si, en la Córdoba de entonces, nadie podía advertir cual sería el devenir de la ciudad capital con la llegada de las industrias, la deforestación de sus campos, el trazado de rutas y crecimiento barriales. En el presente, muy adentrado en el interior provincial, los cielos nocturnos no se comparan con aquellos que estos ojos contemplaron en el pasaje, o cuando dormía en el patio de casa mirando la inmensidad estelar.

Hermanos- 1973. La Siambretta 125 en la puerta hacia el pasaje



Clandestinidad y juegos de infancia

Mi padre vivió esos tiempos del plan Conintes (1958-1961) en la clandestinidad, mientras los niños jugábamos en el pasaje a la pelota de trapo, etiqueta, rango y mida o escondidas. En algunas ocasiones aparecía una rural Mercedes Benz de la que descendían militares de aeronáutica armados de fusiles máuser y ametralladoras, hacían algunas preguntas a mi madre y se marchaban sin resultados.

Mientras corrían los días de la ausencia, la interacción con los chicos de la cuadra, en general, era el trato propio de la infancia inocente, con actividades lúdicas ya comentadas, a las que solíamos agregar salidas hacia las canchas en el parque Sarmiento, la del “pozo” ubicada a pocos metros de la pista de patinaje, en la intersección de Avenida Poeta Lugones y Paraná (en la subida de la viborita), y cuando esta cancha estaba ocupada íbamos hacia la cancha de la “Leona” detrás del “Lawn tennis”. Con los hermanos Piana, familia que vivía en el primer pasillo de nuestra vereda desde calle Belgrano hacia casa, aprendimos el juego del béisbol, actividad que solíamos llevar con el conjunto de niños y jóvenes hacia los espacios abiertos

del parque, entre ellos el predio del Gimnasio Provincial. Los días del carnaval se disfrutaban con bastante alegría, de corridas con baldes de zinc, bombitas y pomos de goma, enharinando a quienes estaban distraídos cada vez que era posible. Nos sorprendían las comparsas repentinas con sus atuendos coloridos y espejados.

Con Ernesto, en los días de vacaciones estivales y en horas de la siesta, solíamos disfrutar la marcha en carrito a rulemanes (bolillero) que sobre los mosaicos acanalados de la vereda producían un sonido espantoso para los durmientes vecinos, y que en la segunda pasada por la vuelta de manzana nos corrían, de modo que nos retirábamos hacia Tribunales frente al Paseo Sobremonte donde los placeres de la infancia continuaban con largadas hacia abajo por las pendientes a ambos lados del edificio judicial, hasta cansarnos y luego regresar a casa.

Nuestras vivencias de niños no marcan una época de nuestras vidas, más bien fueron relámpagos vibrantes. No obstante, el tiempo de pequeños fue generoso en experiencias de vida para comprender, después como adultos, el sufrimiento del otro.

Solíamos ganar algunas monedas limpiando el fondo de la casa de vecinos, buscar las verduras y frutas descartadas en el mercado de abasto, cortar flores en jardines de viviendas frente a La Cañada que luego vendíamos en los bares próximos a la vieja terminal de ómnibus para comer alguna porción de pizza. Caminamos las calles del viejo Abrojal, Güemes y Nueva Córdoba, puerta por puerta ofreciendo pastelitos, empanadas, alfajores para ganar algunos pesos y así sobrevivir. Jamás antes, a lo largo de décadas, he hablado de mi andar por el tiempo, metafóricamente, navegando en el mar de la soledad y las tormentas, como los siento hasta el presente. Parece que he abandonado las vergüenzas y los miedos, y que sólo escribiendo puedo narrar todo aquello que encierra el grito enmudecido. Sí, vendía diarios por las tardes, lustraba botines por las noches, lavador de copas y platos en bares por la madrugada. He sentido, desde muy niño, el verdadero y cruel hambre biológico, lo recuerdo ahora y siempre, y recién de adulto he aprendido el hambre cultural al que he llegado, felizmente, justamente con la cultura, educación, conocimientos, libros.

Trabajar, estudiar, crecer

Pronto nos hicimos adultos. Tuve la suerte de conseguir trabajo como cadete en farmacia mientras retomaba la continuación de la enseñanza primaria en la escuela nocturna Fray Luís Beltrán (1964), en calle Corrientes; simultáneamente, Ernesto, mi hermano, ingresaba a trabajar en el supermercado Hogar Argentino.

Nuestros padres lograron sobrevivir cual Telémaco en la Odisea, unidos en la batalla por la vida. A las sombras apremiantes le pusieron ingenio, imaginación, creatividad, y con dos lavarropas, una pileta de lavar en el patio, iniciaron el trabajo de lavar ropas a particulares, bares, hoteles que mi padre transportaba en su bicicleta de reparto desde la nueva Empresa “Lavadero los Seis Hermanitos”. Nuestras hermanas finalizaban la primaria en la escuela Roque Sáenz Peña, el hermano mayor, Teobaldo, en la fábrica FIAT; Ernesto, en el súper y yo, en la farmacia. De nuestros viejos recibimos las herramientas más valiosas que madre y padre pueden transmitir a sus hijos, estudiar y trabajar, de casa a la escuela y de la escuela al trabajo.

Folleto del Lavadero “Seis Hermanitos”, 1965.

LAVADERO "SEIS HERMANITOS"

LAVAMOS, LIMPIAMOS Y PLANCHAMOS

RETIAMOS Y ENTREGAMOS A DOMICILIO

PASAJE REVOL 50

T. E. 24839

CORDOBA

LISTA DE PRECIOS

Sabones	\$ 2.50 y 5.—	Servilletas	\$ 1.—
Finitos	" 1.20 y 2.40	Repasadores	" 3.—
Cubrecamas	" 10.— y 17.—	Carpas	" 3.—
Colchicos	" 10.— y 20.—	Bolsillos	" 3.—
Cantones	" 10.— y 15.—	Medias	" 3.—
Pijamas	" 10.— y 12.—	Pañuelos	" 2.—
Tortitas	" 2.50 y 5.—	Pantalones	" 20.—
Mantiles	" 2.— y 5.—	Vestidos	" 50.—
Camisos	" 10.— y 12.—	Polleros	" 20.—
Camisetas	" 4.— y 6.—	Pilatos	" 50.—
Cubrecuellos	" 5.— y 7.—	Pullones	" 15.00
Guardapolvos	\$ 10.—, 15.— y 20.—	Cortinas	a convenir
Carpas	a convenir	Extras y Puntas delicias	a convenir
Combinaciones	a convenir		

Quedamos a sus Gratas Ordenes • T. E. 24839

Aniversario. Familia completa. 1967.



Llegamos a la juventud. El trato con la vecindad del pasaje estaba camino a la extinción; ahora pasamos a ser los “hippies” de cabellos largos y camisas floreadas, cuello alto, a veces con jabot, pantalones de botas anchas; de los “asaltos” bailables en casas particulares al ritmo del tocadiscos Winco.

Y el ¡Glorioso Cordobazo llegó!, un jueves 29 de mayo de 1969, evento vibrante para nosotros en particular, no fue una sorpresa, pues ya venía esa modalidad de paros por 36 horas a partir de las diez de la mañana en días jueves y hasta el final del día viernes. Pensábamos que una movida grossa se avecinaba movilizand o a toda la comunidad obrera estudiantil.

Muy convulsionada la vecindad aquella mañana de mayo. Desde la esquina de Ituzaingó y boulevard Junín observé la llegada a pie de los obreros del sector metalúrgico industrial de la zona este y sud este de la ciudad. Por entonces estaba en construcción la nueva Terminal de colectivos, había también columnas de cemento para el alumbrado público tendidas sobre ambas veredas dejadas para continuar sus instalaciones; la calle Chacabuco – Maipú estaba en proceso de demolición para ser ensanchada y continuar el hermoso

boulevard Chacabuco de Nueva Córdoba. De modo que nada faltaba en la utilería para el escenario épico en ciernes entre la masa obrera estudiantil y la guardia de infantería de la policía de la Provincia de Córdoba. Las persianas bajaban rápidamente, las gentes apuraban sus pasos rumbo a casa, yo en mi Siambretta 125 fascinado ante semejante atmósfera al fragor de reclamos por derechos. Llegué a casa y con Ernesto fuimos a ver el arribo de los obreros de zona sur, metalúrgicas y fábrica IKA RENAULT, miles de laburantes a pie bajando por avenida Vélez Sarsfield. Desde allí arrojaban puñados de canicas (bolita) de acero para derribar a los jinetes de la guardia de infantería a caballo apostada frente a la UTA en la avenida al 500, pasando San Luis. Las granadas de gases lacrimógenos no pudieron detener y dispersar a los manifestantes, obligando a las fuerzas a retroceder, quienes desenfundaron sus pistolas 11,25 y comenzaron a disparar. Regresamos a casa rápidamente, la policía movilizada como enjambre de avispas embravecidas lanzaban granadas lacrimógenas, una de ellas impactó en la puerta de nuestra casa. El casino de sub oficiales de aeronáutica, ubicado en el triángulo entre San Luis y la Cañada, fue tomado e incendiado, sus muebles arrojados a La Cañada.

El regreso a casa, fue más aterrador en las tinieblas, con disparos, órdenes a gritos desde grupos de soldados, corríamos agazapados sobre las paredes. Llegamos a casa sanos y salvos.

La suerte está echada

El tres de mayo de 1969 cumplía 18 años, Carlitos ya no era el niño de los mandados o el cadete de farmacia, en adelante se convertía en el adolescente de las utopías, el romántico y bohemio. Nuestras vidas ya no tendrán marcha atrás, aquellos “hippies” nacieron como parte de la generación romántica, persuadidos de los hechos que conmovieron al mundo como la Segunda Guerra Mundial, Guerra de Vietnam, Masacre de Tlatelolco, Primavera de Praga, El Mayo Francés, el Glorioso Cordobazo.

En el inicio de 1970 iniciaba el colegio secundario, con 18 años de edad, nuevamente en el viejo edificio de la escuela Olmos, ahora Bachillerato Nocturno General José María Paz. De lunes a viernes trabajo y estudio. Regresaba a casa hacia las 23:30 horas para cenar

con mis padres y hermanos, mejoramos las condiciones habitacionales con reparaciones y redistribución de los espacios, arreglamos los techos que dejaban pasar agua durante las tormentas y nos obligaba a correr las camas. A veces nos cortaron la energía por falta de pago, no obstante, encendía un farol de auto con la batería del jeep para estudiar de noche hasta altas horas.

Con las amistades, ninguna del pasaje, salíamos a bailar y disfrutar esa juventud inolvidable. Las fiestas bailables (asaltos) en casas particulares llegaron a su fin, la comunicación con vecinos solo se limitaba al saludo respetuoso y habitual. Pronto llegó el ingreso a la carrera de Biología en la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales de la Universidad Nacional de Córdoba, en 1974. Mi papá era empleado del Ministerio de Industria y Comercio de la Provincia de Córdoba y estaba afiliado al sindicato de empleados públicos, razón por la que podíamos acceder a los servicios médicos, entre ellos odontológicos.

Amigos del pasaje, del trabajo y Ernesto



Un día domingo gris de agosto del 75 habíamos estado en la cancha de la ciudad universitaria jugando al fútbol. Al regresar a casa, con Ernesto y un amigo, merendamos un té con criollitos, mientras

oíamos movimientos de autos, disparos y gritos en la esquina del pasaje y Belgrano. Después el amigo se marchó hacia las 10.30 de la noche. Aproximadamente a las doce de la noche, llamaron a la puerta policías en carros de asalto, patrullas y numerosos uniformados con armas largas. En la misma habitación donde secuestraron a Teobaldo (padre) aquella noche de verano, nos pusieron manos arriba y comenzaron a revisar todos los rincones, buscaban armas, un escondite subterráneo o cárcel del pueblo, y todo cuanto pudiera servir como excusa para detenernos. Hacia las cuatro de la madrugada nos subieron a un coche Falcon y nos llevaron a la seccional décima donde redactaron una declaración sobre el operativo de control y verificación en nuestro domicilio con resultados negativos, y nos permitieron regresar a casa.

Fotos en el dormitorio.



Al año siguiente ingresamos definitivamente en las tinieblas. Después del golpe del 24 de marzo, un día de abril, mi padre no regresó a casa, tampoco al día siguiente. Si bien estábamos acostumbrados a las ausencias prolongadas, pasaron varios días sin su presencia por lo que comenzamos a buscar en la comisaría y otras instituciones, en

el trabajo, la Secretaría de Industria y Comercio. Fue el Dr. Carreras, su amigo, que tomó la tarea de averiguar sobre el paradero de mi padre y vino a casa para darnos la noticia: “a Teobaldito lo llevaron al Centro Psiquiátrico de barrio Gral Paz, está bastante perdido por las inyecciones y nada reconoce”. Pudimos ir al hospital psiquiátrico y nos permitieron verlo, aunque nada lógico o racional podía responder o comentar. Se iniciaba un lento proceso de destrucción de la persona, como tantos sufrieron en los años de la dictadura más salvaje de la historia argentina.

Por las noches dormíamos sobresaltados, en ocasiones llegaban los militares en operaciones de control y verificación de las personas que se encontraban en la casa, lo cual nos tenían bastante cansados y fastidiados.

Afortunado y agradecido

Ya nada será como en los años de nuestra bohemia, de radiantes alegrías, disfrutando de nuestro trabajo, en familia y creciendo. Regresaron el hambre, los miedos aterradoros, incertidumbres y todo tipo de calamidades. Sin embargo, como si estuviéramos curtidos por los años de reiteradas tormentas, redoblamos las fuerzas. Alcancé, aunque tarde, mi título de Biólogo en la UNC. Continuaba trabajando en un taller con mi hermano, donde reparábamos electrodomésticos, persianas, hacíamos plomería, calefones, cocinas, calefactores, mientras construíamos nuestras casas para cuando tuviéramos que dejar aquella en la que habíamos nacido y vivido a lo largo de décadas y hasta los años de 1990. En nuestra casa natal continuaron viviendo mi hermana Elena Paulina González (Monona) con sus hijos, mientras que nosotros solíamos visitarla y permanecer algunos días.

Por lo relatado, nuestra casa fue el tablado donde, a modo de extensión del contexto sociopolítico argentino, se desarrolló la síntesis de la crónica tragedia nacional. Papá, abuelita: aunque los recuerdos están grabados a fuego, no guardo rencores, he aprendido a lo largo de esa generosa existencia, en nuestra casa del pasaje Revol 50 - 52, las herramientas más valiosas para resistir las inclemencias, luchar y vencer; para comprender al otro y tenderle mis manos como todo lo mejor de vuestra herencia. Recuerdo, querido viejo, aquellos poe-

mas, canciones y versos, pero muy especialmente el de José Martí “en junio como en enero”, tantas veces recitado. Mamá, abuelito: gracias por aquellos consejos, tantas enseñanzas, tantos valores humanos, invitar al mendigo a compartir nuestra mesa; la resistencia que jamás ha sabido de renunciars y nos ha traído de vuelta a casa.





5. MEMORIAS

Reencuentros en Casa Pueblo Güemes

Por José Montenegro¹

La misma vivienda recordada por Carlos en el relato anterior, aparece aquí desde la memoria de José Montenegro, trabajador de la ex-Casa del Tercer Sector dependiente del municipio. A esta casa en pasaje Revol 52 llegaron José y sus compañeros en el año 2004, para transformarla en su lugar de trabajo. A las tareas de acondicionamiento, se sumaron luego los intercambios con viejos vecinos de Güemes, que posibilitaron revelar la inscripción de la casa en el paisaje barrial. Hoy esta casa lleva el nombre de Casa Pueblo Güemes, retomando las huellas del pasado local, pero también las expectativas de los distintos grupos que en este lugar se encuentran. Como nos transmite José, habitar la casa es reencontrarse con sus historias y con las personas y grupos que ella convoca....

CASA PUEBLO GÜEMES, CASA 52 - Pasaje Revol, es una construcción colectiva entre trabajadores del Área Social de la Municipalidad de Córdoba y vecinos de la Ciudad, fundamentalmente, de Barrio Güemes.

Los primeros contactos con la “casa 52” fueron en la década del ’90, buscando a un compañero, trabajador de la provincia, que practicaba yoga en grupo. La segunda vez, un fin de semana, me acerqué al lugar porque un amigo daba clases de tango... Era un espacio más en la zona del Paseo de las Artes, simplemente un lugar más.

En el año 2004, debido a prioridades políticas de la gestión del momento, “La Casa del Tercer Sector”, área social de la Municipalidad de Córdoba, es desalojada de su lugar habitual y los trabajadores deben buscar por su cuenta un nuevo espacio para desarrollar sus acciones. Luego de lugares ubicados a los que no se pueden acceder, se llega a la zona del “Paseo” y es Cultura quien ofrece la casa

¹ Trabajador Social de Casa Pueblo Güemes. Mi profesión me permitió caminar por las calles de este barrio, conocer sus recovecos, sus personajes, sus casas, muchas de las cuales ya no están, se extrañan y moran en mi memoria.

52, llegada si se quiere azarosa. El espacio era depósito de la Feria de Antigüedades que funciona los fines de semana. El impacto del ingreso no era muy esperanzador, estaba en estado de abandono, las paredes del salón pintadas de negro porque, según explicaron, eran necesarias para clases de teatro y funciones, de las que los cercanos al lugar recordaban gritos y ruidos de los ensayos.

No obstante, se decide entre los tres integrantes del “Tercer Sector” adoptarla como lugar de trabajo. Sensaciones diferentes en el cambio de espacios, pasar de los amplios e iluminados salones con patios con césped a una casa con un pequeño patio, un salón, dos oficinas y dos bañitos, pero con techos altos, antiguos que despertaban buenas suposiciones, pero fundamentalmente con ventanales que mostraban cotidianidades barriales, personajes y la posibilidad de recorrer para quien escribe, el territorio innumerables veces. Güemes había sido el barrio de mi primer trabajo, lo que hacía posible reubicar conocidos y ampliar redes de contactos y de diálogos. Era el inicio de reconvertir un depósito en un ambiente de trabajo, pero faltaba descubrir las historias ocultas de la 52.

Coincidencias, viejos conocidos desfilaban por la vereda, y uno de ellos, alguien que había formado un grupo con jóvenes “en situación de calle” con el objetivo de aprender oficios con planes sociales. Ellos fueron quienes, aprendiendo albañilería, repararon paredes con revoques caídos, pinturas de salas, baños, patio, etc. Se inicia el proceso de apropiación con mejoramientos generales, proyectos compartidos con otras instituciones, interrelación con otros organismos municipales.

Pero fue un proyecto llamado “Identidad”, pensado desde una estrategia inocente para dar a conocer las acciones de la Casa (convocar a los viejos para hablar del barrio, contarles el “qué se hace, para que transmitan a sus hijos y transitivamente a los nietos”), el que inició una transformación. El proyecto Identidad devoró las inocencias con el apasionamiento de los viejos por su barrio. El mismo convocó a los más viejos habitantes, nacidos en el barrio que, reuniéndose en esta casa, permitió que “lo Güemes” se reapropiara del espacio. Anécdotas, historias, vivencias llevaron a que recorriéramos el barrio, sus fachadas, hoy ya inexistentes, sus patios, árboles, muebles antiguos, copia de antiguas fotografías, risas, alegrías compartidas

con estos viejos, provocó la metamorfosis del nombre de la casa: de “tercer sector”, nominación técnica propuesta por organismos internacionales y multilaterales de créditos, pasó a llamarse “Casa Pueblo Güemes”, en un juego de palabras, en tanto es la Casa del antiguo nombre del barrio, Pueblo Güemes, como también del pueblo que viven en Barrio Güemes. Había una decisión política en su nuevo nombre.

Es en estos tiempos cuando una persona, parada en el patio, observa sus paredes, sus puertas... Carlos González reingresa entre emociones a su antigua morada, la de su nacimiento, de su niñez, quien trae sus vivencias y relatos. La Casa ahora, no sólo recupera mejoramientos físicos, sino su historia. Mutación no sólo de nombre, sino de sentidos, sentires y compromisos de quienes ahora la habitamos, como trabajadores del municipio.

Presencias barriales, grupos y organizaciones se acercan y empiezan a trabajar: afrodescendientes e integrantes del Pueblo de La Toma, población comechingona que, en los relatos históricos, el espacio y paisaje de lo que hoy es el barrio, lo habitaban, como reclamando también pertenencias.

Proyectos de folklore, bordados, yuyos, trabajos con otras poblaciones de la Ciudad continúan llenando la Casa con voces, sahúmos, músicas, ritmos, alegrías (acciones difíciles de enmarcar en los esquemas y fragmentaciones de la política social, fundamentalmente en torno a los grupos etarios).

Y la Casa se proyecta, sale hacia el barrio, busca reunir los viejos con las nuevas generaciones, los más grandes con los pequeños nacidos en el barrio. La Casa es recuperada en su historia y presencia barrial, y continúa llenándose con personas, personajes, grupos, instituciones a quienes la Casa convoca.



6. Sobre almacenes, despachos y clubes

Por Graciela Tedesco¹

Entre los recuerdos de antiguos vecinos de Güemes, los almacenes de ramos generales aparecen como lugares de abastecimiento y encuentro cotidiano, a pocos pasos de sus casas. Los mismos ocuparon esquinas, vendían productos sueltos; sus dueños daban “yapas”² y en muchos casos eran inmigrantes. Si bien dichos almacenes cerraron sus puertas hace ya varias décadas, al caminar por la zona observaremos que muchas de sus construcciones han sido conservadas y/o refuncionalizadas en medio del auge comercial y turístico que experimenta el barrio; mientras que otras se encuentran deterioradas, permanecen cerradas o están a la venta.

Recordar esos antiguos almacenes supone además acercarnos a sus despachos de bebidas, a su clima musical y de entretenimiento; a las maneras en que sus clientes se encontraban y conocían. Y también, a los vínculos con algunos clubes barriales en los que además de practicar deporte se llevaban a cabo importantes bailes y se ofrecía diversión.

A continuación, visitaremos algunos almacenes entre inicios y mediados del siglo XX, que constituyeron lugares de encuentro diurno y nocturno. En ellos conoceremos historias de familias, de maneras de vender y comprar cosas; de compartir tiempo, música, juegos, amistades y enfrentamientos. Para este recorrido nos apoyaremos en relatos de vecinos, imágenes y materialidades; así como

1 Docente e investigadora en la FFyH UNC y en IDACOR-Conicet. Curiosa por las historias que se cuentan, las huellas que se dejan y las vidas que las atraviesan. Hija “del” Enrique y “la” Rosa.

2 “El almacén de todos los días que nos mandaba la mamá. De todo vendían. Y era de dar la yapa. Vos ibas comprabas, ponele gastabas un peso, y él te daba unos caramelitos o te regalaba un puñadito de maní”. Entrevista a vecino de barrio Güemes, Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 26/07/2004

en entrevistas que forman parte de los archivos orales del Programa de Historia Oral Barrial de la Municipalidad de Córdoba y de la Casa Pueblo Güemes. Comencemos.

De medioriente a Güemes

“Las compras se hacían en los almacenes donde había de todo. Las provisiones como harina, azúcar, arroz, fideos, se vendían sueltos. Los tenían en bolsas de arpillera y con una gran cuchara, lo colocaban en papel blanco de estraza y lo pesaban. Luego, cual empanada, hacían repulgues para cerrar el envoltorio. Muchos de los almacenes del barrio, eran propiedad de ‘los turcos’, como le decíamos, pero en realidad eran siriolibaneses.”³

En el vértice sureste del barrio, en una casa esquina con fachada de ladrillos, encontramos un antiguo almacén actualmente alquilado a una carnicería. El almacén perteneció a la familia de don Issa Abboud El Hay, quien nació en Siria y llegó a Córdoba a comienzos de la década de 1930. Al instalarse en la ciudad, Don Issa trabajó en un almacén frente a la cárcel de Güemes, mientras que su esposa Naimi y su primer hijo Abdala permanecieron un tiempo más en Siria. Issa ahorró y compró un terreno en la esquina de (hoy) Richardson y Turrado Juárez, donde en 1937 construyó el local de su almacén “Jerusalén”. Su esposa e hijo llegaron por ese entonces y juntos comenzaron a edificar su casa junto al local, que se fue ampliando al igual que la familia con tres hijos más.

Imagen N°1: Almacén Jerusalén en la década del 90



3 Escrito de María Cristina Amaya, marzo 2022

Fuente: Fotografía compartida por Wadía Harón.

Wadía Harón (85 años), a quien conocimos una tarde de mayo de 2022, nos contó que en su juventud se casó con el primer hijo de don Issa, Abdalla. Éste dirigió más tarde el almacén fundado por su padre, y posteriormente lo hizo Wadía con su hijo, y luego, con su nieto. Wadía también había nacido en Siria: “Mi nombre significa despedida, porque poco después de nacer mis padres decidieron dejar el país y venir a Argentina”.⁴

Los vecinos antiguos de Güemes mencionan que por la zona había muchos “almacenes de turcos”. Si bien se trataba de árabes y sirios, en el hablar cotidiano se sintetizó de esa manera (turco) el origen de medio oriente de estos almaceneros, con un idioma, costumbres familiares, modos de fumar (en grupo, con pipa) y de jugar (dados, backgammon) diferentes. En esos almacenes podía comprarse “de todo”, como surgió entre los comentarios del Facebook Paisajes de Güemes: “Compraba de niña con mis amigos: cañas de pescar mojarritas, piolín, papel de barrilete, estampillas para coleccionar, aguja para inflar el fútbol, agujas para máquinas de coser además de los comestibles. Todo lo que buscábamos”.⁵

Además de venta de artículos, Jerusalén tuvo en sus primeras épocas despacho de bebidas, como la mayoría de los almacenes en la primera parte del siglo XX. Otro almacén, ubicado en la esquina de Ayacucho y Enrique Lacosta recuerda en un pequeño cartel su nombre: “Almacén y despacho de bebidas Don Auil”.

Imagen N°2. Cartel en la fachada del ex almacén Don Auil.



⁴ Entrevista a Wadía Harón, 07/04/2022.

⁵ Comentario escrito por Cristina Ramb sobre el almacén Jerusalén en el grupo de Facebook “Paisajes de Güemes”, 12/04/2022.

Fuente: Fotografía de Graciela Tedesco, agosto de 2021.

Este almacén, inaugurado en 1913, se encontraba frente a la cárcel de Güemes, inaugurada en 1922 y que cerró en 2012. Sus dueños, Mafud Auil y Anselma Badra, brindaban gran surtido de productos a vecinos de la zona, trabajadores de la cárcel y a quienes llegaban todas las semanas para visitar a sus familiares detenidos. Así, el almacén participó por largo tiempo de la vecindad del barrio con el presidio, que ya en los primeros años del 2000 comenzó a trasladar a sus internos a una cárcel estatal construida en la periferia de la ciudad. En la actualidad el edificio de la cárcel atraviesa un proceso de recualificación para transformarlo en paseo turístico, para lo cual se demolió el alto muro que la rodeaba, y se acondicionó y parquizó su exterior.⁶

Por calle Belgrano

Caminando en dirección al norte, al llegar a la esquina de Belgrano y Fructuoso Rivera una amplia casa de color bordó llama nuestra atención. Allí funciona desde el año 2005 el centro cultural Casa de Pepino, que ocupa la antigua casa y almacén de la familia Tucci.⁷ Pero vayamos a 1944 y observemos esa misma esquina en aquel año.

6 Yalangozian Gabriela (2023) "La ex cárcel de los motines que hoy se convierte en un polo cultural y gastronómico" En: MDZ. En línea: <https://www.mdzol.com/sociedad/2023/3/13/la-ex-carcel-de-los-motines-que-hoy-se-convierte-en-un-polo-cultural-gastronomico-321413.html> (Consulta: 22de mayo 2023)

7 La casa fue construida por encargo de José Tucci (Pepino) y su esposa María en 1913. Su constructor, José Belloni, decidió que tuviera forma de barco por encontrarse junto a las aguas de La Cañada y para rememorar el viaje desde Italia a Argentina de su dueño. Allí la familia tuvo un surtido almacén de ramos generales, que funcionó hasta mediados del siglo XX. En 1994 el municipio expropió esta propiedad para su conservación, pero por cambios de gestión permaneció cerrada durante algunos años. Finalmente, en el 2005 fue inaugurada como centro cultural con el nombre de Casa de Pepino. (Información brindada durante la visita al Centro Cultural).

Imagen N°3. Calle Belgrano y Fructuoso Rivera, década del '40.



Fuente: Tristán Paz Casas, 1944 (reproducida en Barbieri y Boixadós, 2005, *El cauce Viejo de La Cañada*, p. 26).

Vemos aquí una de las puertas de ingreso al almacén de Pepino y el balcón que correspondía a la casa. A su lado, la baranda de un puente sobre el arroyo La Cañada y la calle Belgrano recta. La foto fue tomada por Tristán Paz Casas como registro del viejo cauce que pronto dejaría de pasar por allí, debido a las obras de sistematización de La Cañada.⁸ También la foto muestra un muro bajo que retenía las crecidas y a su lado casas altas; así como los postes que sostenían el cableado del tranvía que hasta inicios de la década de 1960 pasó por calle Belgrano. Sobre esta calle recuerda un vecino:

“Había una gran cantidad de negocios, eso me acuerdo bien. Por ejemplo, en una cuadra tiendas había tres y siguiendo, había otro tan-

8 Fotografía de Tristán Paz Casas (1944) reproducida en: Barbieri, Sergio y Boixadós M. Cristina (2005), *El cauce viejo de La Cañada*, *Fotografías 1885-1945*, Córdoba, edición de los autores. p. 26.

to. Lugares para tomar bebida, se juntaban así parroquianos. Había en la calle Belgrano, de Fructuoso Rivera hasta Achaval Rodríguez, tres, en unos se juntaban más que en otros. (...) Y viniendo más para acá, Fructuoso Rivera, Achaval Rodríguez, Laprida, hasta las cinco esquinas... las 5 esquinas eran famoso por varias cuestiones. Los lugares de bebidas, los bares, el comercio... había una variedad de comercios increíble. Tienda, boliche, almacenes, venta de comida para aves, veterinaria, una variedad notable. Había dos o tres almacenes por cuadra, no es exageración. Unos más grandes que otros..."⁹

No obstante, si nos asomamos a la baranda del puente observamos otro paisaje. Hacia el fondo de la imagen se distinguen dos casas; una baja con dos puertas y la otra más alta. Y por frente de las mismas pasa el arroyo. La siguiente foto captada también por Tristán Paz Casas las muestra con mayor claridad.

Imagen N°4. La Cañada mirando hacia calle Peredo.



Fuente: Tristán Paz Casas, 1944 (reproducida en Barbieri y Boixadós, 2005, *El cauce Viejo de La Cañada*, p. 26).

Sobre el lado izquierdo de la imagen vemos la pared de la propiedad de José Tucci que limita con el arroyo y tiene huellas de algunas

9 Entrevista a Simón Dahbar, vecino de Güemes. Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 17/02/2004

crecidas. Contorneando el cauce se advierte abundante vegetación y pegados a su orilla vemos dos niños sentados con un carro ¿jugando?, ¿cargando agua? Por detrás está la calle Peredo. La casa baja de dos puertas perteneció a los abuelos de Adalberto Rentini, un antiguo vecino del barrio. Sus abuelos llegaron desde Italia a Córdoba a comienzos del siglo XX y en esa casa abrieron un almacén con despacho de bebidas.

“Allí creció mi viejo y yo viví hasta los 9 años. Mi abuela tenía ahí un almacén y a la noche ponían unas mesas y se tomaba algo, como un boliche que atendía mi abuelo. Detrás del local, había una habitación que se usaba como depósito de mercadería. Luego venía la cocina, un baño; y atrás, una al lado de la otra, había tres habitaciones para la familia. A la casa se ingresaba por un portoncito. Y en toda esa esquina mi abuela hizo un huerto con todo tipo de verdura y frutales. Y también gallinas. En la vereda había un pico público porque en las casas no había aún agua de red y venía gente de todos lados a cargar con sus tachos. Al costado estaba el Pasaje San Martín, que ahora se llama Turrado Juárez, era angosto y de tierra”.¹⁰

Del otro lado

Hasta la década del '40, al llegar a calle Fructuoso Rivera el arroyo La Cañada seguía su trayecto hacia el oeste del barrio para luego descender en dirección al centro. Este recorrido sinuoso demarcaba física y simbólicamente dos orillas y sectores dentro del barrio. Una hacia el oeste, recordada como heredera del antiguo Abrojal, con desniveles y pronunciadas barrancas;¹¹ y otra hacia el este, llamada Pueblo Nuevo, donde se encontraba el plan de viviendas municipal y la concurrida calle Belgrano. En 1921 se unificó y designó a las comunidades del Abrojal y Pueblo Nuevo con el nombre de barrio General

10 Conversaciones con Adalberto Rentini, vecino de Güemes, mayo de 2021.

11 “Su paisaje de barrancas gredosas, sus construcciones de adobe y paja y una vegetación particular fueron motivo de descripción de Azor Grimaut y de pinturas de muchos artistas reconocidos. Aquella vegetación que daba sombra y comida a tanta aridez, a tanta pobreza”. En: Boixadós, María Cristina et al (2017) *Paseo de las artes (Memorias de mi plaza)*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba. p. 21.

Güemes.¹² No obstante, el arroyo continuó colaborando en demarcar física y simbólicamente dos lados, al este y al oeste de su cauce.

En el lado oeste, el trazado de calles a través de una geografía poblada de barrancas impulsó su lenta urbanización. Asimismo, en 1922 sobre calle Bolívar se inauguran baños públicos y lavaderos,¹³ que brindaban agua caliente en un momento en que las casas no contaban con ella aún. También por esa calle transitaba el tranvía y se fueron abriendo numerosos almacenes. Entre ellos, el de José Gotta, descendiente de italianos, que llegó a fines de 1930 junto a su familia para instalarse en Laprida casi Bolívar. Eulalia, una de las hijas de esta familia, recuerda que en el almacén de su padre se vendía todo tipo de alimentos, alfalfa, cereales; y que existían diferencias entre los almacenes de un lado y del otro de la Cañada. “Era más grande el (almacén) de Anglada y no vendían estas cosas como las que vendíamos nosotros, carbón, la leña, porque nosotros teníamos depósito, no, era un negocio más... cómo se dice... más coqueto”.¹⁴

Pabla, otra vecina que vivió toda su vida cerca de la calle Belgrano, sugirió que del otro lado de La Cañada residían familias herederas del antiguo Abrojal, “gente que venía del campo, gauchos, libertos hijos de negros, que estaba considerada como una gente muy ordinaria, muy guasa que vivía en ese lugar.”¹⁵ Y se refirió a la mudanza de la familia de su abuelo paterno desde el lado Este del barrio hacia la calle Belgrano (Oeste), como un “avance” para su fa-

12 El 24 de junio de 1921 el Concejo Deliberante de Córdoba designó como General Güemes al Pueblo Nuevo de este municipio. Esto abarcaría también a la comunidad de El Abrojal, aunque no se encontrara nombrada en las actas. Fuente: Archivo Histórico Municipal, Documentos 1921, A-2-65, F. 112-113 y Actas 1921, A-1-48, F. 1-5

13 Los baños públicos y lavaderos (en Bolívar al 800) dispensaban agua caliente para higienizarse de manera gratuita y lavar la ropa en un momento en que la mayoría de las casas de Güemes no contaban con agua de red.

14 Eulalia Gotta, vecina de Güemes. Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 17/05/2004

15 Entrevista a Pabla Sorrentino. Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 17/04/2004

milia. “Mis abuelos vivieron del otro lado, mi padre vivió 8 años de aquel lado en la calle Bolívar, así que, al pasar para este lado, vino a vivir en la esquina de Belgrano y el pasaje donde estamos nosotros en 1908 y era un verdadero progreso venir para este lado”¹⁶. El abuelo de Pabla, inmigrante italiano, abrió un almacén con despacho y una peluquería. Al recordar la cotidianeidad alrededor del mismo, Pabla muestra múltiples interdependencias y encuentros. En el almacén y peluquería su abuelo atendía a clientes del antiguo Abrojal y también a personas que llegaban desde el campo a vender sus productos en los negocios de la zona. Asimismo, su padre, activo militante político, solía ir al lado Oeste para visitar conocidos y promover afiliaciones a su partido. Y “del campo” eran su madre y abuelos maternos, oriundos de un paraje en el interior.

De este modo, en el día a día del barrio podemos descubrir un continuo ir y venir entre sus distintos sectores con historias de familias que se entremezclan. Tal es el caso de Adalberto Rentini, cuya madre vivió de niña y joven en el lado Oeste del barrio, mientras que su padre creció del lado Este, próximo a la calle Belgrano. La familia de su madre, nos relata Adalberto, vivía en una casa estilo rancho en la calle Brasil y tenían costumbres criollas; su abuelo y tíos criaban gallos de riña y eran guitarreros. Su abuela materna había fallecido joven debido a las penurias y carencias atravesadas. Por otra parte, sus abuelos paternos tuvieron que dejar Italia y una vez instalados en Güemes abrieron un almacén. Luego de mucho sacrificio habían logrado tener dos propiedades, una frente a la cárcel y otra en el Pocito. Al casarse, el padre y la madre de Adalberto, vivieron por unos años en la casa tipo chorizo paterna, por lo que su madre solía visitar a sus hermanos y padre cruzando La Cañada. De ese rancho, Adalberto recuerda el techo de chapa, el excusado al fondo del patio, las jaulas de los gallos, el modo en que sus tíos le explicaban cómo criarlos. Posteriormente, sus tíos vendieron el terreno con el rancho y éste fue derribado por sus nuevos dueños para edificar una amplia propiedad.¹⁷

16 Entrevista a Pabla Sorrentino, Casa Pueblo Güemes, 26/07/2013.

17 Conversaciones con Adalberto Rentini, vecino de Güemes, mayo de 2021.

Almacenes con despacho de bebidas

Como ya señalamos, en los almacenes se vendía desde alimentos sueltos, forrajes, bebidas, hasta artículos de mercería, limpieza, bazar, ropa, calzado; que se distribuían en el mostrador, en el piso, en estantes o en cajones por todo el local. Pero también, muchos de estos almacenes tenían “despacho de bebidas”, situados en la punta del mostrador o a un costado con algunas sillas y mesas. No obstante, en aquellos casos en que la estructura de la casa lo permitía y los dueños preferían no mezclar la clientela que compraba alimentos y cosas de uso diario (en general mujeres y niños) con aquellos que permanecían para beber y distraerse (mayoritariamente varones), el despacho transcurría en una habitación anexa. Ramón Sánchez, hijo del dueño de un antiguo almacén que supo estar en Bolívar y Montevideo, señaló:

“Tenía al lado otra habitación que la había conectado con el negocio. Había bordelesa, a veces tomaban, a veces jugaban a los naipes, cantaban, había espectáculos, movida musical tango, sobre todo. Estaban el Negro la Juana, Cabeza Colorada, mi viejo lo invitaba con un trago y el tipo amenizaba la reunión”.¹⁸

Estos lugares del almacén convertidos en bares, permanecían abiertos hasta altas horas de la noche y en ellos se encontraban en general varones de diferentes edades (y algunas pocas mujeres) para compartir tragos y música; y jugar naipes, bochas, sapo, billar o tabas. Algunos de los almacenes más nombrados son el “de Pepino”, el “de Crescencio Aguirre”, “de Camarda”, “de Escudero”, “de Sánchez”, “del Pelado Bustos”, “de los 60 guasos”.

Los entrevistados retoman con frecuencia lo escuchado de sus padres u otros adultos en relación a una época dorada de diversión en los almacenes de la zona durante las primeras décadas del siglo XX, cuando músicos locales y visitantes se encontraban a tocar y escuchar tango y folclore, con actuaciones que podían recorrer distintos almacenes en una misma noche. De estos momentos participaban también personas que hacían reír, inventores de cuentos,

18 Entrevista a Ramón Sánchez, vecino de Güemes. Casa Pueblo Güemes, 23/08/2013.

apodos, dichos y “salidas rápidas”; aportando la música y las risas momentos distendidos y de disfrute.

“Mi viejo lo conoció al Cabeza Colorada y un día me contó que Cabeza Colorada tenía esa cualidad de apodador, dice que estaba cantando en un boliche y entraba alguien y lo miraba y le decía hola cara de candado y vos lo veías y tenía cara de candado jaja”.¹⁹

Algunas anécdotas suelen incluir la visita del famoso cantante Carlos Gardel a los viejos almacenes del Abrojal, cuando actuaba en Córdoba en las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, no es en su figura donde se busca enfatizar, sino en el vínculo de amistad que tenía con otros cantores del barrio reconocidos localmente por su talento y picardía, como por ejemplo José Llanes, apodado Cabeza Colorada.

“Viene Gardel a conocer a Cabeza Colorada entonces lo buscan, lo traen después de una hora tuvo que esperar Gardel ahí fueron con su coche a buscarlo y cuando lo ve le dice: vos me estas esperando, che bigote cola de mula. Jajaja, Gardel, Gardel no tuvo bigote nunca. Tenía la virtud de inventar cosas para hacer reír...”²⁰

De este modo, los almacenes aparecen como lugares de reunión y diversión, donde sus concurrentes se iban conociendo y tejían amistades. Menos visibles son las memorias sobre las mujeres que también participaban de la sociabilidad de los despachos de bebidas, dado que quienes hablan de estos lugares con frecuencia lo hacen a través de los recuerdos de otros, con sus partes disimuladas o censuradas en torno a actividades asociadas con lo clandestino (jugar, apostar, ser meretriz). Así, si bien parecía un territorio vedado para las mujeres jóvenes “de buena familia”²¹, sí era visitado por otras mu-

19 Entrevista a Paco Canelo, Casa Pueblo Güemes, 09/08/2013.

20 Miguel Gómez, vecino de Güemes. Entrevista grupal, Casa Pueblo Güemes, 13/09/2013.

21 “Mi padre me contaba que cuando venía la gente del campo, ataban los caballos a un palenque y le pedían un trago de vino en el mostrador a mi abuelo. Mis tías no salían, estaban escondidas porque si no serían unas chinitas cualquiera si hubieran salido afuera a atender a algún parroquiano. Entonces los muchachos, mi padre y mi tío eran los que podían ayudar al abuelo”. En-

jeros adultas y por algunas que ejercían la prostitución (“mujeres de la vida” al decir de los vecinos).

“En el almacén de Pepino había una mujer de la vida que lo tenía loco a Gardel, que era prostituta y dicen que era muy hermosa. Ahí en lo de Pepino iban guitarreros a cantar y estuvo Gardel que cuando venía a Córdoba la buscaba a esa mujer, pero como él era ya famoso, no podía...”²²

Junto a los relatos sobre el clima distendido y de encuentro que se desarrollaba en los almacenes, surgen también recuerdos sobre algunos momentos de tensión y enfrentamiento. Como afirmó Simón Dahbar: “Y no faltaban los líos a veces, que terminaban a veces mal. Lío de cuchilleros... no andaban con muchas vueltas”. La bebida compartida en los almacenes hasta altas horas, los desacuerdos y gestos de provocación al compartir juegos y apuestas, conducían en ocasiones a riñas acompañadas de cuchillos. “Duelos criollos, los viejos se metían un saco así, y tome y traiga, sacaron varios con la patita para arriba, te metían un puñaladón”.²³ En estos relatos, aparecen usando cuchillos y enfrentando duelos quienes al parecer mantenían costumbres criollas o de campo, con una actitud corporal de gestos recios y acostumbrado al trabajo rudo. “A lo gaucho se peleaba, a lo gaucho. Para colmo era la única luz que había en toda la cuadra ahí en la esquina, y ahí debajo de la luz, así que todo el mundo (los veía) ...”²⁴

De este modo, la destreza de quienes en su vida diaria utilizaban el cuchillo para sus distintas faenas, es desplazada hacia los enfrentamientos y peleas nocturnas. El ser criollo o nativo parecía vincularse para algunos, con el ser “cuchillero” o el estar predispuesto a responder de un modo brusco y con fuerza; con el cuerpo y no con

trevista a Pabla Sorrentino, vecina de Güemes. Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, julio de 2004

22 Conversación con vecino del barrio, 14/03/2023.

23 Entrevista a Mauricio Di Gianantonio, Casa Pueblo Güemes, 4/10/2013.

24 Viviana Tolosa, Entrevista grupal, Casa Pueblo Güemes, 18/07/2017.

el razonamiento. En relación a esto, una vecina señaló: “Le decían el barrio de la cuchillada y era cierto”, retomando la caracterización externa que solía realizarse sobre Güemes. Las otras vecinas presentes asintieron, a excepción de Lucía que indicó que cuando le preguntan de dónde es, “yo respondo del barrio del cuchillito y de la botellita, jaja”.²⁵ De este modo, Lucía intentaba revertir, a través del humor, la representación del beber y pelear como prácticas con las que se estigmatizaba al barrio y que se asociaban a un componente criollo-nativo-local.

Donde el barrio se juntaba y se conocía...

Fue en el almacén de Sánchez, en la esquina de Bolívar y Montevideo, donde al promediar la década de 1920 se gestó la idea de crear un club para realizar actividades barriales. Su sede funcionó en Montevideo al 500, fue bautizado club Bolívar y su primer presidente fue Ramón Sánchez, dueño del mencionado almacén. En “el Bolívar” se practicaba fútbol para competir en torneos locales y se organizaban bailes, en un momento en que las bandas musicales ganaban popularidad.

Hacia mediados del siglo XX se crearon en Güemes el Club All Boys (en Bolívar al 950), el club Falucho (en Arturo M. Bas al 1200) y el Club Brasil (entre la calle del mismo nombre y Belgrano), que brindaron espacios de encuentro y esparcimiento en distintos puntos del barrio.²⁶ Estos clubes ampliaron la diversión musical de los vecinos, que encontraron allí un lugar para entretenerse, principalmente, los fines de semana.

Lo escrito hace algunos años por uno de los primeros integrantes de la comisión del club All Boys, José Prada, señala cómo luego de producida la inundación de La Cañada en 1939, los vecinos comenzaron a buscar algún lugar para reunirse y trabajar por los problemas del sector.

25 Lucía García, Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 14/06/2004.

26 Los distintos clubes que tuvo alguna vez barrio Güemes cerraron sus puertas de sus sedes en este barrio varias décadas atrás.

“Así fue como en el año 1940, un grupo de vecinos lograron conseguir un lugar para esos fines, y fue la casa del aguaribay, como le llamaban a la casa del querido vecino don Pereyra, ubicada en la calle Peredo, bien al frente del pasaje Escuti, lugar espacioso y la sombra de un gran aguaribay. Allí pudieron realizar reuniones de festejos y eventos de todo tipo”.²⁷

De este modo, a la sombra de un árbol de la casa de un vecino, se inició el club. Posteriormente, en un espacio abierto próximo se demarcaron canchas, se construyó un escenario y comenzaron a organizarse bailes al aire libre. En poco tiempo este club creció en su faceta deportiva yailable, como recordó el vecino Miguel Gigena:

“su puerta de entrada doble hoja de metal forjada con barrales y arabescos, con un ventanal a la calle con rejas romboidales, a su derecha la boletería y al entrar a la izquierda estaba el bar con mesas y sillas con un gran mostrador... A pasos de la entrada, una cancha de básquet, baby fútbol, los sábados era la pista de baile con mesas redondas y sillas de metal plegables alrededor de la misma. Todos con respeto invitaban a esa mujer que conquistó su corazón con el permiso de la mamá o papá. A la izquierda el escenario con escalera y telón para la orquesta típica del momento...Al fondo dos canchas de bochas con tableros para contar los puntos... Baños para damas y caballeros pegaditos sobre la pared del fondo bien iluminados. Todo el barrio se juntaba y se conocía, ahí nacieron parejas que poblaron Pueblo Güemes, el Abrojal y La Bomba”.²⁸

Pero a pesar del crecimiento y dinamismo que adquirió el club, éste se encontraba en una ubicación compleja, en tanto que por allí se abriría luego la avenida Pueyrredón. Esta avenida iniciaba en barrio Nueva Córdoba, pero durante varias décadas su trayecto terminaba en Vélez Sársfield, pues más allá estaba poblado de casas. Sin embargo, hacia mediados de la década del 70 el gobierno decidió prolongar la avenida para sumar una salida vehicular hacia el oeste. En ese trayecto se demolieron las dependencias del club, la comisaría décima y cientos de viviendas. En relación a esto, durante una charla, Mauricio recordó con pesar la actuación de las topadoras y

27 Prada, José (s/f) “Anécdotas y recuerdos de un tiempo pasado”. Manuscrito cedido por el autor y resguardado en Casa Pueblo Güemes

28 Comentario de Miguel Gigena en grupo de Facebook Paisajes de Güemes, diciembre 2022.

de cientos efectivos militares que desalojaron a aquellas familias que se resistían a dejar sus hogares.

Imagen N°5. Lugar donde se encontraba el Club All Boys. Siguiendo por calle Bolívar, aparece la casa donde estuvo el almacén Los 60 guasos.



Fuente: Fotografía de Graciela Tedesco, enero de 2021.

Si bien el club All Boys continuó brindando actividades deportivas en un predio que había adquirido en barrio Rosedal, sus bailes desaparecieron. No obstante, ellos persisten en las memorias de los vecinos como núcleos de diversión y punto inicial de varias parejas y familias que poblaron el sector. Así, por ejemplo, en un baile de All Boys se conocieron el padre y la madre de Adalberto que, como dijimos, residían en distintos lugares de Güemes; y en un baile del centro de Fomento de barrio Observatorio iniciaron su noviazgo Josefina y Enrique, cuando ella fue junto a unas amigas y él la vio bailar.

“Se bailaba de todo, era cuando vos dabas vuelta a la pista, agarrabas un chico, y era ranchera, lo que sea, dabas vueltas (...) y dice que le

gustaba cómo bailaba yo el tango y bueno, salimos a bailar el tango, y ahí está, el tango tiene la culpa²⁹

Y también Pocholo (Luis Ricardo Quiñones) recuerda: Se bailaba “tango, milonga, valsés había cuando las orquestas eran típicas pero, cuando era característica, foxtrot”. Y se sacaba a bailar “a las cabeceadas”, porque iban con la madre, con la abuela, yo tenía casi 18 años y había ido al baile All Boys con mi tío, tía, prima, 18 años, tuve que decirle a mi tío: permiso voy a fumarme un cigarro, jeje.³⁰

Bailar y escuchar música en el club, construir momentos de diversión y entretenimiento, formar amistades y noviazgos, tejer la trama vecinal. De este modo, los clubes tuvieron una importante tarea de vinculación, en medio de la heterogeneidad barrial.

Entre los bailes que se realizaban en los clubes durante todo el año, los de la época de carnaval eran los de mayor concurrencia. En ellos participaban distintas comparsas donde sobresalían los disfraces de Diablo, Apache, Payador criollo, Cocoliche, Loco, Conde, Indio; que dentro de un clima festivo, competían y se enfrentaban a otras agrupaciones. Pero como señaló Mauricio al escribir sobre los carnavales de antaño, antes de llegar al baile, las comparsas desfilaban por las calles, visitaban distintas casas y compartían tiempo juntos.

“Dentro de cada actuación de las comparsas de aquellos tiempos, especialmente en clubes o domicilios particulares donde se los solía invitar, campeaba el respeto total al dueño de casa y su familia, jamás una torpeza o grosería. En patios grandes cubiertos de parras, se desarrollaba el encuentro que constaba de recitados varios y a posteriori, baile popular algunas veces con vitrolas y otras con música propia como en el caso del bandoneón de Tripiani, integrante de la comparsa, los vecinos aportaban alimentos y bebidas”.³¹

29 Josefina Lucero (Pina) y Enrique, Casa Pueblo Güemes, 18/7/2017.

30 Pocholo (Luis Ricardo Quiñones), Entrevista grupal realizada por Casa Pueblo Güemes, 4/10/2013

31 Mauricio Di Gianantonio. “¡Pueblo Güemes resiste! Payada de Carnaval en Pueblo Güemes”, Archivo Casa Pueblo Güemes.

Así, nuevamente la casa, la música, la diversión. Un ir y venir entre distintos espacios, junto a personas con diversos orígenes y trayectorias, pero que construían un habitar “mezclado” y diverso.



7. MEMORIAS

Almacén y Bar Los Sesenta Guasos. Bolívar esquina Peredo, Pueblo Güemes, Córdoba

Por Mauricio Di Gianantonio¹

Nos aproximemos a un almacén de Güemes atendido por una familia venida de las sierras, en una esquina de la parte sudoeste del barrio. Prestemos atención a la forma de la casa, las cosas que se vendían, las actividades de los dueños y su clientela, el clima de alegría y las ocasionales peleas. El almacén y casa de los Hermanos Peralta, más conocido como Almacén Los 60 guasos, acompañó la vida de barrio Güemes entre fines de los 40 y principios de los 70.

El vecino y arquitecto Mauricio Di Gianantonio, nos relata a continuación sus recuerdos sobre dicho almacén. Lo hace desde la perspectiva del niño curioso que fue, cuando alrededor de sus 10 años pasaba a diario por la vereda, se asomaba a sus ventanas, escuchaba desde afuera los sonidos; y entraba a veces a comprar algún encargo, logrando espiar sus rincones.

Las descripciones de Mauricio están acompañadas de sensaciones, lugares que se disimulan y actividades no del todo visibles que quedaban liberadas a la imaginación. Son, en este sentido, memorias que nos hablan de Los 60 Guasos a partir de aquello que se describe, pero también de lo que aparece de forma furtiva y sigilosa, o no se llega a pronunciar.

Estimado/a lector/a en honor a los hechos reales descriptos y acaecidos, dudé en presentar este relato sobre el boliche de tan particular nombre, en primera persona o tercera persona omnisciente.

Soy un vecino de siempre de este boliche, desde niño (niño del ayer, de 10 años entre fines de los 50 y comienzos de los 60), interesado en su historia y de excelente memoria, por lo que muchas situaciones de este relato, son recuerdos que vuelven a mi memoria

¹ *Arquitectus habitantis Güemes est.*

y otros, me fueron confiados por personas mayores, hoy casi todos, en el celeste imperio.

El boliche ubicado en la esquina de Bolívar (una de las primeras calles ejecutadas con hormigón armado, arena, granza cemento, como hoy, con más el agregado de hierro de construcción, ídem losa de una vivienda) esquina con Peredo, lucía una fachada de estilo italianizante importante, con mano de obra de calidad y carpintería de jerarquía, que transmitía seguridad.

Poseen los vecinos datos ciertos acerca de los propietarios originales de la construcción, Sres. Puccini- Tucci, a quienes los Peralta, dueños del boliche, quisieron comprar la misma, no alquilar, con respuesta negativa siempre. Los Puccini-Tucci eran también propietarios del boliche de Pepino, ubicado en la esquina de Belgrano y Fructuoso Rivera en el mismo barrio, hoy centro cultural y lugar de encuentros de quienes aman el barrio y su historia, con reminiscencias vividas, fundantes, que conmueven, símiles a las narradas en la película italiana *Amarcord*, 50 años más tarde.

Desde el inicio, hasta el año 1973 aproximadamente, no recibió ni la fachada, ni la carpintería de fachada, una mínima y/o piadosa mano de pintura... aunque sí leyendas políticas escritas con letras enormes sobre sus largos muros, con alquitrán o pintura negra, que no inmutaban en lo más mínimo a María y Manuel Peralta, sus inquilinos. Los textos de las leyendas con letras que transmitían premura en la impresión (vulgarmente llamadas chorreadas), ante la posibilidad de la llegada de la yuta (policía), eran hartos significativos. Recordé sentado en mi estudio, ojos cerrados, con el placer de recordar, esforzadamente; mientras mi testa se agitaba hacia adelante y atrás suavemente; recordé el texto de los escritos: “Viva el cáncer”. Enormes letras negras, sobre la fachada de calle Bolívar, como una enorme perspectiva, fugaban hacia la calle Peredo, festejando en ese momento la muerte de Eva Perón. También “Braden o Perón”, en tiempo de elecciones, no recuerdo bien el año (las leyendas quedaban siempre absolutamente desactualizadas por la realidad, ya que duraban mucho ahí); y otra más reciente, con colores de óxido rojo, de uso en estucados de piso y muros “¡Fidel, seguro, a los yanquis les da duro!”

Los hermanos Peralta atendían a su fiel y particular clientela sin amabilidad alguna, pero no descarto que esa hosquedad la utilizaran

con los más jóvenes y niños que íbamos a hacer los mandados; por lo que quizás, era otro el trato para con los parroquianos. Los hermanos eran de baja estatura bigotes de regular tamaño, de hablar atravesado, siempre vestidos igual, pantalones enormes de un color creco, negro. En algunas ocasiones, usaban delantales color tiempo, feos y desalineados. La familia incluía una Sra. que jamás hablaba y un par de niños que tenían una forma de ser igual a los Peralta, nunca supe de parentesco con ellos. En algunos encuentros de fútbol, uno de los niños solía llegar y participaba en los partidos, con zapatillas y ropa de juego buena, aunque sus virtudes en el mismo no eran notorias. He olvidado su nombre, solo recuerdo que al igual que los guasos, hablaba poco, reía menos aún... Solía hacer algunas bromas verbales, pero de inmediato, como arrepentido, corría la alegría y volvía al rostro de siempre.

Se sabe que daban fiado a la gente humilde habiéndose en estos días encontrado la libreta de anotaciones original, al respecto incluso se habría verificado que prestaban dinero, como un gasto más.

En ochava, se encontraba ubicado el ingreso al sector almacén, y como presidiendo todo, un cartel de enormes dimensiones parcialmente legible, con multiplicidad de bollos, seguramente por acción de pedradas y/o ladrillazos, cuasi oxidado. Se podía leer con esfuerzo, que recibía oficialmente, la pudorosa calificación del boliche “Almacén y Bar Peralta hnos”.

El negocio era de características similares a un local ubicado en la zona serrana, en medio de una enorme pampa o montañas, era casi siempre auspiciado por vino “Facundo” y portaba una imagen borrosa de Facundo, que, montado sobre su caballo brioso, ocupaba gran parte del mismo. Algún vecino grande aportó de sus recuerdos que muy de tiempo en tiempo, el diseño e imágenes del cartel era modificado por otro, seguramente producto alimenticio (fideos Paitito), exigencia municipal.

El diseño del almacén contemplaba en fachada, tres enormes aberturas. En la ochava se encontraba una hermosa puerta de 2 hojas, con detalles de altísima calidad. Por ella, se accedía al sector almacén donde era posible adquirir todo lo imaginable para el hogar, a nivel de alimentos y servicios dentro de la amplitud de sus activida-

des, el local incluía además de las descriptas, también espectáculos musicales y algunas otras “particularidades”.

Por calle Bolívar se accedía al sector confitería, expendio y consumo de bebidas. Se observaba una enorme cortina metálica verde oliva y con su mismo ancho, una puerta de dos hojas madera excelente, vidriada, siempre en perfecto estado, con herrajes de calidad.

Por calle Peredo se accedía al sector juegos y espectáculos en patio, encontrándose en el mismo, un garaje con capacidad para dos vehículos... recuerdo un rastrojero color verde y la cancha de bochas.

¿Quiénes asistían al boliche? Me ha sido confiado que en una oportunidad estaba un gran cantor local, “Cara de gallo” de apellido Brando, hijo de italianos, de áspera y potente voz, en el patio cerca de la cancha de bochas mientras se acompañaba por una sufrida guitarra que accionaba sin mayor cuidado. En esa circunstancia, trascendió que Cara de gallo, en medio de gente jugando a las cartas y escabiando duro, interpretaba en su singular estilo, en medio de bromas chistes, la canción patriótica Los 60 granaderos, con la fuerza de siempre... cuando de pronto se abre la puerta del sector cancha de bochas y comienzan a ingresar familiares de los Peralta de visita, con sus vestimentas de indubitable origen serrano, gente de ropa fuerte duradera, con pañuelo al cuello y sombrero negro en la mano, en señal de respeto.

Al ver lo numeroso del grupo familiar ingresante, con una sonrisa en su rostro, Cara de gallo, experto improvisador, al segundo modificó la letra de la canción que sonó así: “Eran se- eran- sesenta- los guasos” (la tetra de la canción dice “paisanos”. En Córdoba se denomina guaso por lo general a quienes viven o vienen de zonas serranas o rurales), continuó: “que de las, que de las sierras venían”, y continuó modificando al paso toda la letra, en medio carcajadas cuasi gritos de risas y alegrías totales.

Al negocio concurrían todo tipo de personas, en gran mayoría trabajadores, en un horario muy flexible. También era común ver gente que se decía eran de Nueva Córdoba, en pos de contratar algún especialista varón o mujer, para tareas en su vivienda. En algunas ocasiones el encuentro mostraba a personas con confianza uno en el otro, acordando tareas, costos de materiales etc, en ese hermoso intercambio de experiencias y conocimientos.

De pronto un recuerdo me conmovió, aquella enorme caramelera de vidrio, con tapa de chapa, alta, ajustada y firme, inalcanzable para niños traviesos, de múltiples colores (solo retornan a mi memoria caramelos media hora, chicles bazooka, con historietas de colores en su interior, baleros trompos, figuritas de jugadores de fútbol, revistas usadas dibujadas a color, de un vaquero norteamericano, Hopalong Cassidy).

El negocio contemplaba ventas de artículos de escabio para consumo en hogar y artículos de almacén, alimentos, ropa variada masculina y femenina, artefactos a kerosene, repuestos varios, y también, según libro de anotaciones recientemente recuperado, se efectuaban préstamos en efectivo. Asimismo, por encargo se podía observar prendas femeninas de todo tipo y calidad, unidades de pintura a la cal, siempre marca Cremar.

También se vendía material escolar y material mínimo de construcción, cables, pilas, fliteros para mosquitos, llaves de punto y toma, algunas máquinas para pintura en obra de bronce pulido, productos para la belleza femenina.

Nunca pintado, el sector almacén siempre semioscuro, en enormes cajones se almacenaba harina, arroz, polenta, etc., desde donde extraía con una especie de caño o tarro cortado en un extremo a 45 grados y trasladaba a la balanza en forma mecánica, todo en un medio de higiene no brillante. El techo estaba construido con tirantes de madera y bovedillas, y probablemente chapas de cinc al exterior. La multiplicidad de productos a la venta, expuesta sin muchos miramientos, embellecía algo el local con sus colores, todo bajo la mirada dura, de águila, de los Peralta.

Era común niñitos comprando: “¡Deme cincuenta chacho (arroz)!” que abonaban con billetes aplastados como una pelotita, situación que embolaba (ponía molesto, no era de su agrado) a los dueños.

Aquí los recuerdos se amontonan... Las mesas del local boliche, de pequeñas dimensiones, de patas de madera muy finas y altas, que no ofrecían demasiada estabilidad a los parroquianos, algunos ya arribando a la borrachera, con movimientos atentatorios contra los vasos, botellas y cartas de los parroquianos, con permanente situaciones de enfrentamiento, que los Peralta resolvían sin mayores contemplaciones.

Apenas ingresado al local almacén, se encontraban especies de estantes de madera, horizontales, con la más increíble combinación de productos que existir pudiere, apilados sin mucho orden... alpar-gatas negras y algunas blancas (para las fiestas), ponchos de las sie-ras, medias de niñas de colores, sin envases casi siempre, lo que complicaba completar el par, en el caso de las zapatillas. Considero era complicado para los Peralta atender pedidos de distinto tipo, atento a lo tortuoso del recorrido, pero evidentemente no existían problemas, todo transcurría con normalidad y mucha alegría.

Muy cerca de este ítem, se encontraba otra estantería de madera, alta, inalcanzable, repleta de fideos, arroz, porotos, pan casero, fran-cés, criollo. La harina y productos secos se encontraban enfrentados cómodamente a las espaldas del mostrador.

A medida que se compraban, los productos eran depositados so-bre un mostrador de madera, con terminación de estaño, construido sin muchos miramientos, poco atendido en sus aspectos higiénicos de huellas de golpes u otros en su superficie.

Recuerdo dos tipos de balanzas siempre en impecable estado una de ellas con mármol blanco y mecanismo a la vista.

Los muros pintados con color verde oscuro, al aceite, brillantes, hasta dos metros aproximadamente. Mientras que los muros de gran altura y el cielorraso de tirantes de madera y bovedillas, lucían un color lila fortísimo, que podría ruborizar a más de un dadaísta de aquellos tiempos.

Sobre los muros del sector boliche bar, con acceso desde calle Bolívar, a manera de decoración, se observaban clavadas fotos de caballos ganadores de alguna carrera, junto a sus conductores, siem-pre de baja talla, sin mayores delicadezas. También se observaban fotos de hermosas señoritas que exhibían con una sonrisa sus partes pudendas, cortadas de alguna revista especializada, clavadas al muro con clavos de grandes dimensiones.

También se encontraban unidos al muro, almanaques de años idos, quizás dejados ahí por consejo de algunos de los muchos poe-tas, sabedores de historias de Güemes, e improvisadores parroquia-nos; cuyos recitados y referencias al pasado eran sumamente valo-rados por los niños de ese tiempo. Un lugar especial ocupaban, en estos ententes, los relatos, payadas y personajes.

El sector boliche bar se conectaba con el sector almacén por medio de una pequeña abertura cubierta a manera de cortina, con una desplegada ex bolsa de harina alguna vez blanca, de color gris cuasi negro, con un alambre a manera de soporte. Este diseño permitía a los compradores de almacén, escabullirse “con carpa” (que significa llevar a cabo una determinada acción o efecto sin que trascienda, subrepticia) a escabiar y/o jugar. Los participantes con poco tiempo y “con permiso” de la doña “para comprar las cosas”, con el encargo ya en la mano, aprovechaban la estancia y a través de la cortinita que describo, ingresaban al boliche, tomaban un Facundo o Cinzano, y casi a la carrera (no siempre), volvían a casa. Pero si se demoraba en demasía, muchas dueñas de casa de muy mal modo entraran al local y a los gritos, con fuertes calificativos e intimidaciones que dejaban de serlo, se retiraban con lo adquirido en sector almacén, para hacer la comida del hogar.

Sobre la calle Peredo, se accedía al sector juegos, de bochas, sapos (2) siempre rodeados del sonido de la ficha de bronce al golpear sobre la plancha en busca del tanto... y “otras actividades”. Este lugar producía enormes cantidades de ruidos fuertes de mayor intensidad que parecían crecer. La actividad solía de tanto en tanto motivar enfrentamientos serios, por lo que los Peralta con solo marcar el número de la Policía y la llegada de ésta en sus veloces Mercedes Benz (mechitas), solucionaba las diferencias. Sin mayores miramientos, a empujones y bastonazos, “encanutaban” a los revoltosos, y alojaban a los mismos en celdas de la seccional 10, ubicada en calle Belgrano, hoy demolida por la ejecución de Av. Pueyrredón. Aquí surge un tema áspero como lo fue la demolición y desalojo forzado de numerosas viviendas humildes, de trabajadores, muchos de los cuales habrían tenido derechos sobre lo construido.

Había un sótano, donde se practicaba también juego de cartas, con aportes importantes y personajes de resonancia.

Existía en los parroquianos un importante sentido de pertenencia que no les impedía escabiar en otros boliches. Fue un lugar de encuentro, de intercambio de opiniones de política (partidarias o no), de comentarios, de fidelidades o no, también para organizar “eventos”.

Hoy, muchos años después, al ingresar en el ex boliche, actualmente el estudio de psiquiatra Dr. Capellino, percibo vivencias, picardías, infidelidades, ruidos, comentarios sobre choreos, ciertos o simulados y, por cierto, alegrías, música, risas femeninas auténticas, muchas procacidades mixtas junto a música de Darienzo o las primeras grabaciones de Elvis Presley, y por sobre todo, relatos de apariciones, lobizones, la Ramonita Moreno y detalles finos de las relaciones de parroquianos con señoritas de la zona. Y, por cierto, ¡la sirena de las Merceditas policiales!

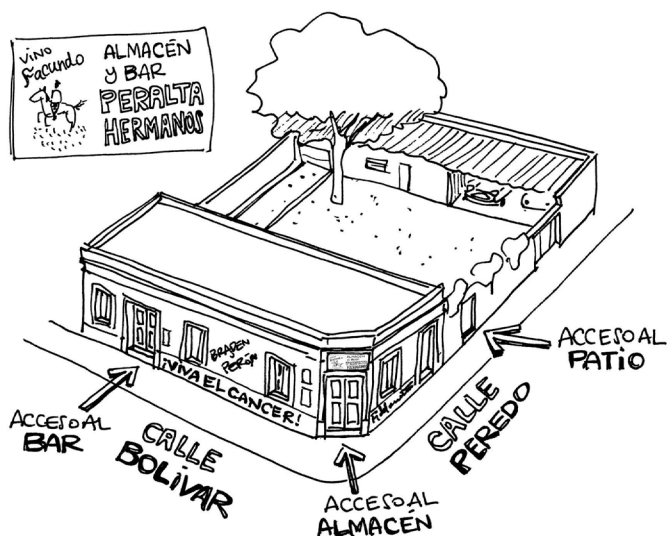
Fue un lugar de encuentro global, con diferencias mínimas entre boliche-almacén-juegos, de confesiones mutuas, de acuerdos y confidencias, y sobre todo ¡de alegría!



8. Ilustrar y recordar

Por Mariel Arias¹

El relato anterior de Mauricio sugiere un conjunto de imágenes protagonizadas por espacios, cosas y personas. Su narración inspiró las siguientes ilustraciones realizadas por Mariel Arias. En las notas de trabajo que acompañan los dibujos, Mariel recorre el proceso de lectura del texto de Mauricio, los recuerdos propios que suscitaron esas palabras y cómo encontró la forma de expresar todo aquello en estas imágenes.



¹ Arquitecta y diseñadora gráfica, ex becaria Conicet y entusiasta del arte. En el tramo final de la tesis doctoral dedicada a conocer cómo se entrelazan las personas y el espacio en la construcción de la ciudad.





Estas ilustraciones nacen del texto de Mauricio Di Gianantonio sobre un almacén con despacho de bebidas que se encontraba próximo a su casa cuando era niño. Este relato me llevó a distintos lugares y experiencias vividas en mi propia infancia, desde las cuales comencé a imaginar cómo había sido ese Almacén-bar. En un primer momento reconocí en ese almacén al negocio de mis abuelos, quienes entre las décadas del '60 y '70 tuvieron un almacén en la calle Tucumán en el centro de Córdoba, que luego mudaron a la casa donde viví de niña. Hasta hoy persisten algunos productos que “sobraron” de aquel negocio, como agujas, hilos, productos de la Coca Cola, latas de galletitas, muchos paquetes de cigarrillos, damajuanas, y hasta un olor particular que tienen los almacenes.

También me llevó a un comedor tipo fonda que, al igual que “los 60 guasos” existía dentro de un edificio de estilo italianizante en esquina en barrio Pueyrredón. Viví a media cuadra de aquel lugar y en un par de ocasiones fui a comer allí, siempre acompañada de un novio porque era un lugar casi exclusivo de varones, en especial, taxistas y remiseros. También recordé lo que había escuchado de la mamá de una amiga oriunda de barrio General Paz, que con desdén indicaba que esos lugares estaban siempre llenos de varones. Por eso no me sorprendió que en el primer relato de Mauricio no se nombra-

ra casi a ninguna mujer. Sólo al consultarle luego con mayor detalle a través de un mensaje, señaló que algunas mujeres robustas y alegres también visitaban el lugar.

Por otro lado, conecté con un bar que existió en el barrio de mi infancia, lugar donde hoy funciona la biblioteca popular, pero que en los sesenta oficiaba de bar, con cancha de bochas, juego de cartas y bebidas espirituosas. También era de uso casi exclusivo de hombres, pero cada tanto se daba algún baile.

Por último, su relato me transportó a las peñas folclóricas y a los dibujos de Molina Campos. Existía un aura rural en todo su relato: un almacén que tiene de todo porque no existen los supermercados, porque no hay muchos locales en un barrio que es como un pueblo. Me imaginé todas las personas vestidas de forma similar. No pude imaginarme varones sin bigotes o mujeres con pantalones. Las fotos de esos años confirmaban un poco estas ideas. Quizás podría decirse que los dibujos quedaron algo estáticos, pero eran tantos detalles a mostrar, que prioricé que se entendiera todo. En fin, son el resultado de muchos recuerdos y conexiones que resonaron en mí de distintas maneras gracias a las palabras de Mauricio.

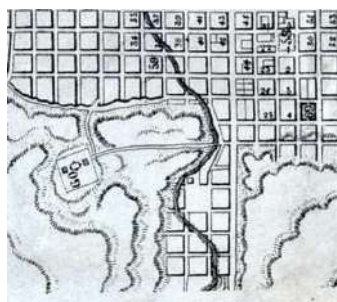
» 9. Entre el arroyo y las barrancas: el Abrojal

Por Mariana Amanda Eguía¹

Separada del centro de la ciudad por el hilo de agua del arroyo La Cañada, se situó la barriada “El Abrojal”, un rancherío entre pasajes y calles cortadas adaptadas a unas terrazas discontinuas de miradas activas a la ciudad.

“Indudablemente el principal sistema orográfico es con mucho el conjunto de lomas y quebradas que se extienden al sur del centro histórico, a partir del Boulevard Junín - San Juan, desplegándose a izquierda y a derecha del curso de La Cañada por espacio de un par de kilómetros a cada lado o más, y elevándose progresivamente hasta alcanzar en el sitio donde se erige el Observatorio”.²

Imagen N°1. Fragmento de Plano de la ciudad de Córdoba y de sus alrededores



Fuente: Albarracín, Santiago (1889). Bosquejo histórico, político y eco- nómico de la Provincia de Córdoba. Buenos Aires, Edición Oficial.

1 Arquitecta, docente de nivel medio e investigadora de imágenes fotográficas. Córdoba estará siempre en el centro de su mirada.

2 Ferrero, Roberto A. (1994). Topografía curiosa de Córdoba. Córdoba, Alción. pp.15-16.

Se decía de esta zona que era

“mora de bandidos y de gentes que ciertamente no viven del sudor de su frente. Nadie se resolvía a aventurarse en sus callejones sin salida, verdaderos laberintos circundados por altas barrancas y quebradas y hondonadas profundas, en las cuales parecía que no hubiera puesto su planta el hombre civilizado.”³

Lo que a inicios del siglo XX fuera asociado a la barbarie, los declives y la marginalidad, a fines de los cuarenta la mirada local lo transformó en un reconocimiento de lo auténtico. De allí que las barrancas del Abrojal fueran testimoniadas por fotógrafos y, más tarde, por periodistas y artistas plásticos cordobeses. Así, en las siguientes páginas exploraremos las miradas sobre El Abrojal en los inicios del siglo XX.

3 Loica (Seudónimo de Azor Grimaud). “El abrojal, un barrio de mala fama.” La Voz del Interior, 7/03/1928. Azor Grimaud (1902-1979) Nació en Córdoba. Fue periodista de La Voz del Interior desde 1919, desarrolló varias funciones. Usó seudónimos como Loica - entre otros- para publicar en el diario relatos costumbristas donde le interesaba hacer registro del habla popular cordobesa. Algunos de sus trabajos escritos fueron: “El loco”, 1920. “Ancua. Poemas de Córdoba”, 1949. “Estampas de Córdoba”, 1950 (con xilografías de Alberto Nicasio), “Como huachos”, 1951. “Duendes de Córdoba”, 1953, “Cordobeseando. Costumbres populares”, 1971 y “Comidas cordobesas de antes”, 1974. Muchos de sus escritos fueron reeditados en los últimos años. En línea: <https://ffyh.unc.edu.ar/biblioteca/escritores-de-cordoba/grimaud-azor/> [Consulta: mayo de 2023].

*Imagen N°2. Fotografía de la Colección Observatorio Astronómico
Córdoba - Universidad Nacional de Córdoba.*



Fotografía atribuida a Roberto Van Dyte (fotógrafo del Observatorio), ca. 1910. Fuente: Mág. Santiago Paolantonio.

Durante la primera década del siglo pasado, los ranchos y los paisanos fueron uno de los componentes más populares en las visibilidades del interior de la Argentina, y la barriada del Abrojal no fue la excepción. Las artes plásticas y el periodismo alimentaron ese imaginario romántico, donde la fotografía amateur procuró alimentar esta escenificación de “tipos y costumbres”. Los avances tecnológicos apoyaron la popularización de estas prácticas sociales a partir de periódicos, revistas de ilustración, tarjetas postales y álbumes, para responder a una amplia demanda interesada por conocer el país y festejar las tradiciones, a primera mano y de un simple vistazo. En este contexto, la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados (1889- 1928) cobró relevancia. Este reconocido grupo utilizó las imágenes como algo más que una práctica recreativa, a partir de certámenes internos, exposiciones y la constitución de un archivo

de escala nacional, comercializado a editores y/o medios gráficos nacionales y extranjeros.

El discurso visual de capitales provinciales, tales como la ciudad de Córdoba, quedaba ceñido al discurso hegemónico en el contexto de la conformación de una identidad nacional. La visibilidad de Córdoba en el siglo XX se inició con tensiones entre modernidad y tradición, con representaciones de la alteridad en pleno proceso de construcción y transformación del país. Por ello mismo es necesario contemplar estas imágenes teniendo en cuenta las visualidades construidas por los fotógrafos de la S.F.A.A., quienes contaban con un perfil de: "...profesiones liberales, varios accedieron a posiciones en el gobierno o cargos públicos y había también otros espacios institucionales compartidos como el Departamento Topográfico y la Sociedad Rural Argentina (...)"⁴ Para contextualizar imágenes del centro cordobés, la Sociedad Fotográfica Argentina se hizo presente en los primeros años del 1900 en una locación próxima al Observatorio de Córdoba y las barrancas del Abrojal.⁵

¿Qué intereses habrían despertado estos márgenes de Córdoba a inicios del siglo XX?

4 Tell, Verónica (2013). "Gentleman, gauchos y modernización. Una lectura del proyecto de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados". *Caiana. Revista de Historia del Arte y Cultura Visual del Centro Argentino de Investigadores de Arte (CAIA)*, N°3, p. 2. En línea: http://caiana.caia.org.ar/template/caiana.php?pag=articles/article_2.php&obj=110&vol=3. [Consulta: mayo de 2023].

5 Gracias a la casa de remates de obras de arte y antigüedades, Bullrich, Gaoana & Wernicke, pude informarme oportunamente que esta primera tarjeta postal a pesar de su rótulo de la S.F.A.A., habría sido de la autoría de Ricardo Hogg (1879- 1963) hijo de inmigrante irlandés, conocido estanciero argentino, relacionado a entidades deportivas y culturales. Hogg es autor de una compilación biográfica de la sociedad de su tiempo, así como de algunos relatos folkloristas. Participó asiduamente de la S.F.A.A, donde resulta clave, según indica Verónica Tell (2013), Ob. Cit. "la pertenencia social, razón para el vínculo societario (...)". Remate Especial. Lote 745. En línea: https://www.bullrichgaonawernicke.com/R169/R169_all.htm [Consulta: julio - agosto de 2009].

Imagen N°3. Vista General de Córdoba, República Argentina.
Tarjeta Postal, ca. 1905.



Fuente: Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados (S.F.A.A.).
(colección de la autora)

La tarjeta postal denominada “Vista General de Córdoba”, es una toma reencuadrada en formato apaísado donde se destacan las instituciones religiosas de la ciudad, por encima de la línea de horizonte, respetando el tercio de la proporción, con sombras que indican la primera hora de la tarde. Su contenido responde a un imaginario decimonónico donde, según Cristina Boixadós, se observa muy particularmente que

“La reiteración de algunas imágenes y contenidos nos devuelven una ciudad rodeada de ranchos, barrancas, que envuelven un tejido homogéneo y bajo, donde sobresalen las cúpulas de las iglesias que condensan el estigma de la Córdoba religiosa, la Sevilla americana, y también la Universitaria. (...) Un recorte editorial que subrayó lo que debía mostrarse de cada geografía, de cada ciudad, pero desde Buenos Aires, desde el ideario que la elite dirigente sustentaba”⁶

6 Boixadós, María Cristina (2010). “Las imágenes de Córdoba publicadas en

A la distancia, la masa urbana resulta compacta, aunque no homogénea, donde se reitera la terminación en azoteas. En el primer plano de la toma se muestran los ranchos abrojaleros en asombrosa convivencia con el centro histórico de Córdoba, aunque sus cubiertas son mayoritariamente inclinadas con paja rústica, chapas onduladas y hasta cueros curtidos. Los techos se van aterrazando entre barrancas, mimetizándose con un entorno de cercos vivos, compuestos de arbustos agrestes que no terminaban por delimitar ni identificar una propiedad, sino acentuar la existencia de una comunidad. ¿Qué finalidad habrán guardado estos encerraderos?

La carencia de servicios públicos y las condiciones exiguas de higiene son testimoniadas abiertamente en esta panorámica. Hacia el borde inferior de la postal, una singularísima figura femenina –aparentemente embarazada– se presenta portando un pesado cántaro en su cabeza.

¿Dónde se habrá ubicado la fuente de provisión del líquido?

¿Cuánto tiempo habrá permanecido para alcanzar su suministro?

¿Cuántas veces al día ella repetirá esta situación?

¿Qué destino tendrá el líquido acopiado: cocinar, beber, higienizarse y/o blanquear ropa?

Imagen N°4. Recuerdo de Córdoba, República Argentina. Tarjeta Postal, ca. 1905.



los Álbumes del Centenario”. Revista de Estudios Ibero-Americanos, vol. 36, N°1, Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul Porto Alegre, Brasil. (pp. 28-47). En línea: <https://www.redalyc.org/pdf/1346/134618615003.pdf> [Consulta: mayo de 2023].

Fuente: Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados. (colección de la autora)

Esta tarjeta postal presenta una sustancial diferencia con la anterior, más allá de la utilización del formato estereoscópico de uso reiterado por la S.F.A.A.⁷ La proyección de las sombras en primer plano, anuncia la puesta del sol en horas avanzadas de la tarde, además de las siluetas alineadas de (por lo menos) dos cámaras fotográficas sobre trípode.

A diferencia de la postal anterior, no está incentivada la observación del centro de la ciudad. Las denominadas “abrojaleras” de Córdoba ocupan el espacio central junto a la vegetación agreste y tamizan la vista urbana. ¿Será una situación espontánea o estarán posando? ¿Formarán parte de esta vecindad? ¿Habrá alguna conexión entre estas mujeres con la figura de la vista anterior? ¿Usarán sus mejores galas? ¿Por qué será que esconden sus rostros bajo los chales?

Azor Grimaut nos ofrece una mirada de este grupo:

Mujeres recias fueron
Las que allí se nutrieron
Como los hombres, criollas,
Sin lujos ni “ambollas”
En sus vidas sencillas,
Como las florecillas,
Nacidas de la nada,

7 “Hasta su disolución en 1928, la SFAA organizó numerosos concursos incluyendo la especialidad estereoscópica, otorgando a los ganadores medallas de oro, plata y bronce, por las mejores obras (...) muchas veces las fotografías ganadoras alcanzaban un espacio de publicación aunque bajo el rótulo SFAA, como en el caso: “La entidad asociada a la firma Soldati, Craveri, Tagliabue y Cía, (una reconocida botica porteña) organizó en diciembre de 1902 un gran concurso con el objeto de complacer a una institución fotográfica extranjera que nos ha solicitado vistas nacionales (...) La primera categoría estaba destinada a las vistas estereoscópicas de paisajes y costumbres del país”. Alexander, Abel. *Fotografía Estereoscópica en la Argentina: su historia y evolución (1850-1950)* En línea: <https://folia.com.ar/portfolio-item/fotografia-estereoscopica-argentina/> [Consulta: mayo 2023].

Bordeando “La Cañada”. (...)

Jamás sombrero usaron
¡Porque lo abominaron!
Realzaban el encanto,
De su rostro, con manto,
O “chalon” las casadas,
Y las no desposadas,
Lucían un pañuelo
Amoldando su pelo.

En todo el “Abrojal”
Imperaba el percal
Con la tela sencilla
Hicieron maravilla,
De gracias, las muchachas,
Cosiéndose sus “chachas” (...) ⁸

La escena retratada en la imagen anterior y que vemos ampliada en la imagen n° 5 se nutre de colores abrojaleros en el sosiego de mujeres, niños y niñas en el espacio exterior. La severidad en absoluto aparenta ser el fuerte de estas mujeres, tal como indica Grimaud, pero sí la empatía comunitaria. Los niños, a pesar de estar descalzos, lucen “de punta en blanco” ante las cámaras fotográficas. Al borde izquierdo, una morena con vestimenta oscura y peinado recogido, curiosamente sin “chalón”, presenta a todas luces su condición de embarazo. A su izquierda, una niña que tapa su rostro por el sol de la tarde, de vestido blanco y cuello de volados, mira hacia la cámara. Ambas se muestran sonrientes, así como los niños que visten de chaqueta y pantalón blancos, a su izquierda. Uno se distingue por lucir sombrero. El otro por ocultar también sus ojos del sol. Hay una complicidad en los gestos y en las sonrisas, que resulta ajena y es imposible de escarbar.

En el centro de la composición, una mujer de espaldas al fotógrafo se ubica junto a otras dos con mantillas, sentadas en el suelo.

8 Grimaud, Azor (1967). La mujer. En “Ancua. Poemas de Córdoba”. 4° Ed. Córdoba. Córdor, p. 29-30.

Hacia delante y velados por la sombra, dos chiquillos, uno a la altura de la cintura de la que está de pie y otro que podría estar un poco más allá, se calza un sombrero con ambas manos. A la derecha, una niña pequeña, esquivo su rostro al fotógrafo, y deja ver el detalle de su cabello recogido y adornado con algunas pequeñas flores silvestres. La niña viste una blusa clara y falda oscura, a diferencia de las mujeres que usan faldas claras y plisadas, y pañuelos oscuros que les cubren sus rostros. La mujer del centro sería la única que deja ver el detalle de su mantón, evidentemente tejido en telar, de una guarda ancha y lineal, con la tradicional terminación en flecos.

*Imagen N°5: Detalle de Recuerdo de Córdoba,
República Argentina.*



*Fuente: Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados. Tarjeta
Postal, ca. 1905. (colección de la autora)*

Las imágenes que venimos observando fueron planteadas en el marco de la construcción del imaginario de nuestro país, para recordar tensiones y contrastes habidos entre modernidad y tradición. Un escenario orillero aparentemente pintoresco y costumbrista donde las barrancas sirven de balcón hacia una Córdoba del eterno ayer, y donde el único elemento de cambio sería el contenedor fotográfico.

Es cierto que, en igual período, las fotografías capturadas en la ciudad de Buenos Aires por la S.F.A.A., retrataron panorámicas donde la extensión de la ciudad era de nunca acabar.⁹ Abordaron también espacios públicos con hincapié en las nuevas edificaciones, en el contexto de plazas, calles, paseos y avenidas, y dando cuenta del progreso de la metrópoli con escenas mayoritariamente deliberadas y acicaladas. Sólo que, lo que aquí en Córdoba se retrató no fue una panorámica ni menos un espacio público al azar. Es un retrato inédito de El Abrojal, “un tema árido” al decir de Tell,¹⁰ que da lugar a los contrastes sociales a partir del precepto del progreso desde el telón urbano del corazón de Córdoba que se extiende a la periferia.

Esta misma idea emerge en el testimonio fotográfico publicado en el grupo “Paisajes de Güemes”, de la red social Facebook, donde se da cuenta del paso del trencito “decouville” en los altos del Pueblo Nuevo.¹¹ En éste puede observarse el mismo paisaje de contrastes,

9 Mirás, Marta (2013). *Imágenes del espacio público, Paisaje y Arquitectura*, Buenos Aires, Concentra, pp. 82, 83.

10 Respecto a las temáticas capturadas por la S.F.A.A., Verónica Tell (2017), *Ob. Cit.* escribe: “En general, el espectro era muy amplio, aunque, previsiblemente dejaba casi del todo afuera los retratos –el género comercial por excelencia– seguido por las vistas y las imágenes englobadas dentro del tópico contemporáneo de “tipos y costumbres”. También, al igual que la mayor parte de los fotógrafos de la época, los socios de la S.F.A.A., solían eludir los temas más áridos y menos atractivos como los conventillos, los barrios marginales, etc., lo cual se corresponde totalmente con los intereses de difusión de las imágenes y la posición social del grueso del grupo”, p. 3

11 El artículo fue publicado en la red social Facebook de nuestro equipo de investigación, bajo el título: “Un trencito por las barrancas de la Cañada” En línea: <https://www.facebook.com/groups/620288979042653/permalink/660659461672271/> [Consulta: mayo de 2023]. Éste refiere a la trochita que circulaba por Pueblo Nuevo, a cargo del industrial Don Pablo Cotenot. El decouville conectaba la pequeña estación de FFCC en Córdoba (donde hoy se alza la Nueva Estación de Ómnibus del Bicentenario), y las canteras ubicadas en Malagueño. Sabemos que accedía a Pueblo Nuevo, desde una derivación a la altura del apeadero “Arturo M. Bas” (hoy desaparecido) sobre la actual Av. Cruz Roja Argentina, tras solucionar un cruce por la Cañada de ubicación incierta. Una publicidad de la “Guía General de Córdoba”, Ed. Domenici (1901), ofrece cal de Malagueño y menciona el depósito ubicado en Pueblo Nuevo.

sumatoria de tradición y progreso, en vínculo a una línea de horizonte de campanarios, aunque en este caso fotografiado por Roberto Van Dyte vinculado al Observatorio Astronómico.¹²

Imagen N°6. Vista desde el Observatorio Astronómico



Fuente: Mág. Santiago Paolantonio. Fotografía de la Colección Observatorio Astronómico Córdoba, atribuida a Roberto Van Dyte, ca. 1910.

Si este tipo de visualidad estuvo claramente ceñida al discurso hegemónico nacional no sería porque Córdoba se dispusiera a la par de un modelo de naciones civilizadas como Francia e Inglaterra. En todo caso resultaba quizás que, en las tomas del 1900, las lecturas del

Se dice que en los primeros años del S. XX las tempestuosas crecientes del arroyo habrían puesto fin al sueño de esta trochita. Por ello fue necesario derribar el terraplén que permitía el cruce entre orillas, al poner en riesgo crítico a la población cordobesa.

12 Roberto H. Van Dyte, de origen inglés, fue astrofotógrafo del Observatorio Astronómico de Córdoba entre 1902 hasta 1909. Santiago Paolantonio menciona su retiro para ocuparse como fotógrafo social en Córdoba. Lo hallamos primeramente en Valparaíso (Chile) hacia 1894, como comerciante fotográfico y luego como empleado en los trabajos de construcción y complementarios de la línea férrea de Deán Funes a Laguna Paiva (Santa Fe) a partir de 1912.

Facundo siguen convocadas por los tiempos del Centenario Patrio, y endulzan el imaginario cordobés en los ojos extraños.

Las barrancas del Abrojal fueron también objeto de la mirada artística y poética. Fue en el contexto de las primeras obras de sistematización de la Cañada, 1944 a 1948, que los artistas cordobeses buscaron preservarlas. Fue en un tiempo donde las producciones fueron suscitadas a partir de “...las transformaciones del entorno, la transitoriedad del mundo, la inestabilidad de la experiencia ante las mutaciones...”¹³ donde Abrojal y Cañada se consideraron el centro de la convocatoria de la documentación artística, iluminados desde la prensa local.

“Las obras de sistematización del arroyo La Cañada, imbricaron en su realización cuestiones de orden tecnológico y sanitario con una serie de fenómenos socioculturales entre los que se cuentan conflictos políticos, disputas sociales y estrategias creativas (...). La Cañada representada en las pinturas y los grabados no es mero producto del impacto de la obra urbanística en el arte, antes bien, es la mediatizada participación artística en la demolición y posterior sistematización (en suma, la modernización) del paisaje urbano.”¹⁴

Azor Grimaud, entre otros, apeló durante estos años, a una conciencia social entre Centro y antiguo Abrojal, bajo etiquetas implícitas de “vencedores” y “vencidos” respectivamente, desatando a partir del advenimiento de la topadora, un ring pugilístico entre “civilización y barbarie”.

La vieja geografía es una fantasía...

El Abrojal de otrora, “Güemes” se llama ahora. De bravo gaucho altivo, tiene su apelativo.

¡El Centro lo ha vencido! Por eso ha consentido en deponer su enojo, herencia de abrojo, símbolo de vida,

13 Carolina Romano citada por Alderete, Ana (2017). “Las invasiones a La Cañada. Acciones colectivas de artistas en los tiempos de la sistematización.” Separata, II Época, N°20 “Arte moderno en Córdoba: exposiciones, circuitos y agrupaciones”. p. 43 En línea: https://drive.google.com/open?id=1P6Ysil-yhrBNw3Pb8P9dTR_plvCWmNOeB [Consulta: mayo de 2023].

14 Alderete, Ana (2017), Ob. Cit., p. 117.

que estuvo siempre herida allá en lo íntimo, adentro, por el lujoso “Centro”.¹⁵

Muchas de las representaciones plásticas de artistas cordobeses también apuntaban a reforzar -no al azar- la idea social de exclusión e inferioridad, descuido y pobreza del Abrojal, respecto de la Córdoba doctoral.

Imagen N°7. “El Abrojal” de Olympia Payer, Óleo sobre cartón, 1945.



Fuente: Portal del Museo Provincial de Artes Emilio Caraffa.

Artistas como Olympia Payer retomaron el imaginario del Abrojal a mediados de los años 40 antes de su desaparición. En esta escena, las barrancas se muestran sujetas desde el interior de un lote, en una evidente situación de abandono, a instancia de la expropiación, y previa a la llegada de la topadora. Allí se observan los bordes materializados de una arquitectura bajo preceptos de la tradición italiana, a diferencia de las pequeñas unidades interiores (tipo ranchos) de materialización espontánea.

15 Azor Grimaut citado por Ferrero, Roberto (1987). La mala vida en Córdoba, 1880-1935. Córdoba, Alción, p. 105.

Imagen N°8. “Caserío” de Alejandro Farina, Óleo sobre tela, s/f.
ca. 1950.



Fuente: Artnet.

Por su parte, el maestro Alejandro Farina representó a unas barrancas iluminadas y modeladas por el arenal de los tiempos, coincidente con el espacio de inserción de la arquitectura popular. De colores brillantes, anclados en diferentes ángulos y espacios, donde se asientan espontáneamente las viviendas, sin demasiada ostentación. Por ello mismo contrastan con el cubículo de claros y sobrios preceptos italianos, ubicado con buen temple, al pie de la barranca, en el llano, representando el contraste entre la herencia y la tradición.

El artista Nicasio aporta un grabado singular desde las barrancas cordobesas. En primer término, un elemento central, la yuca – mencionado también como agave americano –, sobre un fondo de barrancas y caserío popular, de la que se escribirá: “recia y a la vez delicada figura, mejor aun cuando florecía, la planta más decorativa de la barranca salitrosa (...) impertérrita a todas las inclemencias, firme siempre en su sitio”.¹⁶ Quizás esta flora opere como metáfora del habitante de las barrancas del Abrojal, en pugna con la centralidad y los valores de cambio que impulsan la dinámica ciudadana.

¹⁶ Grimaud, Azor. Motivos de Córdoba. La barranca y el alto. La Voz del Interior. 11/09/1947. p.6.

Imagen N°9. “La Barranca” de Alberto Nicasio, Xilografía, s/f. ca. 1950.



Fuente: *La Voz del Interior*, 11/09/1947, p.6.

En este contexto renace la oscura espesura de mitos y leyendas que los artistas y poetas se empeñaron en consolidar como memoria popular. Y bajo etiquetas tales como “mala vivienda” o “mala vida”, las actividades marginales que se dieran en estos espacios, desde la alta densidad de ranchos habidos entre las barrancas, se transformaron en melancólicos valores del ayer.

Imagen N°10. “Barranca de La Ramonita”, de Egidio Cerrito.



Fuente: Revista Continente, N.º 28-29, Buenos Aires, 1949.

En el caso del pintor Cerrito, su obra generó una atmósfera dorada y devocional con el efecto lumínico del atardecer, desde un sórdido valle de barrancas entre sombras. Una peregrina ubica una vela entre los mechinales ubicados al costado de la cruz, lugar que señalaba el último lecho de la mítica Ramonita.

Amortajada con greda,
muerta para el mundo ya,
hallaron a la Ramonita
más allá del “Abrojal”.

Quién apagó su existencia,
por locura, o por maldad,
no podrá olvidarla nunca
pues ella de vuelta está.

Hecha flor roja, su sangre,
a la barranca volvió,
y con velas y oraciones
el pueblo la consagró.

Un barrio mató el altar,
de Ramonita Moreno,
mas la devoción quedó
madurada en el recuerdo.¹⁷

Finalmente, exponemos el trabajo de Martínez Riadigós, quien transmite contrastes entre barrancas y cemento. Madre e hija van de la mano hacia un espacio y tiempo inciertos, anteceditas por un perro, preludiadas por una yuca en flor.

Imagen N°11. “Homenaje 400 años de Córdoba” de Manuel Martínez Riádigos. Xilografía, 1973.



Fuente: CON.ar

17 Grimaud, Azor (1967). “Ramonita Moreno”. Ancia. Poemas de Córdoba. 4ta ed. Córdoba. Editorial Cóndor, p.165.

En la madurez del Pueblo Güemes, se siguen reiterando condiciones para la búsqueda de un borramiento de aquellos modos de residencia/convivencia precaria, encubriendo problemas de vivienda y de permanencia/ residencia. Un pasado nostálgico que se ha seguido explotando y transformando según la lógica del sistema capitalista: en manos privadas y casi sin regulaciones.

Observemos, nuevamente, la Cañada, ese arroyo que trazaba varias curvas. En 1927, en un paso próximo a la avenida Vélez Sársfield y la actual Pueyrredón, la Cañada se lucía tal como en la foto que sigue, sin tapujos, ni censuras. De un lado del arroyo, una alta barranca contenía el agua que pegaba en la curva, y que arremetía con fuerza en las crecidas. Del otro lado, se destacaba el cerco construido con postes y pencas que rodeaba una casa baja y blanqueada.

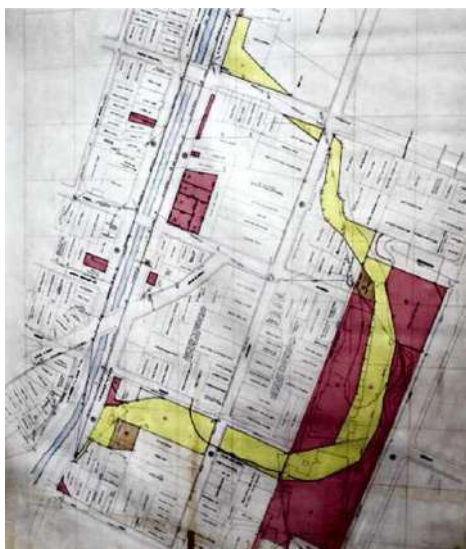
Imagen N°12. El arroyo la Cañada antes de su sistematización



*Fuente: Plan Regulador y de Extensión de la ciudad de Córdoba,
Benito J. Carrasco, 1927. Facultad de Arquitectura,
Urbanismo y Diseño, U.N.C.*

En la década de 1940 la obra de la sistematización de La Cañada desvió este cauce para enderezarlo desde la altura de Av. Julio A. Roca hacia el río. La ubicó dentro de un canal de hormigón abierto y trazó avenidas a sus costados. De este modo, el cauce de agua de la foto se secó, aunque en cada lluvia importante “pareciera que quiere volver”, según algunos vecinos, como recordando su recorrido de antaño...

Imagen N°13. Detalle de levantamiento topográfico catastral de terrenos fiscales en el antiguo cauce de La Cañada, 1955.



Fuente: Archivo de la Dirección General de Catastro de la Provincia de Córdoba.

Con el tiempo el viejo cauce curvo fue rellenado y se colmó de casas, familias, senderos y árboles; y el sector comenzó a ser llamado “El Pocito”. Del otro lado, en la trayectoria del actual eje Estrada/ Pueyrredón, más barrancas, y la denominada “Ciudad Perdida”, un ámbito de juegos infantiles que algunos vecinos recuerdan:

“Pina: Todo eso eran barrancas... bueno acá arriba donde está el Palacio [de Justicia II], ahí era una quinta, la de las Obras Sanitarias de la Nación. Bueno, ahí, había caseros y de ahí ellos tenían plantaciones (...)”

Vivi: Eran bordos, bordos grandes. De abajo subía y subía hasta arriba y que estaba Obras Sanitarias y estaban las casas esas. Después estaba el cañaveral, ese que estaba ahí, casi llegando a la Pueyrredón, ahí entre la villa...¿te acordás que ahí había una cancha que era de Obras Sanitarias? Y ahí jugábamos y todo...

Pina: Y después de acá se llamaba “la Ciudad Perdida”... Por la orillita venías del barrio Observatorio para llegar a Güemes y tenías que pasar por la orillita. Apenas pasabas vos por ahí, esa era “Ciudad Perdida”, había mucha gente, de todo, viste, vos te metías por un huequito, una casita, otro huequito, otra casita, entonces muchas veces nosotros por no ir hasta Pueyrredón subíamos por ahí, te acordás y salíamos a la iglesia que había ahí.”¹⁸

En las últimas décadas del siglo pasado, el barrio experimentó importantes transformaciones. Los ensanchamientos y las aperturas viales generaron cambios profundos en el paisaje urbano, la transmutación de sus recursos naturales, la distensión de la vida comunitaria y organizacional de sus pobladores.

Los primeros signos de resistencia contra este accionar acontecieron durante las aperturas viales necesarias para descomprimir los vínculos con el oeste del centro de la ciudad. Tal fue el caso de la nivelación para la extensión del bulevar San Juan a mediados de la década de 1950:

“Cuando la primera excavadora llegó, yo pasaba horas mirando hipnotizado el brazo articulado de la máquina en cuyo extremo la pala recolectora, con sus enormes dientes de metal, recogía la tierra y la volcaba en un camión. En poco tiempo, la barranca se había reducido. Después llegaron los obreros con sus picos y palas y comenzaron la demolición de las viviendas. El proyectado bulevar necesitaba abrirse paso, y las casas eran un obstáculo. Lo primero que cayó fue la casa de don Alberto y la iglesia Nuestra Señora de las Nieves; continuaron la de los Moyano, la de los Murúa y todas las demás. Los obreros tuvieron que enfrentar las amenazas de los malevos que se resistían

18 Entrevista a Josefina Lucero (Pina) y Viviana Tolosa. Casa Pueblo Güemes, 18/07/2017.

a abandonar el barrio, las chicas insultaban a los trabajadores o los invitaban a pasar a las viviendas con la intención de retrasar los trabajos, pero todo fue inútil: no pudieron evitar que las casas cayeran y debieron buscar nuevos lugares para sus actividades y las chicas, otros puntos donde trabajar.”¹⁹

19 Montibello, Eduardo “Obras, bailes y compadritos en barrio Güemes”. La Voz del Interior. 26/02/2022. En línea: <https://www.lavoz.com.ar/opinion/obras-bailes-y-compadritos-en-barrio-guemes/> [Consulta: mayo de 2023].



10. MEMORIAS

Aromas y sonidos

Por Héctor Luis Tiraboschi¹

Lalo –Héctor Luis Tiraboschi– nació en 1940 en barrio Observatorio y hoy vive junto a su esposa Catalina Montenegro en barrio Güemes. Si bien este cambio de residencia sugeriría barrialidades distintas, las memorias revelan entrecruzamientos y huellas de un mismo recorrido. En los paisajes barriales se entretajan lugares, olores, sonidos y actividades en común; las fronteras se tornan difusas y se profundizan los vínculos. Así, compartir las barrancas, las orillas de La Cañada, las experiencias de marginalidad y organización vecinal, recorren las memorias de los vecinos/as de este sector. Personas de barrios próximos y distantes utilizaban los Baños Públicos de Güemes; concurrían a divertirse a los clubes de Bella Vista, Güemes y Observatorio; o transitaban entre diferentes escuelas de la zona, compartiendo en su ir y venir perfumes y sonidos como los que aquí Lalo nos describe.

Me críe en una familia de inmigrantes italianos. No sé si viene al caso, pero quedé huérfano de madre a los 4 años. Me siguieron criando las tías, hermanas de mi madre, los nonos gringos y todos los tíos hermanos de mi padre. Siempre bajo los cuidados y detalles de los abuelos maternos y paternos.

Los juguetes que usábamos de chicos eran muy simples, hechos con las manos de mi viejo y los tíos; por ejemplo, un carrito de madera con cuatro ruedas de madera, de cajones de verdulería. Más grande, cuando caminaba trastabillando, me ponían en el suelo de la galería sobre un pellón de oveja. De sonajero eran unas cajas de pomada de zapatos, con unos aceritos de rulemanes, bien cerrada y

¹ Todos los días, el “Lalo” Tiraboschi nos confirma que la juventud no se mide por los años sino por la manera en que se elige caminar la vida. Tiene la capacidad de detener el reloj y estudiar todo lo que se le presente. Cuando sale de su casa con la excusa de pasear, se detiene en esas angostas veredas siempre dispuesto a dar una mano. Pareciera que mientras va caminando, va tarareando con Serrat “vecino/a no hay barrio, se hace barrio al andar”.

soldada con estaño, forrada con un tejido que hacía la nona, porque a esa edad uno lleva todo a la boca y se puede lastimar. Más tarde, a los 5 años, daba vuelta la casa patas para arriba. Después, venía la salida a la puerta de calle, a ver pasar los vecinos.

No había muros, solo eran simples tejidos de alambre en forma de rombo y los tapaba una hermosa planta de siempre verde, he aquí mi primer recuerdo de los olores que se esparcían por todo el ambiente, justo en tiempo de primavera. Más perfumes: de las rosas, azares, de los citrus, jazmines, de las frutas que teníamos en los árboles de naranjo, limones, granada, uva del tipo frambua, traídas las cepas de Italia (los nonos eran de Bérgamo, que está en la región de Lombar-día), cuando la fruta está madura y tiene ese perfume muy particular. El olor a pan casero, recién sacado del horno, nunca lo voy a olvidar.

A los 8 años empecé a ir al Colegio Nacional N° 177, que tenía entrada por la calle Laprida 973 y la salida por pasaje Rector hoy Achával Rodríguez, frente a mi casa. Después, nos juntábamos todos los chicos de la misma edad, en diferentes grupos. Los más grandes, adolescentes y casi mozos no nos dejaban juntar con ellos, dado que éramos más chicos. Éstos más grandes fumaban y el olor a humo que emanaban también lo tengo registrado.

También fui alumno del colegio Salesiano, como alumno externo, más o menos a los 13 años, de allí tengo el sentido del olfato de perfume de incienso. Los sábados, catecismo, cine, Flash Gordon en capítulos; después, a jugar a la pelota en los patios y en las meriendas nos daban unos sandwichs de pan francés y mortadela, olores que nunca se olvidarán. En el barrio Observatorio, calle Laprida al 1000 y pico -hoy, una placita- funcionaban los hornos donde quemaban la basura, ese sí que era un olor no muy lindo y más cuando había viento norte; a levantar toda la ropa lavada tendida porque si no se impregnaba de ceniza y ese olor nada agradable.

Otros sonidos... Desde que tengo uso de razón, los cantos de los pájaros. Mi nono tenía una gran pajarera en la que habitaban canarios y yo de chico podía entrar por la puerta posterior y limpiaba la jaula. Los canarios nos conocían y era un gorgoreo, le cambiaba el agua dos veces por día, se daban un chapuzón, y la comida y el agua para beber ya la tenían separada. El timbre de la bici, la campana de la iglesia de Santo Cristo, las ovaciones cuando alentábamos a los

que jugaban al básquet en el centro de fomento de barrio Observatorio. En los carnavales, las bullas que hacían las murgas. El silbato de la policía cuando nos veía pelear, las risas de los cuentos que se contaban. La propalación que anunciaba algún acontecimiento. Los ruidos espeluznantes de los aviones cuando pasaban a poca altura. El “pla-pla” cuando pasaban los caballos, en especial los percherones de la muni que tiraban los chatones de cuatro ruedas con la basura; y el ruido que escuchábamos cuando caían piedras, y la lluvia. En las fiestas patrias tocaba la fanfarria la banda de aeronáutica, en la esquina de Mariano Moreno y Laprida.

Hoy es común y casi molesto escuchar los decibeles altísimos que emiten los modernos motores a explosión de autos y motos. Antes, se escuchaban muy de vez en cuando esos ruidos. El más conocido por todos era el “bondi”, aparte del chillido de los frenos, la corneta que tocaba en las bocacalles, o cuando pasaba alguna dama agraciada.



11. Habitar las calles

Por Cecilia Moreyra¹

Frente a la pregunta ¿qué es un barrio?, Pierre Mayol propone pensar en “un trozo de ciudad que atraviesa un límite que distingue el espacio privado del espacio público: es lo que resulta de un andar, de la sucesión de pasos sobre una calle, poco a poco expresada por su vínculo orgánico con la vivienda”.² En este fluir entre casa, barrio y ciudad, las calles devienen espacios relacionales que vinculan espacio privado y espacio público, elementos que dejan de ser excluyentes para adquirir significado uno en el otro. En las páginas que siguen transitaremos por calles de barrio Güemes, atendiendo a tres registros: las maneras de moverse por calles cuyas características (subidas, bajadas, cortadas) imprimían rasgos específicos al andar por el barrio; las formas de habitar esas calles, apropiarse de ese espacio “entre” el adentro y el afuera y, finalmente, las transformaciones materiales de algunas de esas calles, con el consiguiente impacto en el paisaje barrial, esto es, el avance sobre, o ajuste a, subidas, bajadas, huecos, barrancas, cursos de agua o edificaciones.

La accidentada y heterogénea topografía de barrio Güemes –con su Cañada trazando curvas y contracurvas, sus barrancas conteniendo a, y siendo erosionadas por, el curso de agua y las subidas y bajadas– producía maneras específicas de moverse por la zona. Para llegar de un lugar a otro se debía, acaso, cruzar el arroyo o subir una cuesta o bien, rodear una barranca. Pina, vecina de Güemes, recuerda que, para llegar al barrio desde Observatorio, “tenías que pasar por la orillita” pues la Pueyrredón “no era calle, era un hueco”.³ Así, se echaba mano del ingenio para acortar caminos, lo que implicaba

1 Historiadora. Investigadora en el CIECS (CONICET) y Docente en la FFyH, UNC. Interesada en los universos cotidianos del pasado, en las casas y sus cosas.

2 Mayol, Pierre (2006) “Habitar” en De Certeau, Michele; Girad, Luce y Mayol, Pierre, *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México, Universidad Iberoamericana, p. 9

3 Entrevista a Josefina Lucero, Casa Pueblo Güemes, 18/07/2017.

subir, bajar, rodear, cruzar cercos, entrar y salir de diversos lugares. Por mucho tiempo, las calles del barrio se acomodaron a ese relieve adquiriendo formas irregulares, con curvas y cortadas, claro contraste con la cuadrícula de la traza fundacional de la ciudad.

En la imagen que sigue –fotografía tomada en 1944– dos niños, cuyos guardapolvos blancos evidencian que se encuentran camino a, o desde, la escuela, transitan a pie por una calle de tierra que, trazando curvas y contracurvas, desciende de una parte alta del barrio hacia un puente de piedra y sin parapeto que cruza la Cañada. En su trayecto los niños, que se dirigen de Oeste a Este por la calle Laprida hacia la Cañada, esquivaron alguna que otra zanja que se formaba cuando el agua de lluvia descendía rápidamente por la calle en pendiente.

Imagen N°1. Niños caminando por calle Laprida hacia la Cañada



Fuente: Tristán Paz Casas, 1944 (reproducida en Barbieri y Boixadós, 2005, El cauce Viejo de La Cañada, p. 33)

En cuanto a calles empinadas, la siguiente fotografía –que data del mismo año que la anterior– registra el puente de la calle Montevideo que cruzaba la Cañada. Distinguimos esas subidas/bajadas que conforman el barrio, recorridas así por personas que van caminando como por automóviles y caballos. Tal diferencia de altura en la calle impuso la construcción de escaleras en las veredas. La casa de la izquierda, próxima al arroyo, testimonia, con la marca de la pared, el nivel alcanzado por el agua durante las inundaciones pasadas.

Imagen N°2. Puente de la calle Montevideo



Fuente: Tristán Paz Casas, 1944 (reproducida en Barbieri y Boixadós, 2005, El cauce Viejo de La Cañada, p. 39)

Pero una calle, con sus subidas, bajadas y curvas; una vereda, escalonada y angosta como la de la fotografía, o bien, un camino más bien “pragmático”, trazado a fuerza del paso constante de la gente, no eran apenas lugares de “tránsito”, medios para llegar a determinado sitio. Las calles de Güemes fueron parte constitutiva de la vida cotidiana, extensión del espacio doméstico, lugar de juegos, festejos, compras y ventas, charlas y comidas. “Los niños jugábamos en las calles, muchas de tierra por largos años” recuerda María Cristina Amaya, quien vivió en barrio Güemes entre 1947 y 1967. Así en las ca-

lles como en los sitios baldíos –en los que, señala María Cristina “no había riesgos”– los niños y niñas remontaban barriletes, jugaban a las bolitas, a la mancha, a las escondidas, andaban en bicicleta o triciclo y trepaban a los árboles. Para la época del carnaval, el agua se volvía protagonista de los juegos: “las mangueras puestas en las canillas de los jardines, más los baldes u otros recipientes [...] terminábamos empapados y felices”. Aquellas diversiones podían derivar en “raspones y moretones” y “rodillas siempre lastimadas y rojas”, lesiones que, sin embargo, no empañaban “la alegría dibujada en los rostros” y “la felicidad del juego compartido”.

Mientras los más chicos jugaban, las veredas eran escenario de conversaciones y mates que compartían “las señoras [...] esperando la llegada de los padres desde el trabajo”⁴. Cristina Ramb, por su parte, también vecina de Güemes, nos pinta un escenario para recorrer con todos los sentidos: es verano, hace mucho calor, enero es sofocante, es necesario regar veredas y patios. Después de la siesta, salen los vecinos a la vereda “a tomar unos mates, a chusmear a los de al lado, a disfrutar el fresquito”. De “la verdulería del Gallego, de la calle Perú”, salía un penetrante aroma a duraznos y ananás –olor a “frutas de verdad”, añade Cristina– que anunciaba, acaso, un clericó o una ensalada de frutas.⁵

Por su parte, el habitar la calle de Domingo y sus amigos, allá por la década de 1940, suponía un discurrir entre la calle, el arroyo y las barrancas “pasando la calle Bolívar” o en la calle “Vélez Sarsfield más arriba” y “Nueva Córdoba”, zonas evocadas como “todo barranca”. Tales escenarios, que fluían entre la ciudad y el monte, admitían juegos como “los pistoleros” o “juntar yuyos para San Pedro, San Pablo”; más aún, agrega Domingo: “andábamos alzando batatas, pescábamos en el río, en la Cañada, nos veníamos abajo del puente de la calle Belgrano y Fructuoso Rivera y nos bañábamos y comíamos pescados [...] el agua era limpia, no había basura, no como ahora”.⁶

4 Relato de María Cristina Amaya, vecina de barrio Güemes, marzo de 2022.

5 “Cuando Güemes no era cheto”, relato de Cristina Ramb, vecina de barrio Güemes. Año 2022

6 Entrevista a Domingo Argel, Casa Pueblo Güemes, año 2018.

La imagen que sigue revela un grupo de seis niños acomodados en la vereda de la calle San Luis, sobre la entrada de un negocio alejado a una herrería. La actitud corporal de los jóvenes es distendida, algunos sentados, otros parados, bien pueden estar conversando, riendo o prontos a iniciar un juego, lo cierto es que simplemente “están”, habitan la calle. La fotografía muestra, asimismo, el marcado desnivel en la calle que, desde la perspectiva del fotógrafo, baja de manera más o menos abrupta y luego sube en una empinada cuesta, el puente que cruza la Cañada está en la parte más baja de la calle, escondida a nuestros ojos.

Imagen N°3. Vista de la calle San Luis esquina Belgrano



Fuente: Tristán Paz Casas, 1944 (reproducida en Barbieri y Boixadós, 2005, El cauce Viejo de La Cañada, p. 35)

Las calles de Güemes eran, también, ámbitos comerciales por excelencia. Con ello nos referimos no solo a los negocios que poblaban la emblemática calle Belgrano, sino a la circulación constante de

vendedores de los más diversos productos, por muchas de las calles del barrio. Estos comerciantes ambulantes llevaban en sus carros la mercadería para vender y se anunciaban con algún elemento sonoro o, directamente, dejaban sus productos en las casas de quienes ya habían acordado la compra. Pina, antigua vecina de Güemes, compone una extensa lista de vendedores ambulantes que circulaban por el barrio, nómina encabezada por el lechero junto a sus vacas: “venía la vaca, entonces vos ya sabías, vos salías, yo tenía un hervidor de dos litros”. Los rubros comerciales eran variados: “pasaba el que vendía praliné”; “pasaba el heladero Laponia”; “el turco que traía telas”, “el panadero venía, Márquez, el de la jardinera, paraba ahí en la puerta [...] el venía y entraba, no había nadie antes [...] entraba y me dejaba el pan en la mesa de la cocina”; “el turco [Elías] que venía con los canastos y vendía peines, agujas, todo”.⁷ Por su parte, otra vecina, que vivía en una casa que daba a una vereda muy ancha, recuerda que esa amplitud era elegida por los vendedores para detenerse y ofrecer su mercadería: “en ese veredón que era tan ancho se paraba el carnicero, se paraba el aguatero, se paraba el que traía la soda, el que traía el hielo, la vieja que vendía las achuras”⁸.

El siguiente diálogo entre dos vecinos del barrio construye, asimismo, una imagen de quienes transitaban el barrio vendiendo sus productos, en este caso, el lechero:

“Pocholo: ¿Que oficio tenía “el viejo Pelatia”? Antes era lechero y vendía leche en la jardinera y un primo mío trabajaba con él, a domicilio iba con el caballito con los tachos tenía un jarro y sacaba de a un litro

Manuel: ¿quién era este que vendía leche a pie de la vaca?

Pocholo: Acá en la calle Laprida y entraba por Arturo M Bas y ahí está el tambo...

Manuel: y sacaba la vaca y vendía la leche a pie de la vaca

Mauricio: Parece que han pasado cien años y no hace tanto.”

⁷ Entrevista a Josefina Lucero, Casa Pueblo Güemes, 18/07/2017.

⁸ Entrevista a vecinas de Barrio Güemes, Taller de Historia Oral Barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 16/06/04.

Que las calles eran habitadas por grandes y chicos y devenían escenario de la vida cotidiana lo resume Miguel en una frase que describe la calle Pasaje Escuti entre Av. Pueyrredón y Fructuoso Rivera: “era como nuestro patio”. Cuando recorremos esas calles, Miguel recuerda y señala las casas de esa cuadra y nombra a cada uno de los vecinos que allí vivieron.⁹ El pasaje como un patio, un lugar para permanecer largo rato, jugar, charlar, alude a un lugar abierto e íntimo a la vez, donde los límites público/privado; adentro/afuera se tensionan y fusionan. Se trata de una prolongación de un adentro, y es allí donde se efectúa la apropiación del espacio urbano.¹⁰ Ubicado al oeste de la Cañada, antigua zona del “Abrojal”, el pasaje Escuti sigue siendo, en la actualidad, una calle angosta que vincula otras calles del barrio que tienen alto movimiento de peatones y automóviles. Ese espacio “entre” calles que ocupa Escuti mantiene un ambiente más bien tranquilo, con menor circulación de vehículos y personas y, con ello, menos ruido, que otros sectores del barrio. La siguiente fotografía nos descubre dicha calle, la que vemos con algunos autos estacionados, mas ninguno circulando, casas que repiten la estética de los sectores del barrio menos intervenidos por las políticas de “embellecimiento estratégico”. Se trata, como se observa, de casas de una sola planta sin retiro de frente. Estas edificaciones no fueron reformadas para oficiar de tiendas o restaurantes, tampoco fueron demolidas para dar lugar a edificios de altura como sí es visible en otras calles de Güemes.

9 Graciela Tedesco, Diario de campo, marzo de 2022.

10 Aquí nos apoyamos en la propuesta de Pierre Mayol (2006), Ob. Cit., p. 10

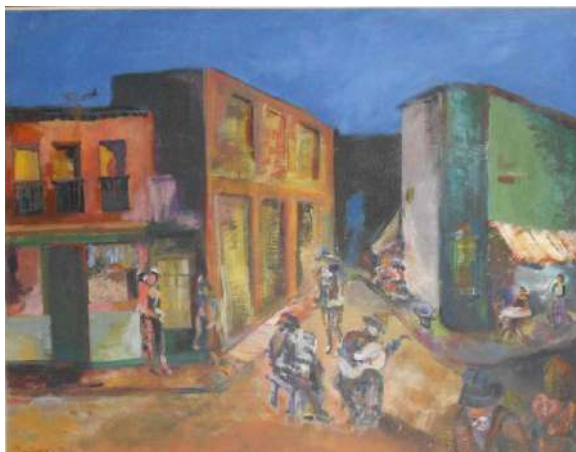
Imagen N°4. Pasaje Escuti



Fuente: fotografía de Graciela Tedesco, marzo 2022

Las memorias compartidas por vecinos del barrio y algunas de las fotografías revisadas nos descubrieron calles y veredas como “patios”, como extensiones del espacio doméstico, escenarios de juegos infantiles, por un lado, y circulación de charlas y mates de los más grandes, por otro. Mas aún fueron esas mismas calles el marco material de la nocturnidad de Güemes, de otros encuentros con música, bebidas, otros juegos, y también peleas. La artista y vecina del barrio, Catalina Montenegro, retrató el famoso sitio “Cinco esquinas” con personajes de otrora que, según recuerda la autora, se daban cita en Güemes bajo el clima de la noche y el tango. La imagen nos descubre algunos músicos, mesas de bar, mujeres con ropas sencillas y otras más engalanadas. El título del cuadro bien expresa esa idea de la calle como espacio compartido, vivido, ese “patio” de grandes y chicos: “La calle de nadie y de todos”.

Imagen N°5. “La calle de nadie y de todos” de Catalina Montenegro, óleo, 1990.



Fuente: Gentileza de la autora.

Las calles de Güemes fueron también lugar de celebraciones diversas, tal, por ejemplo, las fiestas patrias, cuando pasaban por la calle Belgrano “los paisanos a caballo vestidos con toda su gala de gauchos”¹¹ y el carnaval que, con sus disfraces y personajes, sus cantos y payadas, constituía todo un acontecimiento. Entre los disfrazados, ciertos rasgos expresaban diferencias sociales, pues “no todos eran del mismo nivel, era una cuestión de dinero porque para disfrazarse de indio había que comprar unas plumas largas [...] teñirlas durante todo el año”.¹² Además de “los indios” que conformaban las diferentes comparsas, estaban “el cocoliche”, “el payador criollo” “el conde”, pero era el de “diablo”, uno de los roles centrales del festejo. El diablo llevaba “corona, espejo, cascabeles en la punta de las capas,

11 Entrevista a Simón Dahbar, Taller de Historia Oral Barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 17/05/04

12 “Identidad Barrio Güemes”, 6° encuentro, Casa Pueblo Güemes, 01/11/2013.

hacía ruido al caminar al compás, un hermoso ruido”¹³. Acompañaba aquel atuendo una actitud intimidante, pues, en definitiva, el diablo “significaba el mal, la gente quería verlo muerto”, derrotado en la batalla de versos que se dirimía entre payada y payada en una calle regada de “serpentina y papel picado”. Por estos caminos transcurrían también otros enfrentamientos menos teatralizados en los que la gente se arrojaba agua con baldes y, más adelante, bombitas de agua. Así lo recuerdan vecinos del barrio: “se jugaba en familia en el barrio, sin ningún tipo de distinción, es como si uno estuviera tomando mate en la puerta de su casa y le tiraban un jarro con agua y absolutamente nadie se enojaba”,¹⁴ una manera de expresar sentires varios, una forma de comunicación y, acaso, descarga. Al concierto de personajes de gauchos, indios “apache” y diablo (que había en cada comparsa), se sumaba otros más sencillos “el disfraz de loco”, por ejemplo, quien llevaba “un saco con papeles de color, un hacha cruzada”. Este último, sin embargo, no jugaba un rol específico en los enfrentamientos verbales (y, a veces, físicos) que protagonizaban indios y diablos, sino, más bien, “acompañaba”.¹⁵

El tercer registro desde el cual pensamos las calles de Güemes se vincula a las materialidades de esas vías de tránsito y sus transformaciones. Que la calle sea de tierra, piedra o asfalto, angosta o ancha, que tenga pendiente o no, que tenga cortadas y curvas, que la atravesase un curso de agua, que tenga más o menos vegetación, afecta las maneras de habitar, de transitar y de vivir el barrio, del mismo modo que las personas y grupos sociales intervienen en esa materialidad y la transforman, lo que, a su vez, produce otras experiencias en el habitar las calles.

Revisemos aquella fotografía de los niños camino a la escuela: la calle es de tierra, tiene pozos y surcos provocados por la lluvia. Las memorias locales recuperan la práctica cotidiana de regar la calle para aplacar el polvo y refrescar el ambiente durante el verano,

13 “Pueblo Güemes resiste” texto sobre los carnavales en Pueblo Güemes, Arq. Mauricio Di Gianantonio, Archivo de Casa Pueblo Güemes

14 “Identidad Barrio Güemes”, 6° encuentro, Casa Pueblo Güemes, 01/11/2013

15 “Pueblo Güemes resiste” texto sobre los carnavales en Pueblo Güemes, Arq. Mauricio Di Gianantonio, Archivo de Casa Pueblo Güemes

así como también se recuerda que, durante los juegos del carnaval (arrojarse agua), esas calles devenían en extensiones de barro. Con el tiempo algunas calles se empedraron, más tarde se asfaltaron, también se ensancharon algunas y se extendieron otras. Cada modificación material trajo aparejadas transformaciones en las maneras de transitar y en los ruidos y silencios de algunas zonas.

Bien señalamos que las calles de barrio Güemes se amoldaron, en parte, a la topografía irregular de la zona, adquiriendo siluetas curvas con cortadas, subidas y bajadas. Pero los proyectos urbanizados de la segunda mitad del siglo XX transformaron algunos trazados avanzando sobre construcciones, barrancas y arroyos para dar paso a calles y avenidas asfaltadas y más amplias que vendrían a agilizar la circulación por la zona y dinamizar el ingreso a la ciudad por el Sudoeste. Este es el caso de la “bajada San Roque”, actual Av. Julio A. Roca, que fuera vía de acceso de carretas primero, luego jardineiras, carros y, más tarde, tranvías, colectivos y autos que llegaban a la ciudad desde el sudoeste de la provincia. En esa época, hace más de 60 años, la bajada San Roque era, según recuerda una vecina de la zona,¹⁶ simplemente un camino, no tenía vereda. Por allí se solía pasear: “las chicas caminábamos del brazo, cuatro, cinco chicas de un lado y del otro los muchachos”. Escenario que contrasta con un después: cuando el camino se convierte en “avenida”, se ensancha y asfalta. En la siguiente fotografía, de 1927, una jardinera baja por las curvas del Camino San Roque rumbo al cruce del arroyo la Cañada. Desde el ángulo del que fue tomada la fotografía se observa el paisaje agreste por el que viene transitando la jardinera en contraste con el fondo, hacia donde se dirige el vehículo, donde se divisan las edificaciones urbanas.

16 Entrevista a una vecina. Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 31/05/2004

Imagen N°6. Camino San Roque



Fuente: Plan Regulador y de Extensión de la ciudad de Córdoba, Benito J. Carrasco, 1927. Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño, U.N.C.

Otra de las calles que experimentó transformaciones notorias es la actual Av. Pueyrredón, la que hasta fines de la década de 1960 era una calle que terminaba en la Av. Vélez Sarsfield.¹⁷ Desde allí, hacia el oeste, el terreno se encontraba poblado de casas y ranchos. Por aquellos años se decidió transformar la calle en avenida, es decir, ensancharla y darle continuidad para empalmarla con el camino a Carlos Paz. Ello significó dar prioridad al tránsito vehicular, transformando no solo la fisonomía del barrio, sino también las maneras de circular por este, aumentando a su vez, el movimiento de automóviles y personas y, con ello, alterando los silencios y ruidos del

¹⁷ En fotos aéreas de Catastro de la Ciudad de Córdoba observamos que hacia 1965 la calle Pueyrredón, que concluía en Av. Vélez Sarsfield, comenzaba a ser intervenida, esto es, a demolerse algunas edificaciones para dar continuidad a dicha vía hacia el oeste. En foto aérea de 1970 ya observamos que se dio apertura a la avenida en la primera cuadra entre Av. Vélez Sarsfield y Belgrano.

lugar. Asimismo, se expropiaron y demolieron las viviendas por las que debía pasar la nueva avenida y los habitantes de esa zona fueron obligados a mudarse.¹⁸ Las obras viales también avanzaron sobre algunos edificios instituciones, por ejemplo, la Comisaría Décima, que fue demolida al igual que el antiguo Club All Boys, ubicado en el sitio esquina en el que se cruzaban el camino por el que debía pasar la avenida en intersección con la calle Bolívar. Estas intervenciones urbanizadoras que transformaron parte del paisaje del barrio constituyen hitos temporales a partir de los cuales se sitúan las narraciones de los vecinos quienes ubican temporalmente determinado evento señalando aquella época de cambios viales: “cuando asfaltaron la calle” o cuando “arreglaron la Pueyrredón”.¹⁹

Un antiguo vecino de Güemes recuerda otra etapa de la apertura de la avenida: estaba “interrumpida” por una cuadra –entre Arturo M. Bas y Bolívar– donde había una barranca, un “pozo” con ranchos.²⁰ Las transformaciones materiales como la construcción de la avenida, comportó el avance sobre esa topografía irregular a la que se habían amoldado las viviendas que, en el caso señalado, se levantaron dentro de la propia barranca. Así, al extenderse la Avenida Pueyrredón se “rellenó” ese pozo, desplazando a las familias que allí vivían. La siguiente es una imagen aérea tomada en 1960 en la que podemos ver, señalada con una línea blanca la avenida Pueyrredón que se extiende entre la plaza España (círculo en el margen derecho de la imagen) y la Av. Vélez Sarsfield. En ese punto –señalado por la flecha– comenzarían las obras de apertura de la avenida avanzando sobre las edificaciones que se observan en la foto, la mayoría de ellas, viviendas. Tales obras arrasarían, más adelante, con aquella barranca poblada de ranchos que refiere el vecino.

18 Domingo Argel, vecino de Barrio Güemes, recuerda: “la voltearon a mi casa para hacer la calle Pueyrredón [...] estaba la [comisaría] décima también, al lado de mi casa estaba la décima, voltearon todas esas cosas para continuar la avenida” Entrevista a Domingo Argel, Casa Pueblo Güemes, año 2018.

19 Entrevista a Josefina Lucero, 18/07/2017, Casa Pueblo Güemes

20 “Identidad Barrio Güemes” Entrevista colectiva a vecinos de Barrio Güemes, 26/07/13, Casa Pueblo Güemes.

Imagen N°7. Imagen aérea de barrio Güemes y alrededores



Fuente: Catastro de la Provincia de Córdoba, 1960

El límite norte de Güemes –si nos remitimos a la delimitación oficial del barrio– que lo separa del centro es el Bv. San Juan, una de las arterias principales de la ciudad que desde mediados del siglo XX experimentó transformaciones comparables a las de la Av. Pueyrredón. En parte de su trazado la superficie de la calle mutó de tierra a asfalto, a la vez que fue ensanchada, por tramos, para facilitar el tránsito y la circulación. Ello implicó la demolición de varias edificaciones, la expulsión de sus habitantes y la consiguiente modificación del paisaje barrial. El periódico *La Voz del Interior* refería a este proceso de transformación urbana como “la muerte de la calle San Juan”, evento que traía aparejada la supresión un espacio tradicional de la ciudad como lo fuera “El Abrojal” y, con éste, un heterogéneo conjunto de personajes populares del barrio.²¹

Para vislumbrar estas transformaciones materiales reparemos en una fotografía que data de 1927, es decir, antes de las obras de ensanche y apertura de la calle San Juan.

²¹ “Un buen poco de tradición se va con la muerte de la Calle San Juan”, *La Voz del Interior*, 03/06/1955

Imagen N°8. Colegio del Niño Dios visto desde Plaza Vélez Sarsfield



Fuente: Plan Regulador y de Extensión de la ciudad de Córdoba, Benito J. Carrasco, 1927. Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño, U.N.C.

La imagen fue tomada desde la que fuera la Plaza Vélez Sarsfield, sobre la avenida del mismo nombre, hacia el oeste. A la derecha se observa la calle San Juan. Si seguimos con la mirada el curso de esta vía, se cruza, en el fondo, con la calle Belgrano y la Cañada, mientras, de frente observamos el Colegio del Niño Dios con su capilla a la derecha, de la que asoman sus torres campanario. Colegio y capilla fueron demolidos durante las obras de apertura de la calle San Juan efectuadas a los fines de dar continuidad al amplio boulevard que, como se observa a continuación desde una perspectiva más amplia, culminaba en la plaza Vélez Sarsfield para toparse, luego, con el referido colegio y capilla que interrumpían su curso.

Imagen N°9. Vista aérea de Plaza Vélez Sarsfield



Fuente: Foto álbum “Córdoba 1927”, A. Syddall

El proceso de urbanización y modernización en el que se enmarca el trazado, apertura y ampliación de avenidas y bulevares con la consiguiente demolición de algunas edificaciones, implicó, para la zona de la calle/ Bv. San Juan un avance del centro urbano sobre espacios, hasta ese momento periféricos, como El Abrojal. La consiguiente transformación del paisaje urbano es puesta de manifiesto a la vez que celebrada por el periódico *La Voz del Interior*, que señala el evidente “mejoramiento de todo el sector involucrado [...] que ha cobrado un nuevo ritmo de vida donde se ven aparecer en lugares que hasta ayer eran baldíos, elegantes edificios que imprimen una nueva tónica urbanística al contorno y materializan un afán de progreso.”²² Sin embargo, algunos vecinos evocan estos cambios con notorio pesar, especialmente, en lo relativo a la destrucción de construcciones emblemáticas de la zona como la capilla del Niño Dios a la que ubican justo en el límite del barrio, “allá en el centro”,²³ acaso

22 “El Bulevar San Juan”, *La Voz del Interior*, 12/04/1966

23 Entrevista a varios vecinos. Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipi-

un poco lejos del corazón de Güemes. Sobre la iglesia y su demolición recuerdan: “era una capilla preciosa...qué crimen... la voltearon para seguir el bulevar”;²⁴ “lo que pasa es que ocupaba parte de la calle”; “era una capilla preciosa, chiquita” “qué desastre” “qué barbaridad”;²⁵ Susana D’Antona, ex vecina de la zona, tiene presente el amor que le tenía a la capilla: “lloré mucho cuando la demolieron, papá buscó un pedacito de ladrillo y me lo dio”;²⁶ Estos relatos, que contrastan con lo manifestado en la nota de prensa, hacen presentes objetos materialmente ausentes, como la capilla demolida, activando otras experiencias de lo urbano a partir de la narrativa del “ahí estaba”.²⁷

La siguiente imagen –que data de finales de la década de 1950– nos descubre la zona que veníamos describiendo ya transformada: la capilla del Niño Dios fue demolida (es precisamente donde estaba la capilla el lugar en que se ubica el fotógrafo para tomar la imagen) junto con las edificaciones que se encontraban desde allí hacia el oeste. El bulevar fue extendido, la calle San Juan, ensanchada, pavimentada e intervenida con un cantero en el medio. No obstante, se proyectaba la continuación del bulevar todavía un trecho más allá, lo que conllevaría el avance sobre aún más edificaciones, entre ellas, otra capilla: Nuestra Señora de Nieva, a la que vemos en el fondo del paisaje, “interrumpiendo” el trayecto del bulevar. A la derecha de la capilla se aprecia la calle San Juan todavía de tierra.

palidad de Córdoba, 16/09/2004

24 Entrevista a varios vecinos, Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 31/05/2004.

25 Entrevista a varios vecinos, Taller de Historia Oral Barrial de barrio Güemes, Programa de Historia Oral Barrial. Oficina Historia y Memoria. Municipalidad de Córdoba, 31/05/2004.

26 Comentario realizado en el grupo de Facebook “Paisajes de Güemes”, 12/05/2022

27 Cfr. De Certeau, Michelle y Girard, Luce (2006) “Los aparecidos de la ciudad” en De Certeau, Girard, Mayol *La invención de lo cotidiano. 2 Habitar, cocinar*, México, Universidad Iberoamericana, pp. 135-146..

Imagen N°10. Capilla Nuestra Señora de Nieva vista desde Bulevar San Juan



Fuente: Facebook Córdoba de Antaño



12. Plano del barrio



Un barrio que nos recuerda a muchos otros... Casas y calles que se entremezclan con barrancas, cursos de agua, vegetación, animales y edificaciones que dan forma al habitar en un barrio... Historias sencillas que muestran vidas ajenas, pero también propias e íntimas... Este libro propone un encuentro entre diferentes perspectivas disciplinarias, memorias barriales, fuentes documentales, testimonios y experiencias. Y nos invita al mismo tiempo a caminar y sentir los paisajes de una ciudad de Córdoba cotidiana pero también poco conocida, que se desplegó entre fines del XIX y mediados del siglo XX. En cada paso encontramos historias de personas, cosas, materialidades, actividades; así como sonidos, sensaciones, afectos que interactúan y tejen un habitar hecho carne y paisaje, que llega en diversas huellas y memorias hasta nuestro presente.



Universidad
Nacional
de Córdoba



ciencia
y tecnología



Museo de
Antropologías
Facultad de Humanidades y Ciencias UNC



UNC
Universidad
Nacional
de Córdoba

I D A C O R